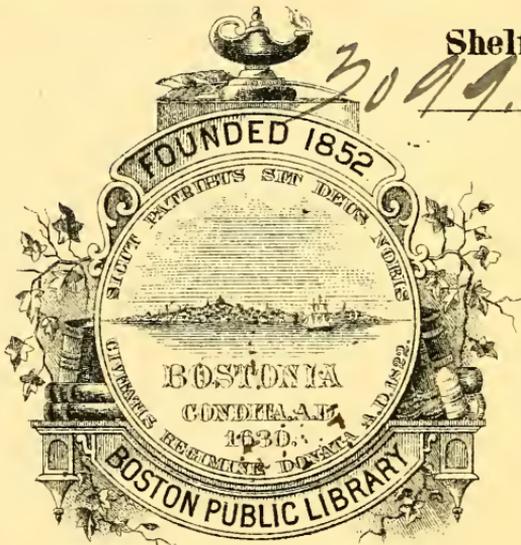


Shelf No.

3099.558



FROM THE
Lawrence Fund.

JAN 17 1950



ARTURO REYES

EL LAGAR

DE

3099-558

LA VIÑUELA

(NOVELA ANDALUZA)

~~~~~  
3.<sup>er</sup> millar.  
~~~~~

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

CRUZADA, 4, BAJO DERECHA

LA ESPAÑA EDITORIAL

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

ARTE

	PESETAS	
	Rúst.	Tela.
BALART (Federico).— El prosaísmo en el arte. Un tomo en 8.º.....	3	4
BAYET (C.).— Historia del arte. Un tomo en 4.º con 113 grabados.....	4	5
CHAMPEAUX (A.).— El mobiliario. Dos tomos en 4.º con 182 grabados.....	8	10
CHESNEAU (E.).— La pintura inglesa. Un tomo en 4.º con 110 grabados.....	4	5
DUVAL (M.).— Anatomía artística. Un tomo en 4.º con 81 grabados.....	4	5
LAVOIX (H.).— Historia de la música. Un tomo en 4.º con 139 grabados.....	4	5
LEFEBURE (E.).— El bordado y los encajes. Un tomo en 4.º con 148 grabados.....	4	5
LEFORT (P.).— Historia de la pintura española. Un tomo en 4.º con 113 grabados.....	4	5
LESSING (G. E.).— La poesía y las artes plásticas. Un tomo en 8.º.....	2	2,50
MÉLIDA (J. R.).— Historia del arte griego. Un tomo en 4.º menor con 100 grabados.....	4	5
MUNTZ (E.).— La tapicería. Un tomo en 4.º con 92 grabados.....	4	5
PARIS (P.).— La escultura antigua. Un tomo en 4.º con 184 grabados.....	4	5
SCHLEGEL (A. G.).— Teoría é historia de las Bellas Artes. Un tomo en 8.º.....	2	2,50

NOVELAS

ALAS (Leopoldo). <i>Clarín.</i> — Cuentos morales. Un tomo en 8.º.....	4	
DAUBET (Alfonso).— Port-Tarascón. Últimas aventuras del ilustre Tartarín. Un tomo en 8.º.....	3,50	4
GONCOURT (Ed.).— Los hermanos Zenganno. Versión castellana y estudio preliminar por Emilia Pardo Bazán. Un tomo en 8.º, con ilustraciones de Apeles Mestres.....	4	4,50
MALOT (H.).— Justicia. Un tomo en 8.º.....	3	3,50
— Madre. Dos tomos en 8.º.....	4	5
— Mundana. Un tomo en 8.º.....	2	2,50
MAUPASSANT (Guy de).— Nitá. Un tomo en 8.º.....	3,50	4
OHNET (Jorge).— Deuda de odio. Un tomo en 8.º.....	3,50	4
— El alma de Pedro. Un tomo en 8.º.....	4	4,50

EL LAGAR DE LA VIÑUELA



ARTURO REYES

EL LAGAR

DE

3099.558

LA VIÑUELA

(NOVELA ANDALUZA)

3.º millar

3.º millar

3.º millar

MADRID

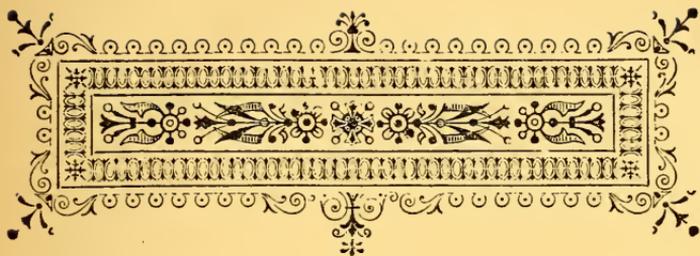
LA ESPAÑA EDITORIAL

CRUZADA, 4, BAJO DERECHA

4200
32

Lau
June 20, 1919
E

MADRID.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.



CAPÍTULO PRIMERO

LAS GENTES DEL LAGAR

No siempre fué designado por el de la *Viñuela* el lagarillo donde ocurrieron los sucesos que hanme dado asunto para hilvanar este libro, pues, según hubo de contarme el cortijero de *Tierra Blanquilla*, llamóse de *Zapateros* cuando aun sus montes eran una bendición de Dios y dábanse en ellos las mejores viñas de todos los Verdiales.

Como no hay bien ni mal que cien años dure, tras una época de bienestar llegaron al cortijo las contrarias, y, en menos casi que se persigna un cura loco,

convirtieron en incultos eriales las antes florecientes laderas.

Cuando queremos conducir á él á nuestros lectores, ya no quedaban en el lagar más que huellas miserables de su antiguo esplendor: allá, en lo alto de una loma, como defendido por ancha faja de breñas, un cuadro de riparias era lo único que recordaba las perdidas plantaciones; sobre el fondo encarnado de la tierra destacábanse cenicientos olivos, verdes almendros y lozanas higueras, mientras en las cumbres pedregosas se retorcían, cubiertos de flores de coral, los granados silvestres.

Al poner la adversa fortuna proa al lagar, y al ver el señor Juan *el Cantueso* la ruína que se le metía por las puertas, contemplando un día las últimas de sus viñas convertidas en estériles ceporros, juntó los extremos de las cejas, se colocó una mano en la cintura, con la otra empujóse el sombrero hacia adelante para rascarse, sin necesidad, la cabeza; permaneció algunos minutos contemplando

las secas fuentes de su bienestar, y dirigióse, por fin, á la casa murmurando :

—¡Estaría e Dios! Mos lo mereceremos.

Luchó, no obstante su fatalismo, por apuntalar aquello que se le venía abajo; pero ¡que si quieres! Lo único que logró fué cortar á la bandada de desdichas, que se llevaba su hacienda, el indispensable pedazo de pan, lo cual iba consiguiendo merced á la poderosa ayuda de Bernardo, que era un jierro —según él decía,— y de Dolores, que, según él también, era una leona con mucha injundia, mucho *pesqui* y muchísima voluntá, todo lo cual le faltaba á Agustín, el unigénito de los *Cantuesos*, que, juzgado por su padre, era un á modo de matajo que nunca daría flores ni fruto, ni sombra ni buen olor.

Chaval más desgarbado que éste no había nacido sin duda en todo el partido, ni más bonito de cara tampoco; tenía los ojos claros, de un azul verdoso y transparente, el pelo rubio y lacio, la tez pecososa y obscurecida por el sol, la frente

amplia y noble, y el perfil de su rostro no dejaba nada que desear al más apasionado de la estatuaria gentílica.

El señor Juan, un bendito á pesar de su cara hosca y de su voz llena de acritudes, andaba un poco y un mucho desazonado con las decisiones del Altísimo, que había impuesto tan pobre retoño á tan robustas encinas.

No era, sin embargo, del todo justo el *Cantueso* al juzgar á su presunto heredero; éste, á su manera, contribuía á llevar al troje el indispensable grano; él era el que iba á Málaga á vender los escasos productos de la finca, y, según confesión de los cosarios del partido, ninguno de ellos los vendía más pronto ni mejor, lo cual era sin duda un mérito indiscutible, el cual siempre sacaba á relucir la cortijera en las eternas disensiones con su marido.

—Mía tú qué gran cosa— solía responderle éste;—pá eso en tó el partío no hay un armendro en fruto que varga lo que uno mío en flor, y mis chum-

bos son azúcar y mis jigos mier de cormena.

—Y tu leña palo santo, ¿verdá?

Y la señá Tomasa se iba más que de prisa por no embestirle á su marido, el cual parecía tener sentado al mozo en mala parte, menos cuando alguno de los muchos alifafes que combatían al zagal desde su niñez lograba meterlo en cama, pues entonces volvíase el señor Juan la camisa lleno de sustos y congojas, y era menester taparse los oídos para no oírle desbarrar unas veces y otras poner el grito en el cielo jurando y perjurando que detrás de cada mata debían sembrarse una botica de las mejores y un médico de los de punta, y cuidarlo más que á los naranjos del huerto.

Cuando llegaron al lagar las negras, una de las nubes más grandes que le cayeron encima al *Cantueso* fué el pensar en el porvenir del mozo. ¿Qué sería de éste cuando él entornara el párpado? Tendría que dar un jornal para no morir de hambre, y seguramente se deja-

ría pegada el ánima á la espiocha. Pensando en esto el buen hombre, sentía humedecersele los ojos, y hubiera vendido á retro el corazón por dejar al abrigo de temporales á aquel zanquilargo que no tenía dos onzas de salud ni dos adarmes de fuerza.

Bernardo y su padre eran huéspedes; mejor dicho, formaban parte de la familia desde muchos años atrás. Una tarde, cuando aun en el monte no se veían más que pámpanos y racimos, presentóse en el lagar el tío Salustiano con el chavalillo —un gurrupato con el plumón todavía,— á horcajada sobre los hombros, y después de tomar resuello, y de meterse de golpe y porrazo casi entre las llamas del hogar, dijo dirigiéndose al *Cantueso*, que, sentado con la señá Tomasa cerca de la chimenea, lo contemplaban sorprendidos, mientras algunos gañanes dormitaban sobre el desigual empedrado:

—Á la pá e Dios, caballeros.

—Venga osté con él, güen amigo. ¿En qué le poemas servir?

El tío Salustiano, después de medio chamuscarse, respondió:

—Ostedes isimulen la libertá; ¡pero corre un relentel!...

—Pá eso jizo Dios la candela, pá que se calienten los probes que tiritan.

—Y pá eso jizo güenos á los poerosos, pá que lo consientan.

—Y ¿qué es lo que le trae por estos linderos, tocayo?

—Paece mentira que no me haigas conócío; verdá es que ya está el arbo tan escascarao.....

El señor Juan miró fijamente al desconocido, que apretaba al rapaz contra el pecho, y después, encogiéndose de hombros, le repuso:

—Tan será asina que no lo ricuerdo; pero eso no impíe que pase osté aquí la noche, poique la pícara se presenta de rechupete.

—Conque no me ricuerdas, ¿verdá? Pos bien; yo soy Salustiano er de Casariche, hijo de tu tío José er de Utrera.

—¡Qué Dios! No tié ná de particular

que no te ricuerde; no te he visto más que una vez, y de eso jace lo menos....., lo menos.....

—Diez y nueve años justos y cabales.

La señá Tomasa había tomado en brazos al chicuelo, que con la nariz y las orejas amoratadas contemplaba el fuego con infantil alborozo, tendiendo hacia él las ateridas manos.

—¡Anger de Dios! — exclamó la cortijera.—Viene jecho un terroncico e nieve. Juana, Juanilla: daca una tacica de leche. ¡Cudiao con el hombre! Sa menester estar más loco que una cabra pá traer asina á esta criaturita con el frío que jace. ¡No tié perdón e Dios!

—Tapao con er corazón jecho dobleces lo hubiera yo traío, señá Tomasa; pero no hay más leña que la que arde. Antiér vendí la manta en seis riales á *Toñico* er de la Encrucijá, ¡y ya, como no venda los palillos der sombrajo, ó er sombrajo e mi presona!

—Hombre, ¿y tu lagar der *Fraile*?

—No me jables de eso: er mundo da

muchas güertas, y si la tierra jüera justa, no jecharía de aquí alante la de mi cortijo más que escorpiones y cisañas.

Y al decir esto, le temblaba la vóz al tío Salustiano.

—Y ¿quién ha sío el que ha sentao sus riales en tus terrenos?

—¡Quién había e ser! Ortega er de Casaya; no se aterminó á jecharme él en presona; no puso er pecho elante, y jizo bien en medio de tó; no juí á buscarle er corasón por este angelico, pero tó se andará; más largo es er tiempo que la fortuna; arrieritos semos. Puée que yo argún día güerva sobre mis pasos, y mar camino es er que se desanda; y er día que lo desande, no le vale ni er manto e la Virgen de la Pena.

Y el tío Salustiano se incorporó convulso de ira, con el semblante terriblemente contraído y las manos crispadas.

Poco á poco fué dominando su excitación, y cuando su primo hubo de alargarle la petaca, volvió á sentarse, colocó al lado de la silla el mugriento sombrero,

y con los ojos bajos, en tanto liaba el cigarro, siguió diciendo:

—Principiaré por la punta. Como tú sabés, jace ya tiempo están las cosas mu malas; jace cuatro años vino uno en que no llovió en Marzo ni en Abril, y se mos quemaron las cimenteras; mos llovió endispués, en Mayo, y se mos pudrió lo que queaba; y como el agua no fué mucha, mos mató la mitá del arbolao, y se mos queó en cruz y en cuadro el olivar, y en cuadro y en cruz los armen-drales.

»Como cuando Dios ice agua va jasta er mesmo sol gotea, le entró una enfermeá al ganao, y de veinticinco cabras, que eran veinticinco minas e plata, mos queó er cabrío y er cabrero, y ¡ya se ve!, como hay que comer, manque no sea más que un día sí y otro no, y como Ortega andaba prevelicao por mi cortijo, y me estaba metiendo los ineros por los ojos, los tomé; ¡no se me hubieran caío antes las manos! ¡Bien me ecía mi probe Dolores, que Dios tenga en su santa glo-

ria! «¡Ese inero es un cangro!» Era verdá; ¡un cangro ha sío!

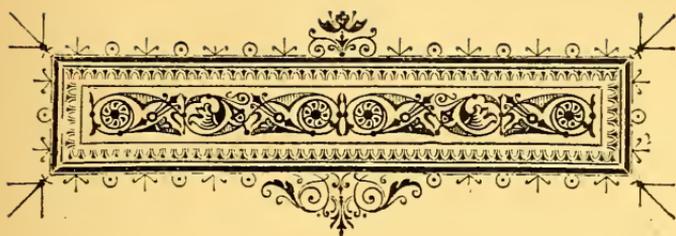
»Pos bien: tomé aquellos cuatro maravéices; hipotequé jasta er pelo; jace dos meses venció el plazo, y como dende que jice la hipoteca nengún año ha venió con cormo, no púe pagar, y hogaño, cuando tenía la mies maúra y los olivares llamando á gritos á los tordos, se mos presentó el escribano y el arguacil. ¡Por poquito no los mato! ¡Puñales se me jicieron las pestañas! En fin, más vale no jablar de eso; la verdá es que san queao con tóo y man dejao sin más tierra que la que piso cuando no sarto, y sin calor que darle á ese probetico desmamparao, y vengo, primo, á icirte: Aquí tengo dos brazos e bronce y una voluntá e bronce tamién, ¿quiées darme trabajo, y asina no tendré que dir á peirlo de puerta en puerta, ni necesiá de que me pisen los extraños?

—Á ti naide tiée que pisarte. ¿No oyes, Tomasa? Dende ahora mesmo, ya sabes, éstos se quean aquí, y lo que sea de uno

será de tóos; y ahora á comer, que se jace tarde; y endispués á dormir, y endispués..... á lo que Dios quiera.

La señá Tomasa asintió con cara radiante á la determinación, y soltando al chicuelo en brazos de su padre, se dispuso á volcar en el enorme barreño, colocado sobre la mesa, la sabrosa olla, cuyo tufillo pregonaba lo sólido y sustancioso de su abundante contenido.





CAPÍTULO II

UNA MALA NOTICIA Y UNA BUENA ADQUISICIÓN

Quedaron instalados en *Zapateros* el de Casariche con su hijo, el cual, merced á la compasión de la señá Tomasa, no pudo echar mucho de menos á su difunta madre.

Tan á pecho tomó el cuidado del huérfano la bendita de la cortijera, que muchas veces el señor Juan, al ver sus extremos para con él, hubo de decirle, mirándola con ternura:

—¡Vaya si te ha venío á ti de perlas el chavall! Cualquiera juraría, mirándote, que Agustínico te había dejao á media miel.

La cortijera sonreía bondadosamente, encogíase de hombros y murmuraba:

—Las obras de carιά se jacen bien ó no se jacen; se le da gusto á Dios ó ar diablo.

Lo cierto es que el chavalillo creció á paso de carga, y que á los catorce años, á juzgar por su porte, era capaz de realizar las doce hazañas de Hércules el Tebano, ó las doce burradas de Antoñico *el Manganote*.

Tan de firme apretaba el zagalón, que un día el *Cantueso*, al ajustar unas cuentas, dijo al de Casariche:

—Miá, primo, á tu mozo hay que darle cualisquier cosa, poi que el zagal aprieta más que un dolor; y es caso de consencia darle á cá cual lo que suda.

—Hombre, tú no sabes el alegrón que me has metío entre pecho y espalda; con que es decir que ya el chavalillo puée ganarse la vía, ¿verdá?

—Como dos y dos son cuatro.

—Güeno, lo que ices me entona; pero eso de pagarle no puée ser; él y yo te

debemos jasta el aire que respiramos.

—Ni él, ni tú, ni naide, me debe á mí ná; aquí cá plantón da pá su cava.

—Güeno, eso serán los plantones; y la retama seca, ¿qué da?

—Sombrajo y alegrías, y que jacer á la yunta.

Á la mañana siguiente vistióse de gala el de Casariche y montó en el jaco.

—Voy á ver cómo anda er mundo—dijo al señor Juan, el cual se quedó mirándolo sorprendido.

—Y ¿qué es lo que á ti se te ha perdío por er mundo?

—Unos carzones—repuso el viejo;—y dando de taconazos á la cabalgadura, salió de estampía cantando con voz cascada:

En este pícaro mundo,
si no á la corta, á la larga,
al que se muere lo entierran
y el que la jace la paga.

—Malinos pensamientos me paece á mí que lleva ése entre ceja y ceja, y mi-

lagrito será que no mos dé la esazón; pero, ¡quién le ice ná! Si por casolidá no los lleva, voy á soliviantarlo.

Aquella noche regresó el de Casariche más mal encarado que nunca.

—¿Qué ha pasao?—le preguntó el señor Juan con inquietud.

—Ná, estaría e Dios; cuando vino la nube ya estaba jecho yesca el trigo; Ortega, er de Casaya, ya no puée chocar el jierro conmigo ni con naide.

—Ya me comí yo la partía. ¿Y qué la pasao á Ortega, se ha muerto?

—Se le ha muerto la mitá de la pre-sona, y no arciona más que con la otra mitá, y yo no peleo más que con hombres cabales; además, er Gobierno sa quedao con er cortijo der *Fraile*, y tuvo que malbaratar er de los *Finojoz*, y ya no tié más amparo que lo que su primo *Tovalín* le da cuando le jace pompas er corazón. ¡Justicia er cielo, Juan, justicia er cielo!

—No volvió el tío Salustiano á salir del lagar más que para ir alguna que otra vez

al Puerto de la Torre, la Ermita, ó á dar cuatro bandazos porque no se le enmohecieran los tornillos.

No obstante, y que quiso ó que no, se le fueron enmoheciendo, y llegó un día en que, con razón, afirmaba la cortijera que él ya estaba para que le sembrasen encima «siemprevivas» y «no me olvides»; mientras que, por el contrario, su hijo peleaba por sí y por su padre, y por todos sus ascendientes, pues era una fiera para el trabajo, y antes que Dios echara sus luces ya estaba él dale que le da en las fatigosas y rústicas tareas.

Tanto él como Agustín se profesaban profunda estimación, sin que el primero pudiera ni intentara sustraerse á la sugestión que sobre él ejercía el segundo; Agustín manejaba aquella hermosa y tosca máquina con prodigiosa facilidad.

Bernardo, oyendo á Agustín, quedábase como embobado: con la única persona con quien éste solía dar expansión á su espíritu era con él, y ¡cuántas cosas sabía Agustín! Verdad que había estu-

diado con D. Salvador, el vagabundo maestro de los Verdiales, un Séneca que pasábase la vida de lagar en lagar, subiendo y bajando trochas, con su gran abrigo de paño color de ala de mosca en invierno, y holgadísimo traje de dril y sombrilla de sol en verano.

Don Salvaorico—como le llamaban—era una á modo de institución en el partido; á pesar de sus sesenta años manteníase tieso y vigoroso, y recordada su semblante de nariz de pico de águila y barba puntiaguda, el de aquel ilustre Chafarote, solaz y recreo de los chuscos gaditanos en la florescencia del expirante siglo.

Don Salvador era la Universidad en que todos los estudiantes de los alrededores cursaban las primeras asignaturas, y cuando salían de aquella cátedra errante, escribían en caracteres casi cuneiformes, leían con larguísimos intervalos y contaban con la punta de los dedos.

Agustín, por el contrario, á poco de cruzar los sagrados dinteles, dejóse atrás.

al profesor; ávido de saber, dedicó sus ahorros á comprar en sus viajes á Málaga algún que otro libro, y sin que pueda afirmarse que era un pozo, ni siquiera una alcubilla de ciencia, bien puede decirse, sin que se nos tache de embusteros, que volaba más alto que todos ó casi todos sus coterráneos, lo cual hacía que las gentes del lagar anduvieran casi siempre á vueltas con su vasta erudición y sus finos modales.

Un día D. Salvador, envanecido con los adelantos del zagal, dijo al *Cantueso*, al par que introducía en uno de los enormes bolsillos de su gabán, con la mayor pulcritud, una torta de aceite que acababa de regalarle la señá Tomasa:

—Señor Juan, estoy satisfechísimo; este muchacho tiene luces naturales, gran retentiva.....

—¿Gran qué?—le interrumpió el *Cantueso* arrugando la frente, la cara, y entornando los ojos con extrañeza.

—Gran retentiva—repuso el profesor recargando las frases.

—Güeno, pos con toa su retintiva no sirve pá mardita la cosa, y entre osté y su madre, que está prevelicá sin fundamento por D. Lesme, me lo estáis acabando de echar á perder; aquí no jace farta.... eso que osté dice; aquí lo que jacen farta son güenos puños, güena espina y güenos comportamientos.

La señá Tomasa guiñó un ojo al profesor, que, sonriéndose compasivamente, sacó la caja del rapé, tomó un polvo con sibarítica lentitud, y después de dar las buenas tardes y de sujetarse bien las gafas, alejóse gravemente, mientras los perros lo despedían acariciándole las piernas con las colas enarboladas.

*
* *

- Cuando las contrariedades empezaron á dejarse sentir en *Zapateros*, el tío Salustiano dijo una tarde al Sr. Juan con voz llena de turbación y sin atreverse á mirarlo á la cara:

—Oye tú, güeno está lo güeno; el que tiée sangre cristiana en las venas, debe cumplimentar como quien es; yo y mi Bernardo hemos consentío güenamente en tó tan y mientras no era mu grande el perjuicio, pero hoy esgraciámente al arbolico se le encomienzan á caer las ramas; las cosas no son las mismas, y esto va á empezar á no dar más jarina que la que sa menester pa la hogaza, y el peazo que mos comamos mi hijo y yo, sus lo quitaremos á ustedes; asina es que he pensao que ahora que prencipia la corta e la caña en la vega, mos vayamos á ganar un jornal, y endispués con lo que el mozo y yo recojamos, aquí mos tienes otra ves á la querencia tuya.

—Hombre, si tú ya pá moverte estás pidiendo á gritos el potro de Santiago, y que además tu chavalillo vale por tres y un sota, y es mi mano erecha, y si se va me jace un pie agua; Agustín, ya te lo sabes tú de corrío, no sirve más que pá jacer dengues y darse tono; ya lo estás tu mirando tó el día portear viento en

la faltriquera, y yo no estoy ya pá muchos trotes, que digamos.

—No hay más que hablar; tu palabra es reina arsoluta, y lo que tú boqueas se clava y naide lo jurgue; aquí mos tiées jasta que San Juan baje er deo ó tú dispongas.

No se habló más del asunto, y recogiendo velas en los gastos, restándole horas al reposo, enviando los huevos al mercado, y haciendo leña en el monte cuando no tenían cosa mejor en que emplearse, iban capeando el temporal los de *Zapateros*; cuando una tarde, estando todos sentados en la puerta, la *Lobina* y el *Paquete*, dos perros que eran á modo de guardia pretoriana de la posesión, irguiéronse de pronto, aguzaron las orejas y lanzáronse hacia el arroyo ladrando desesperadamente.

Poco después, por detrás de un macizo de adelfas, apareció *Toñate*, el cartero de Almogía, jinete en un pollino todo piel y osamenta.

—Santas y güenas tardes, caballeros;

¿cómo se anda por aquí?—preguntó después de apearse, mientras ataba á los hierros de la ventana el ronzal de la pobre cabalgadura.

—Güenos, ¿y tú, *Toñate*?

—Rigular, mostramo; esta vía, cuando no jiere, rejelea.

—¿Y quién mar te quiere que por aquí te envía?

—Una carta que se ha recibío esta maña pá osté, y como en er sobre ice que corre mucha priesa que se entriegue, si gún me dijo el Arministraor, apenitas empezó el sol á tomar las de Villadiego trinqué la *Canosa*, y en menos que jierve el caldo, me planté en cá e *la Sacristana*, aonde tomé un resuello con vino, y dende allí aquí un voletón, y ésta es la carta.

Y al decir esto, la sacaba de entre la badana y el forro de la gorra de reglamento.

—Tomasa, dale á *Toñate* otro resuello, tamién con vino, que bien se lo ha ganado—dijo Juan dando vueltas al sobre, y

haciendo como que no veía las miradas impacientes que todos clavaban en él.

Toñate apuró el vaso que le brindara la cortijera, esperó algunos minutos por si le era posible enterarse de lo que la carta decía; pero en vista de que el señor Juan seguía dando vueltas sin sentir, al parecer, impaciencia alguna, después de encender un cigarro y despedirse, montó de nuevo en la *Canosa* y se alejó murmurando:

—¡Vaya un misterio! ¡Ni que fuera del Eáe Santo la carta! ¡Qué Dios y qué fantesiosas son argunas presonas!

Cuando se hubo alejado *Toñate*, todos, menos Agustín, miraron con expresión interrogadora al *Cantueso*; éste seguía contemplando la carta con aire embaazado; á él para leerla le estorbaba lo negro, y tres cuartos lo propio le ocurría á la señá Tomasa y al tío Salustiano; al hijo de éste andaba enseñándole Agustín, pero el zagal no entraba en aquello más que de refilón y de mala gana, y para deletrear dos renglones de letras muy

grandes necesitaba en cada una de ellas parada y fonda; el único, pues, que podía leerla era Agustín.

Este apenas si saboreó su triunfo.

—Padre, si usted quiere, yo la leeré más pronto que Bernardo —dijo.

El señor Juan respiró con fuerza, alargándole el papel.

Rasgó Agustín el sobre; la carta era del cura párroco de la Viñuela; dábales éste una mala noticia; Antonio *el Arrabaleño*, hermano de la señá Tomasa, acababa de morir dejando solita en el mundo, sin más calor que el que ellos quisieran darle, á una chiquilla de quince Abriles que el cura había recogido hasta entregarla á sus deudos; pues no era cosa, decía, de dejar en peligro aquella rosa de Jericó, por la cual andaban dando traspiés y bebiendo los vientos los mozos de aquel cotarro.

La señá Tomasa, al oír la funesta noticia, rompió á llorar amarguísimamente; los demás pusieron caras de día de difuntos, y el *Cantueso* dió comienzo á rascarse

la cabeza como era costumbre en él cada vez que en el camino de la vida tropezábase con algún gran escollo.

Aquella vez la rasquiña fué imponente por su duración; pero terminó al fin por aquello de

que término tiene el mar,
con ser el mar tan profundo:

y dirigiéndose á su consorte, que seguía berreando su dolor, le dijo:

—Vamos, mujer, eso era de esperar, y cuando Dios lo ha dispuesto.....

El señor Juan no prosiguió; podían ser sus frases mal interpretadas y recordarse antiguas desavenencias, pues doce años hacía ya que hubo en una ocasión de traspuntarse con el muerto.

—Y esa probetica huérfana, ¿qué va á ser de ella?—gimió angustiosamente la señá Tomasa.

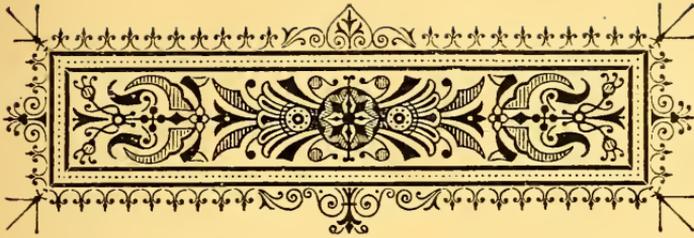
—¡Qué querrás tú que sea! ¡Lo que de mosotros! ¿No es tu misma sangre? Pos no hay que enojar á Dios, y más cormao ó más raío, si Él quiere tos comeremos.

Ya esta noche no, porque es muy tarde; pero mañana, mañana mesmito tienes á tu vera á esa niña pá que se recreen tus ojos.

—Eres más güeno que er pan, Juan de mi arma; tienes un corazón que no mos lo merecemos—dijo entre sollozos la cortijera.

—El Evangelio e la misa es lo que ice—afirmó el tío Salustiano, alejándose para ocultar, sin duda, algunas lágrimas que le habían subido á los ojos.





CAPÍTULO III

LA HUÉRFANA EN ZAPATEROS

Al ver los mozos de la Viñuela salir á la grupa del jaco del *Cantueso*, adornado aquel día con vistosa manta, sobremanta, rojo mosquero, y brillantes cincha y baticola, algo deterioradas por los años, á la flor más bonita de sus verjeles, no rompieron á llorar porque no se dijera; llevábase el de *Zapateros* la alegría y el encanto de sus ojos, la fuente donde casi todos ellos aspiraban á beber el agua más dulce de la vida, lo cual hizo que de luto se les vistiera el alma, mientras las mozas no repiquetearon las castañuelas por no sacar á la calle la envidia, que las

tenía sin vivir desde que aquella rosa de Mayo mostrábase «en todo el esplendor de su hermosura», que dijo el gran poeta.

Metió espuelas el señor Juan á su cabalgadura, más ancho que largo, viniéndole estrecho el camino para pasar por él con su carga de gloria—como él decía,—y cuando algún caminante permitiase poner los ojos en el rostro de la huérfana, engallábase nuestro viejo, recordando sus mocedades, recogía riendas al ya acansinado bruto, y empezaba á escupir rumbo y vanidad por todos los poros de su cuerpo.

—¿Aónde te has jallao esa perla, viejo afortunaílo?—preguntóle al pasar por la casa de las Palomas, *Juanillón* el ventero, mirando maliciosamente á Dolores.

El *Cantueso* paró el jaco en firme, le hizo dar media vuelta, descolgó el retaco, enfiló con él al ventero, y díjole con voz tonante:

—Jíncate é roíllas, *Juanillón*, que le has fartao al rispeto á la Divina Pastora.

—Á esa se paese, y le sobra un ca-

cho. Y ¿quién es ese rosicler, *Cantueso*?

—La mejor moza é la Viñuela y de toita España; se la llevo á mi jembra pa que la regale á la ermita.

Y después de apurar un vaso de un solera, que según el ventero era un *elisi* santo, del cual gustó un sorbo la muchacha, arrió el hierro á los ijares del envejecido animal, que salió al trote como si, recordando los buenos tiempos, hubiérase dicho: «Para tal imagen, tales andas.»

Con razón había estado conforme el ventero en el parecido de la huérfana con la Divina Pastora; era realmente una mocita juncal, de ojos negros, lánguidos y rasgados; pelo más negro todavía y abundantísimo; tez suave y morena; labios rojos, como fresones maduros; dentadura nítida; curvas mejillas, con dos hoyuelos, dos tentaciones más grandes que las famosas del santo; facciones, más que correctas, agraciadas, y un cuerpo digno de figurar en los museos del Louvre ó del Vaticano.

Llevaba Lola aquel día, contrastando enérgicamente con los vivos colores de la montura, negra falda y corpiño de coco del mismo color; pañuelo de merino al busto, y otro de seda sobre el bien peinado cabello, anudado bajo la barba.

Eran los trapitos que llevaba encima casi todo su ajuar; la dolencia que dió al traste con la vida de Antonio el *Arrabaleño*, habíase prolongado lo bastante para dejar casi pegadita á la pared á la muchacha. Ésta, porque su viejo no se fuera al hoyo como un perrito abandonado, había tenido necesidad de echar toda el agua al molino, de no dormir, ni comer casi, de hacer pleitas, lavar las ropas á los vecinos pudientes, y de malbaratar la falda de cachemira, y el mantón de crespón, y las cuatro sortijas, y de este modo pudo tirar, hasta que una noche el señor Antonio, comprendiendo que estaba al llegar la última de sus horas, mandó llamar por señas al cura del pueblo, y cuando vió á éste penetrar en la mise-

rable habitación, incorporóse en el lecho, le miró con ojos vidriados y suplicantes, le señaló con mano rígida á Dolores, después al retrato de su hermana, la mujer del *Cantueso*, y como si hubiera terminado su misión sobre este pícaro mundo, adoptó penosamente la última y más cómoda postura, y momentos después estaba con Dios su alma pecadora.

El cura hizo lo que ya saben nuestros lectores, y á los tres días de haber éste escrito la ya conocida carta, el señor Juan, después de atar su cabalgadura á la puerta, penetró en su casa, y le dijo con voz balbuciente, los ojos bajos, y dándole vueltas y más vueltas al mugriento sombrero:

—Señor cura, yo soy Juan *el Cantueso*, er de los Verdiales, er tío de Dolores; y como hemos recibío la carta, aquí me tié por la zagala, y Dios le pague á osté tó lo que ha jecho, endispúes que yo....., ya se ve....., está claro....., no es cosa que osté, sin comerlo ni beberlo....., y como á naide le sobra er trigo.....

Y el señor Juan alzó los turbados ojos, y al ver los del sacerdote llenos de dulces reconvenciones, no prosiguió el comenzado discurso, y sólo volvió á abrir la boca para dar paso al frugal desayuno con que hubo de obsequiarle aquel cura, el cual, según pregonaban tirios y troyanos, tenía el corazón más grande que la sotana.

*
* *

Desde el día en que Dolores penetró en el lagar, pareció que una nueva ráfaga de luz alegraba aquellos horizontes; la señá Tomasa la recibió con los brazos abiertos; Bernardo casi con indiferencia; el padre de éste, después de mirarla con cariñosa expresión, dijo:

—Güena suerte se mos ha metió por las puertas. ¡Es er lucero matutino! ¡Dios la bendiga!

Y Agustín clavó en ella una mirada de profunda admiración, y no apartó los

ojos de su cara durante todo el tiempo que estuvo á su lado.

Pronto empezó la cortijera á sentirse compensada del sacrificio que representaba aquel aumento en la familia; Dolores dió comienzo á emplear sus juveniles bríos en provecho de todos; ella amasaba y cocía el pan, que mejoró en tercio y quinto, merced á sus puños y buenas mañas; ella lavaba, cosía, cuidábase de condimentar la olla, y de tal modo no dejaba nada por hacer, que hubo de decirle en algunas ocasiones la seña Tomasa:

—Esto no puée seguir asina; yo voy á ajilarme, y tú vas á dar un reventío.

—Bastantes madroños ha dao ya la madroñera, que tiée osté callos en las manos y en er corazón; ahora me toca á mí; pá eso tengo los remos nuevecicos, y sa menester cuardar esa presona que es mi pañico e lágrimas.

Pronto dió comienzo Dolores á ganarse la voluntad de todos los del cortijo, que desde su llegada empezó á ser

denominado, como la muchacha, el de la *Viñuela*.

Con el único de ellos con quien anduvo un tiempo un si es no es encogida, y llena de timideces, fué con Agustín, el cual no la dejaba ni á sol ni á sombra, arrastrando constantemente á su alrededor su perezosa inutilidad.

En un principio, maldita fué la gracia que le hizo á ella el constante mariposeo de aquel tarajallo que no abría la boca más que por trimestres vencidos.

Poco á poco, y á fuerza de dejar tiempo atrás, fué encariñándose con él, cobrando vaga simpatía por aquella alma en pena; y muchas veces, viéndole, acudía la sonrisa á sus labios, y entreteníase en desconcertarle con algún gracioso mohín ó con alguna frase burlona.

Era el mozo un vago interesante; todos, menos la cortijera y Bernardo, mirábanle con despego por su apatía y mala voluntad para el trabajo: desde que Dolores quedó instalada en el cortijo, llegó á su apoteosis su pereza; hasta cuando

tenía que ir á Málaga hacíalo protestando, á regañadientes; pero, ya puesto en camino, era un rayo para ir y volver: las ventas comenzaron á dejar mucho que desear, lo cual hizo que un día el *Cantueso* le dijera con sobra de razón y de retintín, y de mal gesto:

—Miá tú, pá esos viajes no san menester alforjas; has vendió un rial más barato que tóos, y eso es una perrá; pá seguir asina mejor es que yo vaya y te merque un corchón de pluma y un abanico pá que te refresques, y un papagayo pá que te distraigas.

Como esto hubo de decírselo el señor Juan delante de la huérfana, enrojació Agustín hasta en lo blanco de los ojos, y permaneció silencioso.

Metió Dolores el capote, y

—Oye, primo—le dijo con tono de reconvención cuando se hubo alejado el *Cantueso*;—sa menester que te avives y que no mos des más disgustos; tu padre tié razón jasta la paré de enfrente.

—Pero ¿tú te disgustas cuando mi pa-

dre me regaña? — preguntóle el zagal, mirándola con extraña expresión.

—Estás tonto meramente; ya se ve que sí, que me enfáo.

Agustín fué á contestar algo, pero no se atrevió sin duda, y se alejó con la cabeza inclinada.

Un día, la señá Tomasa le dijo delante de su prima:

—Miá, hijo, ¿poi qué no enseñas á leer y escrebir á ésta? Asina, cuando tú, el año que viene, te vayas á servir al Rey, ella podrá ajustar las cuentas.

—¿Pero éste tiée que dir al servicio?— preguntó Dolores con inquietud.

—Como Dios no lo remedie no habrá más camino, y con jarta pena mía.

Dolores quedó pensativa; habíale preocupado la afirmación de la cortijera.

Agustín empezó á oficiár de catedrático. ¡Cuánta era su alegría cuando se sentaba junto á ella! ¡Cuántos y cuán dulces sus emociones cada vez que su cuerpo rozábase con el de la zagala, ó cuando le sonreían sus labios!

Dolores empezó á ver por otros cristales á su primo; fué adquiriendo éste á sus ojos profundo relieve; sus miradas llegaron á hacerla ruborizar y á despertar en ella dulcísimas vaguedades: cuando su voz resonaba en sus oídos blanda y acariciadora, y sentía posarse sobre los suyos sus ojos ávidos, y pletóricos á la vez, de halagos, turbábase hondamente y no sabía qué decir ni de qué postura ponerse.

Una tarde, hablándole de su probable ingreso en el ejército, Agustín, que ya había dado comienzo á romper trabas y á saltar miramientos, le dijo:

—Mira, prima, cuando pienso que tengo que irme no sé lo que me pasa; me parece que tengo dos corazones y que uno se me echa á llorar y otro á reir; antes que tú vinieras cerraba los ojos y me veía con la mar de cruces y de entorchados, y le hubiera metido espuela al tiempo para llegar más pronto al servicio; pero ahora, ahora que te tengo aquí ya es distinto, y con un ojo, con el de la

ambición, veo las cosas más relucientes que una onza de oro, y con el otro más negras todavía que un corazón de luto.

—¿Y poiqué tiés tú ganas de ir al servicio?

—¿Que por qué? Porque sí; porque á mí esto se me viene encima; porque yo no he nacido para cortijero, aunque me esté mal el decirlo; porque yo creo que yo tengo máquina para más; porque aquí, si no fuera por ti, que eres rocío del cielo, se me secaría el alma como si fuera estopa.

—Lo que tú tiées es pereza.

—No, prima, no es pereza; no seas tú como todos; mira que, hablando contigo, tengo el corazón fuera del pecho.

—¿Y poiqué es eso asina?

—Yo no sé por lo que es; pero desde que tú viniste brilla pá mí el sol más y mejor que nunca, y huelen los zarzales como si fueran matitas de romero, y cantan mejor los pájaros, y donde tú pones el pie nacen diamelas y alelís, y cuando estás como ahora, la parra es un

palio y la silla un altar, y tú la Virgen Santísima, y yo un probetico ermitaño que se pasa la vida reza que te reza porque tú consientas en quererle aunque no sea más que una chispitilla de cuando en cuando.

—¡Vaya con Don Chamaricito! ¡Vaya con la mosquita muerta, que paece que no rompe un plato! ¡Vaya si se explica!

—No tienes buen corazón, prima, siempre dices lo mismo; ya sé yo que no te merezco, ya lo sé; pero pronto te verás libre de mí; aquí nadie me quiere y nadie tendrá que apenarse si me matan en la guerra, que me matarán y harán bien, y yo le alabaré el gusto á quien lo haga.

—¿Te quiées callar?—¡Tú sí que tiées mar corazón! — exclamó Dolores con acento emocionado, llevándose las manos á los ojos.

—¡Vaya una parejica güena!—pensó la señá Tomasa; mirándolos por la entreabierta ventana, y al notar que Dolores llevábase á los ojos la mano, dirigióse

á los zagales y preguntó á Agustín con tono de reproche:

—¿Por qué llora tu prima? ¿Qué le has dicho?

—Yo nada.

—Sí, sí, él, él, que tié mala sangre; él, que me está diciendò que en cuantico se vaya á la guerra va á jacer por que lo maten.

Á la señá Tomasa por poco se le encoge el corazón al oír aquello; y tal vez habríase echado á llorar si Agustín no hubiera vuelto la hoja diciendo con la sonrisa en los labios:

—¡Tonta de remate que está! Ha sido una broma; no se apure usted, madre, todo lo contrario; verán ustedes como, cuando vuelva, voy á entrar en *Zapateros* con espadín y sombrero de tres picos.

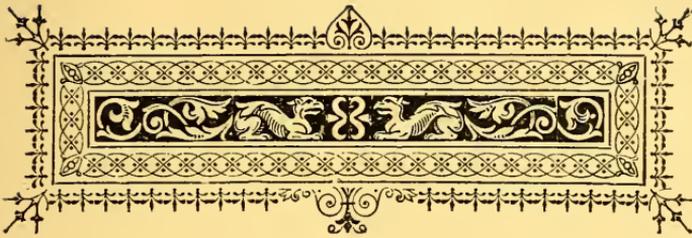
Ocho meses después no era un secreto para nadie los amoríos de Agustín y Dolores, refiriéndose á los cuales decía *el Cantueso* muchas veces, al contemplar su hijo:

—¡Condenao, y qué suerte! ¿Á quién

habrá pedío emprestao Dolorsilla los ojos pá ver de güen color á este zángano, que es el arbo de la guasa?

Lo cierto es que, según parecía, Dolores lentamente, y Agustín en gran velocidad, habíanse metido los dos en el paraíso del amor, y daban vueltas y más vueltas á la dulcísima y tentadora manzana.





CAPÍTULO IV

COSAS QUE PASAN TODOS LOS DÍAS

Pasó el tiempo, eterno enterrador de grandezas y pequeñeces, pesares y alegrías, y concluyó por enterrar la libertad de la huérfana, que se declaró vencida por el amor de Agustín; la melancolía de éste, cuyo carácter fué modificándose merced al mar de ilusiones en que hábalo hundido su buena fortuna; los últimos bríos del tío Salustiano y del señor Juan, y el reposo de la señá Tomasa, que veía acercarse con profundo desasosiego la época en que su hijo tendría que alejarse tal vez para siempre de los nativos lares.

Esta idea era su más grande martirio; perseguíala doquier y á todas horas, quitándole el sueño, llenándole el alma de lúgubres presagios, haciéndole á veces despertar despavorida y acongojada. La guerra ardía en Cuba, la nación enviaba allí su más florida juventud, convirtiendo la colonia en necrópolis; apenas si volvían algunos de los que marchaban. ¡Y cómo volvían! Ella había visto con sus propios ojos á Pepe *el Chivatín*, á aquel mozo que de una puñada rompía un cántaro y con un suspiro calentaba un poste, demacrado, sin sangre, muriéndose á chorros. ¿Y Antoñico *Melones*? ¡Qué lástima de jastial, con los dos brazos menos! Pues ¿y los que se habían quedado por allá? Tovalico *el Testaferro*, Sebastián Cárdenas, Alfonsico Ribalta y veinte más; la espuma de la espuma: aquello era un dolor. Hartarse de criar un hijo, hacerlo un hombre, estar mirándose en sus ojos para que luego, cuando le dé la repotente gana, le diga el Gobierno á sus padres:—Venga ese mozo, que ya está

en sazón para que le peguen un tiro, ó para que le dé el vómito, ó para que lo parta un rayo.

Llegó por fin el día fatal. ¿Y á qué entretener á nuestros lectores con más detalles inútiles? Agustín fué designado para Cuba; los transatlánticos esperaban el cargamento de gente nueva; el dolor abatió sus grandes y negras alas sobre el cortijo; el día anterior á aquel en que Agustín debía incorporarse á su batallón, parecía el lagar un campo santo; las labores habían sido suspendidas, todos tenían el corazón lleno de lágrimas; como es llorar cosa impropia de hombres de temple, andaba *el Cantueso* de acá para allá ahogando el suspiro, parpadeando, hablando solo, y dando de puntapiés al perro que osaba ponerse al alcance de sus zapatos de baqueta. Los ojos de la señá Tomasa eran canales, y el tío Salustiano bendecía mentalmente su inutilidad, que ponía á su mozo fuera de aquel peligro.

Dolores y Agustín no se separaron du-

rante todo el día; uníanlos las fortísimas lazadas del amor y la pena. ¡Cuántos juramentos, cuánto fervoroso suspiro cambiaron entre sí durante aquellas horas!

Cuando llegó la noche, todos salieron al llano silenciosos y tristes; la luna ascendía, haciendo palidecer las estrellas; el silencio era solamente turbado por el rumor del viento en el ramaje, por la esquila de la potranca, que retozaba bajo el cobertizo del corral, ó por los ladridos de los perros.

El paisaje tenía algo de solemne; sobre el monte, que en rápida gradación yérguese frente á la casa, agitaban los árboles sus verdes ramas; allá, en lo alto, sobre el fondo cristalino del cielo, algunos copudos algarrobos rompían la monótona aridez de las cumbres; ni una nube empañaba el purísimo azul; sobre el torso informe de una loma blanqueaba el cortijo de *Millán*, el más visible desde el de la *Viñuela*.

—¿No me olvidarás, Dolores?—preguntó Agustín á la huérfana, posando en

ella sus ojos con interrogadora ansiedad.

Alzó ella, poniendo en los de él los suyos, melancólicos y apenados, y le repuso:

—¡Cómo olviarte, si te tengo en el alma, Agustín; si voy á morirte de la congoja de no verte!

—¡Ay qué ricas y qué dulces son para mí tus palabras!; cada una de ellas es un capullo en flor y un amanecer del cielo; yo te juro, prenda mía, que tu recuerdo será lo único que me consuele, y cuando vuelva, que volveré, pues no habrá bala que no se embote en tu relicario, cuando vuelva, ¡ay, Lola, cuando yo vuelva!

—Pues no tardes, Agustín, que si tardas vas á encontrarme amortajaíta.

Pasaron las horas; el tío Salustiano intentaba consolar á los *Cantuesos* contando la vida y milagros de algunos que habían tenido en la guerra una suerte portentosa. Sebastián Brioso, por ejemplo, ya lucía el distintivo de sargento segundo; con un poquitillo que apretara llegaría á primero, y Dios, sólo Dios sabía

dónde iría á parar; pues ¿y Gonzalo, el hijo del posadero de Casabermeja, que en un periquete había llegado á cabo primero y estaba en la Habana como las propias rosas?

—Sa menester escansar—dijo *el Cantueso*, levantándose;—antes que clarée mos iremos pá Málaga. ¡Qué sé le va á jacer! Cuando Dios lo manda, mos lo tendremos merecío.

*
* *

Agustín se incorporó en el lecho; no podía pegar los ojos; el llanto, ya sin dique alguno, corría abundante y silencioso por sus mejillas; lloraba el mozo con inmovilidad de estatua, sin una contracción, sin un gemido: su dolor era viril y grave.

Mil encontrados pensamientos daban tumbos en su imaginación; á las pocas horas se alejaría, tal vez para siempre, de la mujer amada, de sus padres, de sus amigos, de aquellos lugares; reproducíanse, pensando en esto, de un modo

rápido en su mente, las escenas de aquella vida apacible, y en todas ellas la figura de la *Viñuela*. Aun sumergido en las perfumadas penumbras del oasis, presentía la aridez del desierto que iba á cruzar. ¡Adiós, horas de quietud! ¡Adiós, serenos crepúsculos, alboradas purísimas, diálogos encantadores, miradas ardientes, arrobadoras sonrisas de amor; adiós, y quizás para siempre, decía el mozo con voz queda y acongojada!

Era preciso marchar, y él quería evitarse, y evitar á todos, lo doloroso de la despedida. ¿Para qué prolongar el martirio? Lo mejor era partir cuando todos estuvieran entregados al sueño.

Se reclinó sobre el alféizar de la ventana; sus ojos fueron posando tristes miradas de despedida sobre los árboles, que parecían gesticular en las vertientes; en las pintorescas cumbres, bañadas de luz pálida, donde un tiempo apacentara el ganado; en los pencares que circundan el caserío; en la lejana era, donde tantas veces se adormeció arrullado por el cantar

de los trilladores; en las gavillas puestas en fila junto á los trigales recién segados, y mirando todo esto pasaron las horas, y el cuco cantó en el inmediato olivar, y Agustín irguióse desesperado y decidido.

Sobre una de las jaldas de harina, apiladas en un ángulo de la habitación, estaba el traje dominguero, y en un lío todo el equipaje, varias mudas de ropa blanca, donde la señá Tomasa hiciera primores, patas de gallo ó punto ruso, sobre la muselina morena. No se olvidó la buena mujer, ni de los escapularios, ni de parte de sus humildes economías, que colocó en una bolsa de labor casera, ni de otras pequeñeces, que sólo las madres no dan al olvido en tales angustiosos momentos.

Agustín se vistió, casi llorando, sin hacer el menor ruido; andaba descalzo y de puntillas; parecíale que iba á cometer un crimen; deteníale, sobresaltado, el más leve rumor; concluyó, por fin; sentábase admirablemente el traje de gala; también se diferenciaba en esto de los mozos de los alrededores: eran más elegantes sus

hechuras; la cazadora era amplia y sin entallar, la faja quedaba oculta por el chaleco, lo holgado de los pantalones disimulaba lo escuálido de las piernas.

Cogió, ya vestido, el lío del equipaje, los zapatos nuevos, arrojó una última mirada sobre aquellas paredes, mudos testigos de sus penas y regocijos, y sintióse desmayar.

Hacíasele muy cuesta arriba no despedirse de Dolores, no arrancarle un último y sagradísimo juramento, para recordarlo cada vez que la desconfianza se aposentara en su corazón.

Salió, por fin, á los corredores; ¡si estuviera despierta!, pensó, mirando hacia la puerta del cuarto de la huérfana.

Tras algunos instantes de vacilación, soltó los zapatos y el pañuelo y dirigióse hacia la estancia de la mujer querida temblando nerviosamente, mirando, lleno de susto, á todos lados, aguantando la respiración: el ladrido de uno de los perros turbó el silencio; Agustín se detuvo, jadeante, con la frente cubierta de sudor

frío; pensó volver atrás, pero algo irresistible le empujaba hacia adelante; en algunos pasos tardó algunos minutos; ora la tos cascada de su padre, ora un chasquido de las maderas, ya el golpear de las bestias en el establo, ya el crujir de sus propios huesos, hacíanle detenerse; llegó, por fin, junto á la puerta como rendido por larga y penosísima caminata; estaba entornada solamente, una silla era el único baluarte de aquella seductora fortaleza; la luna invadía el aposento; allá en el fondo veíase la revuelta cama, en donde, sin duda, se había librado una lucha penosa entre el llanto y el insomnio; sólo se oía la respiración de Dolores.

Agustín la llamó con voz queda, y su propia voz le causó miedo; pensó entonces en retirarse, pero la calentura empezaba á martillar en sus sienas; no quería partir sin despedirse; un dulce atosigamiento empezaba á anudarle la garganta; empujó las entornadas hojas, introdujo el brazo, apartó la silla: el leve rumor de

la puerta le convirtió, durante algunos instantes, en estatua.

Reaccionáronse después todas sus energías, como para vengarse de aquellas timideces, y le hicieron penetrar rápido y sigiloso en la sala y llegar junto al lecho.

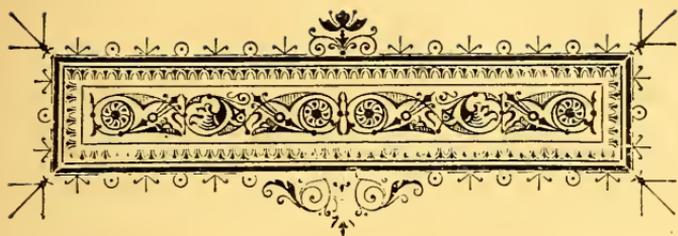
El sueño de la *Viñuela* debía ser una pesadilla: su rostro estaba humedecido por el llanto, su respiración era febril, la cobertura, en la fatigosa brega, había sido arrollada, sus brazos arqueábanse sobre sus cabellos en desorden, su seno alto y virginal aparecía casi desnudo.

Agustín se puso lívido, sus ojos se llenaron de voluptuosa atonía, contempló con dulcísimo arrobamiento á la hembra dormida; resonó de nuevo, sin que él la oyera, la tos bronca de su padre.

Una hora después, anegada en lágrimas, Dolores asomábase á la ventana de su cuarto para ver á Agustín, que, aún entontecido por el choque del placer y el dolor, alejábase lenta, muy lentamente, como si fuera tirando del terrible peso que debía llevar en la conciencia.

Llegó el mozo al ángulo del camino, se detuvo allí algunos instantes; los perros le acariciaban las piernas gruñendo cariñosamente; los tintes blanquecinos del cielo empezaban á anunciar el día; en el cortijo de *Millán* cantó un gallo, el de la *Viñuela* le contestó, y entonces Agustín, después de arrojar un beso, un último beso á Dolores, se alejó ¡quién sabe si para nunca más volver! por el solitario camino.





CAPÍTULO V

EN LA VENTA DE LAS PALOMAS

La venta de las Palomas era y es conocida en casi más de la mitad de la provincia, y por todo el que en un tiempo se dedicara al matute armado, ó sea á introducir, jinete en un caballo de alados pies, mucha ciencia, y con un retaco en la concha, tabacos ó sederías de Gibraltar en la tierra famosa de los boquerones, también famosos, ó por los que, rebasando un poquito más las fronteras de lo conveniente, dieron tanto que hacer á Zugasti; gran pirandón en que Dios puso tanta vista, tanto olfato, tanta gramática parda y tanto estómago como se necesi-

tan para que de los caballistas andaluces no queden más que cuatro pelones encuerinos sin poder y sin *lacha*, que aun no han dado los buenos días, cuando ya los del tricornio los han metido en cintura para escarmiento de guapos de pega y ladrones de secano.

Juanillón el ventero, que de arrendador había ascendido á gran contribuyente, debía, según malas lenguas, toda su fortuna á la amistad estrecha que le uniera un tiempo á los famosísimos *Niño de Morón*, *Chato de Benamejí*, *Urdiola* y *Cabrera el Potronsillo*, los cuales de vez en cuando descolgábanse por el partido á cometer alguno de sus desaguisados con algún que otro rico trajinante, ó con alguna de las diligencias que recorrían entonces la tierra de María Santísima, adonde el progreso no nos había traído aún la locomotora, ni se había llevado, en cambio, tantas cosas típicas y bellas como ha espantado con sus silbidos.

Juanillón, á pesar de sus sesenta y pico

de años, era el viejo mejor plantado de aquellos alrededores, y sin tener en cuenta lo blanco de sus cabellos, sus labios sumidos, que parecían empeñados en besar el cielo de la boca, ni su cara hecha arrugas, dobleces, y hasta signos cabalísticos, era enamorado como *Pichichi*, jacarandoso y neto como el que más, y como el que más aficionado á pelear, al peleón y á pelar la pava; pero como en lo tercero no encontraba ya moza de su gusto que le hiciera mohínes y carantoñas, con harto dolor de su corazón, entreteníase en dirigir, mediante sabios consejos, á todos los mozos de los Verdiales en sus cábalas amorosas.

Era de ver al viejo vestido con la, ya casi del todo relegada al olvido, indumentaria de los majos sus coetáneos, escuchar con recogimiento casi religioso las querellas de los que iban á contárselas y á que les dijera la buenaventura, lo cual hacía el hombre dándose más tono que un tiempo la inmortal sibila ante el sagrado trípode.

Era de ver al viejo, repetimos; y de saber manejar los pinceles no hubiéramos dejado de trasladar al lienzo su figura adornada con el usado marsellès de paño catalán con caireles de plata, camisa sin almidonar, ancho ceñidor encarnado que le cubría desde el pectoral izquierdo hasta casi la ingle derecha, pantalón corto de pana, polainas ya sin el fleco de correa que las adornaran en su juventud, y zapatos que, como los cascos del caballo de Atila, donde se posaran no debería volver á crecer la hierba.

Durante todas las estaciones cubríase *Fuanillón* la cabeza con un pañuelo de los que por acá llamamos de tomate y huevo, anudado sobre la nuca, y durante todas las estaciones, y á todas las horas del día y de la noche, tenía al alcance de la mano el viejo retaco de dos cañones, con el cual, según afirmaba, no le ponían el pelo de punta ni el Cid Campeador ni el mismísimo moro Muza.

—Hola, abuelo, Dios guarde á usted—
díjole una mañana, deteniendo el paso de

su *Tordillo*, Enrique Miranda, el de Almogía.

—Y á ti también, güen mozo. ¡Cómo le has tomao querencia á estos manchones!

—Es que voy á Málaga. ¿Y qué se cuenta entre la gente de mérito?

—Ná que meresca er cuento; ¿pero no te asientas una miaja y jecharemos un *prejendi*?

—Sí, lo echaremos—contestó Enrique saltando del potro y dándole las riendas al ventero.

Éste ató la cabalgadura á uno de los postes que sostenían la parra cubierta de hojas verdes y negros racimos.

Enrique, entretanto, sentóse en una de las toscas sillas puestas á la sombra para tentar á los caminantes, y sacando la petaca se la ofreció á *Juanillón*.

Volcóla éste casi del todo en la palma de la mano, y dijo después de arrojar una mirada inteligente y olfatear la aromosa picadura:

—¡Carpense ligítimo!

Después de hacer un cigarro y encenderlo como lo encienden los fumadores de cepa, y tras una poderosa inspiración, siguió diciendo con los ojos entornados:

—Carpense superior; jugándose la pelleja dos pesetas de utiliá en libra, mercándolo en Gibraltar y vendiéndolo en Málaga.

—Lo que es hoy, como no sea algún que otro mochilero, eso se acabó ya.

—Tiés razón, ya se acabó la levaúra de la gente de guapeza; hoy ya no hay quien se atermine á jugar al pilla pilla en er monte.

—Parece que lo dice usted con pena.

—¡Dejuro! con pena, poique er contrabando no es un robo; es una pelea de poer á poer, y er que puée más se arza con er santo y con la limosna; y si no, ¿quién es er que cobra las puertas? Er Gobierno, ¿verdá? y 'al Gobierno, ¿quién le da licencia pa jacer eso? Mosotros á la juerza, ¿no es asina? Pos bien: si mosotros se la damos, mosotros se la quitamos; poique entre quitar lo que mos pertene-

ce ó comer rayos que mos partan, creo que la razón no hay naide que mos la niegue.

—Tal vez tenga usted razón, abuelo.

—En fin, no jablemos más de esas cosas porque se me emberrenchina la sangre. ¿Vas á Málaga por mucho tiempo?

—Ca, no; vuelvo esta misma tarde.

—¿Y tú sabes cuál es el camino más corto?—preguntóle con sorna y disimulando la sonrisa.

—¡Ya lo creo!—repúsole Enrique, para el cual no había pasado inadvertida la sonrisa del tío *Juanillón*.—Por el caminito de Santiago se va en un soplo.

—No, hombre, no es guasa; te lo digo mu formal.

—¿Y cuál es ese camino?

—Pos por la trocha del cortijo é la *Viñuela*, y en un periquete sales por *Mata-gatos*.

Miranda se retrepó en la silla, hizo un mohín malicioso, quitóse el sombrero, alisóse con la mano el lustroso cabello y repuso:

—No es mal camino ese, tío *Juanillón*, no es mal camino; por lo menos á mí no me lo parece, y me gusta de verdad.

—¡Vaya! ¡Como que es un encanto! Pero tamién es peligrosillo e veras, y si se te van los pieses te errumbas y vas á escapar mu dolorío.

—Ca, hombre, si yo ando hasta por los aleros de los tejados como si fuera por los llanos de la vega.

—Ya me sé yo de memoria tu habiliá pá los malos caminos; pero ése es peor entoavía, poique está acotao, y el guarda es un puerco espín que al mesmísimo lucero de la tarde le mete un puázo.

—Y ¿quién es ése, el hijo del de Casariche?

—El mesmo, el mesmo, que es una pistola montá, y tiée er corazón más grande y más duro que la piedra roá e *Santa Marta*.

—¡Bah! abuelito, parece mentira que usted diga eso; ese mozo no va á ninguna parte; á ese lo injerto yo y da bellotas.

—Pos vete con cudiao tú, no te vaya á salir la bestia respondona, y jaga contigo lo que con Toval *el Churumbero*.

—¿Qué fué lo que hizo con Toval?

—Pos ná cuasi; y eso que el mozo es de los de jierro al cinto y mano larga.

—Pero ¿qué fué lo que hizo con él?

—Pos que Tovalillo empezó á buscarle la boca; y como Bernardo es más callao que un cerrojo, el otro se creyó que tó er monte era orégano, y una tarde—día e San Juan,—allá en la *cañaila e Ponce*, no sé por qué le dió un arrepujón, metió mano al corte y se fué con las de Caín pa el chavalillo; pero como éste es mu vivo y mu bruto, lo pilló en un revuelo, le quitó la herramienta, se la guardó mu tranquilo y endispués echó er cuerpo alante, y quince días estuvo Tovalico en un baño de árnica, sin que naide supiere aónde tenía los ojos, ni la boca, ni las narices. ¡Como que cuando hablaba pae-cía jacerlo desde un sótano!

—Pues mire usted, tío *Juanillón*, á pesar de eso no he sentío repeluznos. Puede

que algún día se entere usted de lo que da de sí la carne de ballena. Y, sobre todo, Bernardo, ¿qué pito toca en este asunto?

—¿Qué pito? ¡Un millón e caracolas, camará! pos si Dolores fuera su hermana de padre y madre no la querría más que la quiere, y sobre tó que dende que los viejos están jecho tres muebles es el amo de tó, y allí su voluntá es er número uno, y no se jace más que lo que él boquéa, y jacen bien; er mozo, mejorando lo presente, es una prenda, y si el barquito sigue navegando es por él y por Agustín, que jace tó cuanto puée, que puée mucho; es ya tó un presonaje; es arférez. ¡Arférez en cinco años! Ya ves tú si habrá tenío que achuchar er mozo, y la verdá es que yo no sé cómo lo cuenta, ni cómo ha resistío los dos balazos sin soltar la pelleja. ¡Sa menester tener duro el cuero!

—Tiene usted razón; por más que en eso entra por mucho la fortuna.

—Sí, sin dúa; pero también san me-

nester entrañitas e bronce; pos si cuando güerva sería un contra Dios no salir á recibillo con música y fuegos artificiales.

—¿Y se sabe cuándo volverá?

—En cuantico trinque el otro galón güerve pa casarse con Dolores; el hombre tiée consensia y no quiée dejar juera der palomar esa palomica blanca que le trujo el mar paso; por más que yo creo que la espiga no maúra.

—Como que parece que no es hija de Dolores.

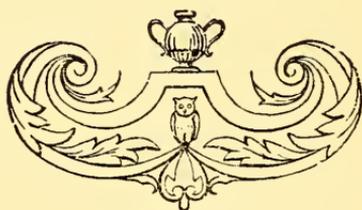
—Pos lo es sigún dicen.

—En fin, abuelo, me voy; no quiero que á la vuelta me coja la noche.

—Pos jasta endispués, y ya sabes: mucho ojo, que la vista engaña—repúsole el tío *Fuanillón*, levantándose para tenerle el estribo.

Enrique montó con la ligereza propia de sus veinticinco años, y partió al trote del fogoso bruto después de estrechar la mano al viejo, que murmuró viéndole alejarse envuelto en una nube de polvo dorado por el sol:

—Yo ya se lo arvertí, y si se emperra se la va á jallar; y si se la jalla, que con su pan se lo coma.





CAPÍTULO VI

UN VISTAZO ATRÁS

Preciso es que, antes de seguir, hagamos algo de historia retrospectiva para que no vayan del todo á-tientas nuestros lectores por las páginas de este libro.

Como era de temer, y como se puede deducir del diálogo mantenido por Enrique Miranda y el tío *Juanillón* en la venta de las Palomas, el mal paso de Agustín había tenido gravísimas consecuencias.

Tres ó cuatro meses hacía ya que el mozo andaba á tiros con los insurrectos, cuando una tarde Dolores, que habíase demacrado y andaba siempre con una

nube muy negra encima del alma—después de contestar con un borbotón de llanto á unas preguntas de la seña Tomasa, un poquito puesta en cuidado con el á ojos vista desmejoramiento de la *Viñuela*,—arrojóse ésta al cuello de su tía, que la llevó á su cuarto, donde sostuvieron una larguísima conversación.

Al salir la seña Tomasa y Dolores de la estancia donde hubo de tener lugar la conferencia, lo hizo la primera con el rostro purpúreo y las manos en las sienes, y la segunda con los ojos escaldados y las mejillas como la grana.

—Por la Virgen Santísima, tía Tomasa, por la Virgen Santísima no le diga osté ná al tío; mire osté que si se lo boquéa me tiro por un barranco.

—Hay cosas que no se puén callar manque se quiera, Dolores; hay cosas que pá no verlas hay que saltarse los ojos. ¡Charrán! ¡Y lo que ha jecho! ¡Dios mío, y lo que va á decir tu tío cuando se entere! ¡Qué esazón más grande, Virgen Santa, que esazón más grande!

Cuando la noticia le fué administrada al señor Juan, lo cual hizo la señá Tomasa con la mayor delicadeza, y el viejo pudo darse cuenta de lo ocurrido, ¡Dios de Dios!, tuvieron que dejarlo solo. ¡Vaya un genio el del hombre! Él tardaba en irse del seguro, pero cuando se iba era un trabucazo; verdad es que la cosa era para arrancar á cualquiera. Si Bernardo era su mano derecha, Dolores era el más dulce de los recreos de su vejez. Dolores se lo había ganado con sus buenas acciones y sus zalamerías, y la traición de Agustín le dolió como una puñalada.

Durante varios días nadie se atrevió á mirarle frente á frente. Como que los pasó el hombre hablando solo, mordiéndose los pulpejos, peleando con su sombra y sembrando el aire de amenazas que metían miedo.

Al fin y al cabo, como no hay temporal que no amaine, tornaron las aguas al río, y

—No llores más— dijo bruscamente una tarde á la muchacha,—no llores más.

¡Lástima que á un parral tan gracioso le haya caído la ceniza! Y tó por ese zanguango, que no vale lo que un jálito de tu cuerpo; en fin, á lo jecho pecho; yo le pondré á ese mozo cuatro letras que le van á picar más que un pimiento chirle; eso ha sío un sacrilegio; tú debías haber estáo pá él más sagrá que la Virgen en la Ermita. Ha escupío á lo alto y á tós mos ha llenáo la cara e saliva; pero lo que él ha ensuciáo sa menester que lo lave, y lo lavaré, ¡vaya si lo lavaré!, jasta que te deje otra vez más blanca que la flor del armendro.

La carta á Agustín fué motivo de grandes discusiones. ¿Quién la iba á escribir? Ninguno de los de casa se atrevía á llevar á cabo obra de tales magnitudes; tampoco era cosa de poner á un extraño al corriente de lo que ocurría; el mal grano se muele en molino propio. Unos opinaron que el señor cura, otros que el maestro, otros que el Arzobispo de Sevilla; pero cuando ya todos se desesperaban, ó, mejor dicho, votaban por el pri-

mero, el señor Juan se dió en una pierna un manotazo capaz de trincar una pirámide, y murmuró con aire de triunfo:

—Ya sé yo quién la va á escrebir sin que se entere naide.

Y sin exponer la idea concebida retiróse á descansar, para á la mañana siguiente, cuando aun las estrellas esmaltaban el azul, coger el jaco y salir con dirección á Málaga.

Apenas hubo soltado, ya en la capital, en el parador de San Rafael, especie de Hotel Roma para los próceres de Iznate y Alfarnatejo, y otras parecidas procedencias, apenas hubo soltado el jaco, repetimos, se dirigió y metióse en uno de los portales de memorialista, de los varios que aún viven en la *ciudad bravía de las doscientas tabernas y una sola libre-ria*, á expensas de soldados amantes, criadas enamoradas y labriegos sin acepillar.

El memorialista, un viejo obeso, pulcro, sonriente, con gafas de oro, calva medio cubierta por un gorro, color sano,

bigote encanecido y mirada maliciosa, hízose pronto cargo de aquel mal negocio, y después de acariciarse durante algunos instantes con el extremo de la pluma las mejillas, con aire grave y meditabundo, dió comienzo al trabajo en hermosos y clarísimos caracteres.

Cuando hubo terminado, leyó para sí lo escrito con gran atención, ultimó con algunos acentos, puntos y comas la inspirada página, y después, volviéndose con aire de docta suficiencia hacia el señor Juan, dió lectura en alta voz á la carta, que era una filípica capaz de conmover, no ya á Agustín, sino á la mismísima roca Tarpeya.

—Mu rebién que está eso; ¡pero mu requetebién!

—Y ¿quién firma?

—Ponga osté.—Tu padre.

—Hombre, siempre se pone el nombre de pila.

—Están tan malas las cosas hogaño, que yo ya he perdío jasta el nombre.

El memorialista lo miró con extrañeza,

y después, sonriendo con aire de triunfo, le dijo:

—Como usted quiera, mi amigo; y el sobre ¿á quién se le dirige?

El tío *Cantueso* sonrió con aire bonachón, y le repuso con acento irónico:

—Al Pae Santo, en Róma.

El memorialista, viéndose burlado, se encogió de hombros, echó en el canastillo el importe de su trabajo, que le entregara el *Cantueso*, y cuando ya le vió en la puerta, díjole sonriéndose también:

—Vaya usted con Dios, y que llegue la carta.

Desde allí se fué el señor Juan á la posada, y le dijo al dueño:

—Oiga osté, mostramo, ¿quíée osté jacerme un favor más reondo que una piña?

—Eche osté por esa boca.

—Pos quisiera que me pusiera osté un sobre pá un hijo que tengo en Cuba.

—Con mil amores, ¡no faltaba más!

Después de echar la carta al buzón del correo, metiendo en él cuanto pudo el

brazo, y esperando algunos instantes, no fuera, por arte de encantamiento, á volver la carta á salir, cogió de nuevo su cabalgadura, y orgulloso de sí mismo por lo gallardamente que había salido del paso, púsose en un periquete en el lagar, y dijo á la señá Tomasa, con aire de triunfador:

—Ya va pá allá la carta, y no se ha enteráo ni la tierra; estas cosas sa menester jacellas con sabiuría.

Pasaron varios meses, durante los cuales apenas si se le vió el polvo á Dolores, y, al que hacía nueve, una noche el señor Juan, montado en uno de los mulos y seguido de otro con jamugas, salió con dirección á la capital por trochas y vericuetos, y antes que despertara el día estaba de vuelta con una viejecilla, que no permaneció en la *Viñuela* más que hasta la noche del día siguiente, en que el cortijero la reintegró á sus hogares.

Desde entonces empezó á notarse gran movimiento en la casa. ¡Cosa extraña! Parecía que un nuevo rayo de sol había

iluminado el cortijo; una nueva escapatoria tuvo que hacer aún á Málaga, también de noche, el señor Juan; esta vez llevaba con gran primor entre los brazos un lío, de donde, de vez en cuando, escapábase un grito infantil.

Al regreso del cortijero empezó á dejarse ver de nuevo Dolores, pálida, ojerosa, llena de languidez; llevando casi siempre en brazos una chiquilla, que, como es natural, hubo de llamar grandemente la atención de todos los convecinos de los cortijeros.

El primero que les hubo de preguntar á quién pertenecía aquel retoño, fué el tío Anselmo el del lagar de *Ponce*.

—Oye, Juan, ¿de quién es esa gurripata?—le preguntó, abriendo mucho los ojos.

—De una hija de mi primo Antonio er de Osuna; la probetica, al nacer, esgració á la madre, y como no tié á naide más que á mí, y..... como la iban á echar ar torno, y mi casa es el arca de Noé, y mi Tomasa tiée un corazón que es armíbar, y.....

El *Cantueso* no estaba acostumbrado á mentir, y, está claro, todo aquello lo dijo torpemente, con indecisiones y balbuceos.

El del cortijo de *Ponce* le miró con sorna, rascándose detrás de una oreja.

—¡Probetica Isabel! ¡Tan regüena como era y tan jacendosa, y con un lunar tan regracioso como tenía en la cara!—repúsole el tío Anselmo muy seriote, y como conmovido por la prematura muerte de aquella supuesta parienta del señor Juan *el Cantueso*.





CAPÍTULO VII

SIGUE LA HISTORIA ANTIGUA

Cuando el de *Ponce* se hubo marchado, dijo el señor Juan á su mujer, con acento lleno de acritud:

—¿No te lo ecía yo? esa es mu gorda y no cuela. ¡Camará con el tío Anselmo, y cómo me la ha degüerto con refaición!

—Pero ¿qué ha sío lo que ha pasao?

El *Cantueso* le contó lo ocurrido, y concluyó diciendo:

—Lo mejor era lo que yo pensé; hábársela dao pá que la criara á Juliana *la Pecosá*; esa tiée mucho que agracernos, y es más güena y más callá que un confesonario, y allí naide se hubiera comío la

partía; Málaga es mu grande y naide se entera allí de la matanza del vecino, y cuando hubiera güerto Agustín entonces se habrían puesto las cosas en su lugar.

—Miá tú, eso no podía Dolores consentirlo, ni yo tampoco; ¡angelico e Dios! Tan escuchimizá como ha nació, y dejalla en manos ajenas. ¡Vaya, que se te quite eso e la cabeza!; y aluego que la probetica ya mos conoce, y apenitas la llamo regüerve los ojos pa buscarme y encomienza á tenderme los bracicos. ¡Vaya, eso no puée ser! Si es la alegría de la casa, y lo mesmo que lleva ya aquí cinco meses llevará cinco eterniáes; y si la gente dice, que diga; ya se jartarán, y á la postre y á la fin tiéen que enterarse; esas cosas pasan bajo los tejaos desde que er mundo es mundo; y aluego que tóo esto, Dios mediante, se arreglará, y tóos se quearán arveando de limpios.

—¿Y si Agustín no golviera?

—¡Josús y qué cosas dices! ¡Vaya, y qué ganas de afligirme! Sería mucha esgracia que le dieran otro balazo al probe-

tico. ¡Hijo de mis entrañas, y qué penitas no habrá pasao solito por esos hespitales!

—Cuestan mu caros los galones; paéce mentira que el probe haya aguantao er plomo; es que tiée poca sangre y güena encarnaúra, y no te creas tú que él se contenta con lo ganao; mu clarito mos lo dice en sus cartas. «No voy á casarme jasta que llegue á oficiar», quiée que su Dolores sea oficiala y tenga un asistente más grande que un castillo.

—Mejor sería que se queára e sargento y tomara la arsoluta.

—¡Cuarquier día jace eso! El chavalete ha salío con la sangre ardorosa y mu bravo. ¿No ricuerdas lo que icía el periódico, que se había batío como un león?

—Mejor estaría con mosotros, peleando con la vía.

—¡Cualisquiera le pée el quién vive cuando güerva! ¡No va á venir mu venteao el mozo!

En aquel instante sintióse llorar á Araceli, y dejando á su marido con la palabra en la boca se dirigió la señá Tomasa

hacia las escaleras con toda la ligereza que le permitían sus años y su tremenda carga de carnes, volviendo á poco con la rapacilla en los brazos.

La chiquilla era casi un vivo retrato de Agustín: tenía los ojos azules, grandes y melancólicos, la tez blanca y suave y rubios los sedosos cabellos. Su carita demacrada y pálida, sus labios descoloridos y su cuerpecillo descarnado, presagiaba una infancia peligrosa.

—¡No ves, no ves y lo que sabe esto? ¡Apenitas la cogí, callóse como una zorra! ¡Pícara Dolores! ¡Pícara madre, que no le da de mamar á la niña! Pero mira, Juan, mira cómo se sonríe.

La chiquilla, entretanto, alzaba los bracitos, mordisqueándose los puños, y estirábase apoyando los pies en la carnosa cintura de la abuela.

Poco á poco el semblante de Juan fué perdiendo la tensión de costumbre, inclinó poco á poco el cuerpo hasta formar con él un ángulo, apoyó ambas manos en las rodillas, y con la sonrisa en los la-

bios y los ojos llenos de ternuras empezó á jalearse á la muchacha, que le pasaba las aterciopeladas manos por el atezado rostro.

—Anda, anda, y cómo te han puesto los mosquitos—dijo riendo el tío Salustiano, que apareció en la puerta del corral con la indispensable tomiza y el ya en él histórico manojo de espartos.

—¡Si la envidia juera tiña, agüelo, cómo andaría la cristiandá!—exclamó la señá Tomasa.

—¡Yo envidia! ¡Dejuero!

—Sí, sí, envidia; no te avergüences, Juan, que ese viejo indino es peor que tú, y esta mañana, sin que naide se lo dijera, estaba meciéndole la cuna y oseándole las moscas y cantándole serranas; ¡con que ya ves tú!

El tío Salustiano, viéndose descubierto, miró con tremenda y cómica actitud de amenaza á la cortijera, y díjole ahuecando la voz:

—¡Delataóra!

En aquel instante apareció en la puer-

ta Dolores con el cantarillo de la leche, que colocó sobre la mesa, y avanzando hacia el grupo, y dejando escapar una de esas exclamaciones de amor maternal que no tienen nombre, dijo, encorvando el cuerpo y alargando las manos á Araceli:

—¡Vente, vente conmigo, querubín, que estarás esmayaical!

La chiquilla botó en los brazos de la cortijera; en vano hizo por batir las invisibles alas, y su madre tuvo que ir en su ayuda, llevándosela á un ángulo para hacer compatible con el pudor el cumplimiento de su sagrado ministerio.

Dolores, desde la noche fatal de la despedida de Agustín, apenas si había dejado vagar la sonrisa en sus labios; siempre grave, siempre taciturna, dedicábase á sus quehaceres con ahinco, con ansia, como si quisiera adormecer en aquel rudo batallar sus pensamientos; el recuerdo del hombre querido no se apartaba un instante de su imaginación; cuando se recibió su primera carta, un gozo íntimo

derramóse en su pecho y en el de todos los del lagar. Agustín prometía la reparación debida; pedía que lo perdonasen, disculpaba su falta; el amor inmenso que sentía por Dolores; el no querer alejarse sin despedirse de ella, sin arrancarle un último juramento; la quietud de la noche, el afán de consuelo, la desesperación, el hervor de la sangre, todo hubo de combinarse de tal manera, que llegó la fiebre y el vértigo después, y luego algo ardiente y luminoso, cuyo recuerdo le acompañaba en sus largas y penosas jornadas al través de mil peligros de muerte, en las eternas noches del campamento, en las terribles y gloriosas amarguras de la vida de soldado; pero él volvería á cumplir como bueno y leal que era, aunque tuviera que beberse el mar de un sorbo.

Esta carta devolvió en parte la tranquilidad á los del cortijo; el tiempo, al pasar, fué secando los ojos de la huérfana y despertando en ella algo de sus pasadas alegrías; la murmuración que puso á

ochavo y á cuarto su historia en todo el partido había ido acallándose, y como no hay fruta más sabrosa que la del ajeno cercado, más de uno y más de dos mocitos de arranques y buenas vestiduras pusieron los puntos en la de la *Viñuela*, como la denominaban, sin conseguir más que dar suspiros al viento; pues maldito si ella se preocupaba más que de su Araceli, de sus faenas y de ayudar á Bernardo.

Este habíase acostumbrado á mirarla como cosa propia, y entre ella y su padre tenían, como él decía, hipotecado el corazón, no sin dejarle una gran parte á la niña y á los cortijeros.

Agustín, entretanto, seguía en la tremenda lucha; otra bala volvió á poner en peligro su vida, y seis meses estuvo si se va, si no se va; pero como nadie se muere hasta que Dios quiere, el muchacho, que había ingresado en el hospital de sargento primero, cuando lo abandonó lucía ya en la bocamanga la primera solitaria estrella.

Cuando se enteraron en el lagar del nuevo percance cada uno salió llorando por su lado, y Dolores, aunque lloró casi tanto como la seña Tomasa, pudo aquella noche, no obstante, conciliar el sueño, á pesar de lo cual no dejó de rezar por su primo, ni de ir con Bernardo todos los domingos á la Ermita, adonde llegaban siempre antes, mucho antes que el sacristán hiciera resonar de monte en monte la enorme caracola, única campana que poseía el rústico santuario.





CAPÍTULO VIII

IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO

Al abandonar Enrique Miranda la venta famosísima de las Palomas, puso al trote su fogoso *Tordillo* con dirección al cortijo de la *Viñuela*.

Su diálogo con el tío *Juanillón* no había sido muy de su agrado; ¡naturalmente! Lo mismo que había convencido el descendiente del de Casariche á Toval *el Churumbero* de la fortaleza de sus músculos, podía intentar convencerlo á él, y no debía ser, sin duda, cosa agradable someterse á tan poco útil enseñanza; era preciso dormir con un ojo en vela, y

si á pesar de sus precauciones se juraba la Constitución, ¡qué se le iba á hacer!, paciencia y barajar; no hay negocio sin quiebras ni flores sin espinas, y no todos tienen la resignación del gran orador de Grecia ante las exigencias de la cortesana de Corinto.

Era necesario hacer corazón de cualquier cosa; jugábase en la partida el gran cartel adquirido á fuerza de romper pedestales y arrojar imágenes de sus hornacinas, y además era indispensable librar la batalla antes que regresara el de Cuba, el cual, según decían, estaba ya preparando la maleta para el regreso.

Era menester dejarse ya de faroles y navarras, é irse al bicho y jugarse allí el todo por el todo, sin volver la cara, ni dar un paso atrás, ni seguir ninguna de las inspiraciones del miedo, propio solamente de los matadores de pega.

Verdad era que la cosa no estaba muy mollar; Dolores cada vez que se lo echaba á la cara arrugaba el ceño, contestábale con acento desabrido, y á la primera

de cambio tomaba el portante y hasta más ver, prenda mía.

Además de esto tenía que soportar á Bernardo, el cual, desde que le veía aparecer, plantábale encima los ojos en son de reto y de amenaza, y hasta verle alejarse por la trocha no se los quitaba, así llovieran chuzos de punta ó se salieran de madre los arroyos.

Todo aquello era para desesperar á cualquiera, y mucho más á aquel mocito, un Apolo andaluz, con la mar de buena ropa, la mar de fama, y por ende con unos ojos melados y dulces como los de una Dolorosa, la tez pálida y suave, las facciones correctas, curvas las mejillas, el bigote fino, rizado y negrísimo, como la cabellera, que además era abundante y siempre la llevaba peinada con el mayor esmero.

Llegó, por fin, el garrido doncel al puente, á poca distancia del cual arranca en rápido declive la trocha que conduce al lagar; detúvose vacilante algunos momentos; decidióse, por fin, y avanzó con

cuidado, refrenando con mano firme el potro, pues la trocha que flanquea el monte hasta llegar al arroyo es un paso difícil, y un resbalón puede arrojar bruto y jinete á los cuadros de hortalizas ó entre las frondosas ramas de los frutales del reducido huerto.

Al llegar al promedio de la vereda se detuvo Enrique; había divisado á Dolores, que, de puntillas y alargando los brazos, arrancaba el fruto ya maduro de una de las higueras y colocábalo en tosco cesto tapizado con hojas verdes.

—Buenos días —le gritó Enrique al par que arrojaba una mirada escrutadora á su alrededor.

Volvió la *Viñuela* sorprendida el semblante, y al ver á Enrique no pudo reprimir un gesto de desagrado, y murmuró, al par que contestaba al saludo con una inclinación de cabeza:

—¡Mala mañana se ha presentao!

Para Enrique no pasó inadvertido el gesto; pero como estaba decidido á ir de una vez el vado ó á la puente, saltó del ca-

ballo con la elegante limpieza de un acrobata, ató las riendas á uno de los arbus-
tos, y dirigiéndose rápido y gallardo ha-
cia donde estaba la *Viñuela*, díjole con
voz acariciadora:

—Así me gusta y me regusta; madru-
gando como las alondras y como el lu-
cero matutino:

—Á quien madruga Dios le ayuda.

—Según y como está de humor, y caen
las pesas; ¿le ha ayudado á usted hoy?

—Yo, como me alevanto siempre trem-
pano, lo mesmo pilló el mal tiempo que
el güeno.

—Pues lo que es hoy, á pesar de estar
raso, debe estar nubloso, á no ser que
usted al buen tiempo le ponga mala cara.

—Eso es custión de vista; ca uno tié
de un color los cristales de los ojos, y lo
que usted ve claro lo pueo yo ver un
poquito turbio y un poquitico más.

—¿Y hoy, cómo está osté viendo las
cosas?

—Más negras que er jollín; ¿y osté?

—Yo de color de cielo.

—Pues osté gana; apúntese osté un tanto, y tan y mientras yo me voy, porque lo que es esto ya se arremató.

Y diciendo esto, la *Viñuela* puso algunas hojas verdes sobre el sazonado fruto y colocóse el cesto al cuadril.

—Eso sí que no lo permite Miranda el de Almogía; venga ese cesto, que lo voy yo á llevar con toito el salero.

—No puée ser de risa; se va osté á relajar de la cintura, y sería eso darle una pesaumbre al hijo de su madrecica e su corazón.

—Ca, Dolores; si yo soy fino y fuerte; ¡así fuera afortunadillo!

—¡Qué más fortuna! Pos si toito er mundo ice que si no son de osté la mar y los barcos es poique no le gusta á osté er salitre.

—Si fueran mías la mar y los barcos, y la tierra y las estrellitas del cielo, todito lo daría yo, con la sangre de mis venas, porque usted no tuviera tan durillo el corazón.

—¡Cuánta generosidá, y cuánto rumbo,

y cuánta calor que jace!; en fin, quédese osté con Dios, que yo me voy.

—Es que yo la quiero acompañar á usted; le pudiera á usted pasar algo en una encrucijada, y eso sería una lástima; deme usted el canasto.

—No puée ser, hombre, muchas gracias; ni yo necesito que naide me acompañe.

—Es que yo soy un poquito más que nadie, y que yo sé que le va á usted á gustar lo que yo le diga.

—¡Ay, Josús, y qué mañana se ha presentao más pesá y más calurosa, y con más mal *aratz!*

—¡Cuando yo digo que tiene usted algo muy duro en la parte izquierda de ese pechito!

—Pero manque tenga un jierro, ¿á osté, qué?

—Es que yo me estoy muriendo, verdugo; es que esto es un martirio; es que yo no puedo seguir de esta manera; es que yo tengo el alma hecha trizas, y hecho trizas el corazón.

—¿Y á mí qué me cuenta osté con eso? Vaya, déjeme osté á mí de música ratornera, que tengo mucho que jacer. ¡Dios, y qué hombre más majaero, y más machacón, y más corto e vista!

Y armando en corso la cara, dió un revuelo y se alejó, dejando en mitad del arroyo hecho una pieza al más irresistible de los niños bonitos de Almogía.

Cuando Dolores penetró en la casa, llevaba la frente fruncida y llena de enojos la mirada.

El tío Salustiano, sentado en la puerta del corral, mataba el aburrimiento haciendo pleitas; la señá Tomasa, como siempre, en sus horas de ocios oficiaba de habil calcetera; y el señor Juan, en quien aún la buena sangre pugnaba por vencer el peso de los años, entreteníase en cribar un puñado de garbanzos.

La casa del cortijo se parecía á todas las de los contornos; había sido edificada bajo la dirección del arquitecto del partido—un peón de albañil retirado del oficio,—y estaba formada por un portal y

anteportal en una pieza entrelarga, con una puerta frente á la de la calle que ponía en comunicación con otro aposento, en uno de cuyos ángulos, sobre enorme fogón, veíase una gran caldera fuera de uso.

Desde esta misma habitación podíase salir á los corrales, ó penetrar en la bodega llena de enormes tinajas, ó ascender al piso principal, compuesto de amplísima antesala, y un pequeño corredor con varias habitaciones, utilizadas unas como graneros y otras como dormitorios.

El anteportal era, por decirlo así, la vivienda común, y en su decorado veíase tanto la mano hacendosa de Dolores como la de su pulcrísima antecesora: blancas las paredes; en las alacenas, sin puertas, limpísimos los platos y los objetos de cristal, y además adornados con matas de romero; sobre la chimenea los peroles como ascuas de oro, y encima de la segunda puerta, en apolillado marco de caoba, un San Juan Evangelista en cromo capaz de hacer escéptico al más creyente.

Diez ó doce sillas de pino blanco y aneas; cuatro cántaros colocados en correctísima formación en la limpia cantarrera, una mesa enorme y tres escopetas vizcaínas, colocadas en la pared en forma de trofeo, completaban el rústico mobiliario.

—Paéce que Bernardo se ha dormío en el Puerto—dijo Dolores al penetrar en la casa, al mismo tiempo que soltaba en la amplia mesa el cesto de la fruta y se quitaba el pañuelo de la cabeza.

—Antonio *el Perma* es mu *perma* pa jacer un trato—repúsole la señá Tomasa.

—¡Ah!, ya se me orviaba: por ahí viene D. Enrique el de Almogía.

—Me alegro—exclamó el señor Juan, soltando la criba y dirigiéndose hacia la puerta.

—Oye, Dolores, por la cañá no viene naide—decía momentos después el *Cantueso*, que con la mano en forma de pantalla sobre los ojos miraba hacia el camino.

—Se habrá arripintío.

—Me paéce que tú has soñao.

—¡Qué sueño, ni qué ocho cuartos! Si ha estao hablando conmigo en el huerto. Lo que puée ser es que se haya díó de miéo á un escopetazo que sonó.

La cortijera contempló fijamente á Dolores, que dejó asomar á sus labios una maliciosa sonrisa.





CAPÍTULO IX

LA TRILLA

La cumbre aplanada del monte colindante con el camino forma, uniéndose á la carretera, hermosa planicie, de donde arranca, como ya hemos dicho en capítulo anterior, el pedregoso carril que conduce al cortijo.

En esta planicie de tierra roja, que por dos lados muere en las faldas de dos colinas, y por las otras en dos pintorescas cañadas, al lado de un corral, destácase la era donde los del lagar trillan el grano, y desde la cual se dominan los montes salpicados de caseríos, que van á

morir en las estribaciones de la sierra de Antequera.

Era la hora en que el sol se despide; sus últimos resplandores cubrían de oro y de púrpura el encendido ocaso; iluminábase el celaje con todos los colores del iris en maravilloso desconcierto, y las cumbres recortaban con sus crestas desiguales el diáfano horizonte.

Todo yacía en religiosa quietud; sólo era turbado el silencio por el canto dulce y quejumbroso de la trilla, interrumpido á veces por el acordado grito con que anima, de cuando en cuando, á la fatigada cobra el rústico cantor.

Era Bernardo el que cantaba; veíasele á los últimos reflejos de la tarde, de pie sobre el ligero trillo, en una mano el rama! con que dirigía los robustos caballos, en la otra crujiente látigo, echada hacia atrás la gallarda figura, recorriendo la era en todas direcciones, mientras Dolores, *vi ergo* en mano, cuidaba de que no rebasase el círculo la desgranada es-piga.

Aquellas dos figuras, bañadas por las claridades del crepúsculo, aparecían llenas de dulces y poéticas sugerencias. El mozo, que ya contaba veinte años, no tenía nada que envidiar al más apuesto; era alto, robusto, de pecho amplísimo y esbelto talle. Su rostro, tostado por el sol y curtido por la intemperie, era de facciones enérgicas, de ojos expresivos, de nariz recta de flexibles cartílagos, de frente reducida; pelo fuerte, negro y rizado; boca grande y sensual, y blanquísimas dentadura.

Vestía Bernardo en aquellos momentos humilde traje; era preciso conservar el de gala para los días de fiesta.

—Pá el trabajo, güeno está lo más malo y lo más peor—decíale Dolores; y ya se ve, si lo decía Dolores, no había más remedio que inclinar la cerviz ante el hermoso déspota.

Los pantalones de mallorquín lucían grandes cicatrices; el camisón hacía la competencia con probabilidades de triunfo; la faja, por el contrario, era nue-

vecita, encarnada, y tenía la ceñida con todo el salero entre á lo cañí y á lo castellano, y lucía sobre la frente sombrero de palma de finísima labor—tejido por la *Viñuela*,—la cual para aquello, igual que para otras muchas cosas, tenía por manos dos primores.

Calló el zagal, y díjole la muchacha con tono de reconvención:

—Avígate y sigue cantando, que se jace tarde.

Miróla el zagal sonriendo, echó atrás la cabeza, y cantó:

*La trilla no se jace
y er sol traspone;
la pícara del ama,
¡qué cara pone!*

—No sé si es mejor que cantes ó que cierres er pico, poique cantando se te va er santo ar cielo y no trillas más que por los remates.

*Por la vera y por medio
se hace la trilla;
por la vera y por medio,
dice la niña.*

Y al terminar la copla, miró maliciosamente el cantor á la muchacha.

Ésta, durante el tiempo transcurrido, había llegado á la plenitud de su hermosura; su pecho amenazaba hacer estallar el apretado corpiño; sus caderas se habían redondeado, y sus movimientos eran más gallardos y graves.

El vestido que lucía era también humilde: falda corta de coco oscuro, que dejaba al aire el pie, calzado con fuerte zapato de baqueta; delantal encarnado, con ancha franja estampada; pañuelo de hierbas al busto, y otro igual arrollado entonces en el cuello.

Cada vez que terminaba de apilar la paja, apoyábase en el *viergo* con una mano, colocábase la otra en la redonda cintura, y entreteníase en seguir con la vista en sus rápidos giros al mozo que, ora se destacaba sobre el fondo gris de la ladera, ora sobre el azul pálido del cielo.

—Oye, Dolores: lo que es ahora escanso; y no me avives más, que me

duele ya el alma del trasiego—dijo el muchacho deteniendo con mano firme el paso de la cobra y saltando del trillo.

—Escansa, hombre, escansa; pero no más que una chispa; sa menester rematar hoy, y si mañana Dios quiere que haiga viento, aventaremos.

—Ya lo creo; y si no hay viento, yo soplo y tú aventas.

Y abriéndose paso al través de la amontonada paja, saltó fuera de la era.

—Estás mu cansao, ¿verdad? ¡Probetico!

—¡Dejuro que sí!

—Pos en cuantico arrematemos mos vamos, y ¡ya verás! ¡ya verás qué sorpresa te doy! ¡Te vas á chupar los deos!

—Vamos á ver, ¿qué has guisao que no sea lo de tó los días?

—Anda, aciértalo.

—Pos has jecho, has jecho..... arroz con leche.

—No, majaéro; otra cosa que te gusta más entoavía.

—¿Más entoavía?; entonces, cidra endulzá.

—Eso es; pá que aluego digas que no me acuerdo de ti; le he dao ar sacco de la azúcar un tiento que sa quedao temblando.

—¿Y pá que le has jechao azúcar, si tus manos son meramente panales?

—¡Adulaorcillo!

—¡Adulaor yo!, pos si dende que tú viniste al partío san muerto de jachares toitas las mozas e rumbo, y to los mozos andan rastreando tu pista como si fueran poencos; y si no, anda y pregúntaselo á don Enrique, que no jace más que dir y venir der monte al llano y der llano al monte.

—Y á propósito de don Enrique: hier mañana estuvo ahí.

—¡No te lo ecía yo! Ese tordo no se aparta de estos olivares. ¿Y qué era lo que quería?—Y al preguntar esto Bernardo, puso torva la frente.

—Pos ná; ó, mejor dicho, yo no sé; se abroncó á lo úrtimo conmigo poi que

no quise que llevara á la casa er canasto de las brevas, y sin ecirme ná pilló el portante, y Dios sabe aónde iría á reponerse del berrinche.

—Á ese mar bicho lo voy yo á encojar pá que no güerva sin muletas por estos andurriales.

—¿Y á mosotros qué mos importa? Que venga ú que no venga jasta que se le caiga er pelo.

—¡Vaya si mos importa! Que se arrima mucho á la cormena, y cuando se arrima es poi que le gusta la miel, y esa miel, que es miel de rosas y de claveles, y de clavellinas der paraíso, no es pá naide más que pá er zángano e Cuba, y no le premito ni al mesmo sol que la mire tan siquiera; ¡vaya un Dios! ¡Ni que la mire tan siquiera!

—¡Vaya un Dios! ¡Ni que la mire tan siquiera!—repitió en tono de burla la muchacha.

—Tú dirás lo que quieras; pero en cuantico se me ajume er pescao, le parto un ala á ese pájaro de mal agüero.

—Dale, bola; ¿á mosotros qué mos da ni mos quita que mire jasta que se le jagan cenizas las pestañas?

—No seas tú inocente; ese mocito, con el aquel de ser hijo de su padre y de haber estudiáo, sa creío que tóas las mujeres seis azofaifa, y mosotros, los hombres, crestas e gallos ú carrizos e zambombas.

—Vamos, anda á la era, y éjate de ton-tunas, que se jace tarde; ¡pos no lo has tomao tú con mucha fatiga, que digamos!

—Tú podrás icir lo que quieras; pero er día que me lo trompiece y venga la cosa erecha, lo trinco, lo doblo, lo meto en un sobre y se lo mando á Agustín pa que mos lo devuelva jecho guayaba.

Y Bernardo, con el semblante contraído, penetró de nuevo en la era, saltó al trillo y tendió el látigo á los caballos.

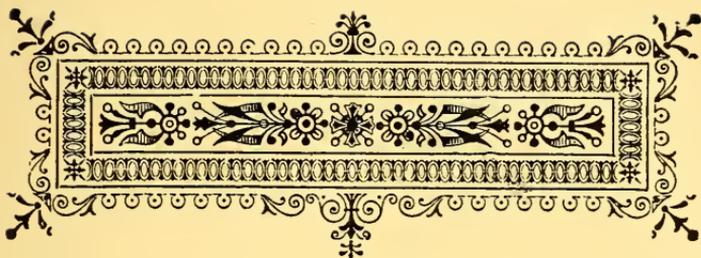
—Vamos, canta; ya sabes que me gusta oirte.

—No canto ya más: más dáo la tarde; ¡vaya un Dios!

Y mudo y sombrío siguió trillando,

mientras Dolores lo contemplaba con vaga abstracción, y las primeras sombras de la noche empezaban á invadir los purísimos horizontes.





CAPÍTULO X

BRONCA EN EL SOL

Cuando Miranda penetró por la calle del Negrete de Almogía, iba loco perdido; el desplante de Dolores habíale llenado la cabeza y el corazón de rabias y despechos; aquélla fué la gota que hizo rebosar el vaso; cuando pasó de nuevo por la puerta de la venta, preguntóle *Juanillón*, sonriendo con malicia:

—¿Ya estás e güerta? ¿Se arremató ya lo que se daba?

Enrique sonrió también, aunque violentamente, y siguió su camino saludando

con una inclinación de cabeza al viejo ex contrabandista.

El pueblo yacía en silenciosa quietud; los vecinos, declarándose en retirada ante aquel sol de Agosto, habíanse guarecido en los más frescos y húmedos rincones de sus respectivas viviendas; todas las puertas estaban cerradas unas, otras entornadas; ni un solo transeunte cruzaba la calle.

La curiosidad, no obstante, pudo más que el miedo al calor, y al pasar Enrique algunas cabezas asomaron por entre las entornadas puertas, y tal ó cual cortina fué disimuladamente recogida para ver al temerario que osaba pelear con el sol cara á cara en aquellas horas de bochorno.

Cuando penetró Enrique en el casino, después de atar las riendas del caballo á la reja, las dos habitaciones corridas del vestíbulo estaban llenas de gentes: el suelo aparecía recién regado, varios macetones de hortensias adornaban los ángulos, ligero viento penetraba por la puerta del jardín, abierta de par en par.

Estaba allí la crema del pueblo: Juan *el Cantudo*, Antonio *el Pájaro*, Íñigo Pedrosa, Tovalico *el Churumbero*, aquel á quien un día Bernardo hubo de vapulear en la cañailla de Ponce, y otros personajes que maldito si importan á nuestros lectores.

Entreteníanse aquellos próceres, honra y ornato del pueblo famoso, muchos de ellos en mangas de camisa, en matar al tiempo y en burlar al calor jugando al dominó ó á las cartas, lo cual hacían con el mayor silencio; silencio que era interrumpido solamente por el chocar de las fichas removidas de cuando en cuando, por las exclamaciones ó por los tremendos puñetazos descargados sobre las mesas con que los jugadores se aplaudían un triunfo ó se quejaban de un descalabro.

—Caballeros, buenas tardes—dijo Miranda, sentándose al lado de la única mesa desocupada.—Tú, *Belloto*, tráeme una sangría.

—¡Hola, D. Enrique!—dijo el *Cantudo*, sonriendo al recién llegado.

—Adiós, Miranda— murmuró Toval.

Los demás jugadores apenas si se enteraron de la llegada del famoso y rústico Tenorio.

—¿Quién quiere refrescarse la sangre?
—preguntó Enrique.

—Yo, que la tengo echando chirivitas
—repúsole el *Churumbero*, levantándose y haciendo crujir la mesa al colocar en ella la última de sus fichas.

Y sentándose junto á Miranda, sacó la petaca, la abrió, encajando una mitad en la otra mitad, y se la ofreció, diciéndole:

—Miá tú que tiées la cara trompicá;
¿qué te ha pasáo?

—Nada.

—¿Y de aónde vienes ahora con la calina que jace?

—De la *Mirandola*. ¡Cómo estamos de siega!

—Los terrenos se estarán portando, ¿verdá?

—Como todos, cinco por uno, y gracias; pero dejemos eso: me han dicho que te casas por fin con Currita la del Aceitero.

—Emperreates están los que bien se quieren; pero tan y mientas el tío Juan no se consienta, mejor es no meneallo.

—¿Y por qué el tío Juan anda con tranca en esos amoríos?

—Cabezóns sin fundamento; le han llenáo la mollera de sinrazones, y dice que soy un mal trabaja; ¡ya ves tú, yo un mal trabaja! Además, que eso á él no le importa; yo tengo pá vivir con esahogo; si no he estudiáo como tú, no ha sío por falta de medios, sino porque naide me lo dijo ni yo me acordé, y sobre tó, que yo con mis tierras de Jotrón y de Roalabota tengo pá vivir mil y milenta mil veces mejor que él y que tóa su parentela.

—Con paciencia se gana el cielo; ya verás tú cómo el tío Juan cae de su burro y muda de opinión.

—Allá veremos con qué proceéres arremata el año. ¿Y tú qué?

—¿De qué?

—¡De qué ha de ser! De tu marimorrena con la e más allaila der camino;

¡pícaro! Y si se logra tu gusto, ¡cómo mos vamos á morir tóos de envidia!

—Ca, hombre; si eso ya lo he dejado.

—¿Por imposible?

—Hombre, imposible no hay nada en el mundo, y la que hace un cesto hace ciento; lo que tiene es que, cuando una mujer está encaprichailla, no hay nadie en el mundo que la saque de su aguadero.

—De ese capricho jace ya cinco años, y en cinco años hay tiempo pá olviarse jasta de la manera de andar.

—¡No están ustedes muy locos! En quien menos piensa Dolores es en Agustín; aquello fué un tropiezo, porque no tenía abiertos los ojos todavía; cayó porque sí; pero de entonces acá ha llovido mucho, y ya no son las mismas las alondras que cantaron antaño las que cantan hogaño.

—¿Por qué dices tú eso?

—Porque se necesita estar más ciego que *Curraco* el de Mendieta para no ver lo que está saltando á la vista.

—Y ¿qué es lo que está sartando á la vista?

—Una cosa muy natural; lo que no puede remediarse, porque el que va á Sevilla pierde su silla, y si la *Viñuela* la riega Bernardo con el sudor de su frente, claro está que para él debe ser la cosecha, buena ó mala.

Toval quedóse mirando fijamente á Miranda, como si quisiera metérsele en los ojos de cuerpo entero, y luego, moviendo negativamente la cabeza, dijo:

—Me paése á mí que no estás tú en la fija; naide mejor que yo pá pensar mal, poi que á la fin y á la postre yo estoy resentío con er mozo, y algún día ajustaremos él y yo unas cuentas á ver si salen cabales; pero eso no impíe que yo á cá cual le dé lo suyo y diga y sostenga que ese zagal es mu bruto y mu fantesioso, pero leal lo es, eso sí, y con un corazón que no le cabe en er pecho.

—Lo cual no impide lo otro, no seas tú inocente.

—No seas tú mal pensao, que esa no

es la mancha e la mora, que con otra verde se quita.

—Hombre, me extraña que tú digas eso; parece que tienes miedo al de Casariche; pero tú sabes que yo soy un pozo y que de lo que aquí hablemos no se entera nadie, ni aunque me confiese el Obispo.

Toval, al oír aquello, se puso amarillo; hizo crujir la silla y rodar las sangrías; se levantó con el cuerpo encorvado, las manos crispadas y la vista centelleante, y acercando su cara á la de Enrique, le dijo con voz lenta y amenazadora:

—Yo no le tengo *canguelo* á naide en er mundo, y eso que tú me has dicho entre cuatro paeres no eres capaz de icírmelo en mitá der campo, aonde ni la luz mos estorbe.

—Lo que te he dicho yo aquí te lo repito hasta calando en la mar salada.

—Vamos, caballeros, no fartaba más entre amigos—exclamó, sin moverse de su asiento ni volver la cara, Juan *el Chacho*.

—Es que á mí naide me llama cobarde, y el que me lo llame tié pena de la vía.

—Ve por el páe cura, *Belloto*, que esto se pone mu feo—exclamó irónicamente el *Pájaro*.

—Es que ése se ha levantado hoy con la cabeza llena de bichos, y va á ser preciso sacárselos.

—*Belloto*, además del páe cura anda, hijo, anda y tráete un sacatapón.

—¿Aónde vas tú, don Pavilo, por trigo pá ese costal? Si lo único güeno que tiées en tu presona es el traje y el reló' y la tumbaga.

—Vamos, señores, vamos, á refrescarse.

—No mates á nenguno de esos probes, Íñigo, que arguna vez serán padres de familia.

—Agüelo, no le tiene osté tanto el jato á la bestia, que respinga—repúsole *Pedraza*.

—Ahora sí que has jablao como Dios manda.

—Tiée osté dispensa pontificia por lo antigüilla que está ya su presona.

—Vámonos, Enrique, vámonos, que, si no, este trabuco va á dispararse por la recámara, y yo no he confesáo ni he comulgáo entoavía, ni me he vestío de limpio.

Y el *Pájaro*, al decir esto, cogió por el brazo, tirando de él, á Enrique, el cual, tras cuatro zamarreones, se decidió á seguirlo, no sin gritar al *Churumbero*, mirándole con profundo encono:

—Ya sabes tú, mozo bueno....., hasta calando en la mar salada.

*
* *

La bronca de Miranda y Toval dió materiales en que emplearse á los murmuradores del pueblo; el motivo de la cuestión corrió de boca en boca; las opiniones se dividieron; la calumnia tremoló sus imponentes banderas; los más mal pensados se motejaron de candorosos. ¡Cuidado con no haber visto antes cosa

tan clarísima como eran los amores de la huérfana y Bernardo! ¡Pobre Agustín! ¡Qué chasco iba á llevarse cuando volviera! Ya todos se explicaban muchas cosas que hasta entonces habían pasado inadvertidas; era lógico que parecieran hermanos, ¡qué menos! Por algo no miraba Bernardo á ninguna moza del partido, ni aun á Rosita, la de los López, que estaba por él ida de la veleta.

Cuando la noticia llegó á oídos de Rosita, bañóse ésta en agua de rosas, tocó á rebato su lengua, y ¡Dios del cielo, qué cosas pintan los celos y el amor propio herido!

Algunos, con Toval á la cabeza, tomaron la defensa, de la huérfana y la defendieron, no á capa y espada, pero sí con razones como puños, y puños como batanes.

Ni unos ni otros osaban decir, como es natural, una sola frase delante de Bernardo, que de vez en cuando se descolgaba por el pueblo.

Una de las veces en que el de Casariche

hubo de ir á Almogía, después de echar al correo la carta motivo del viaje, sentóse en el zaguán de la posada á esperar la fresca para regresar al cortijo.

Sobre el empedrado suelo dormitaban algunos arrieros y cosarios, defendiéndose el rostro de las moscas con los mugrientos sombreros, aun atravesados en las fajas los palos de olivos con que avivan y derrengan, al par, á las acansinadas recuas; un farol enorme, pendiente de una de las vigas del techo, prometía tanta luz como una lámpara Siemens; las cargas de paja apiladas en una de las laterales, piosos abundantes á las cabalgaduras, y un delicioso tufillo que salía por la entreabierta puerta de la cocina, suculenta olla á los hambrientos y rendidos caminantes.

—Y ¿cómo andan por allá?—preguntó á Bernardo el posadero, un vejete derrengado, haraposo, con una cabellera salvaje y cenicienta, que le caía sobre los siempre húmedos ojos en sucios mechones.

—Tóos están güenos y relucientes, tío *Musarañas*.

—¿Y la chavalilla?

—Rigular; esa probetica no vale un suspiro.

—Y de Agustínico, ¿qué se sabe?

—Güenas noticias; ¡tan campante como está otra vez el hombre!

—¿Y es ya arférez?

—¡Como suena!; y si lo ejan, güerve con más cruces y más galones que er generar Prim.

—¡Vaya un mozo cabal! Los *Cantuesos* no cabrán en la pelleja de vaniosos.

—Hombre, con razón, no están disgustáos.

—¿Y cuándo gorverá?

—Yo imagino que mu pronto; ¡tendrá ya ganas de echarle un remiendo á la víal

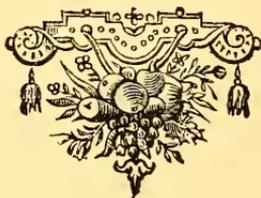
—Hombre, y eso á ti, ¿á qué te sabe?

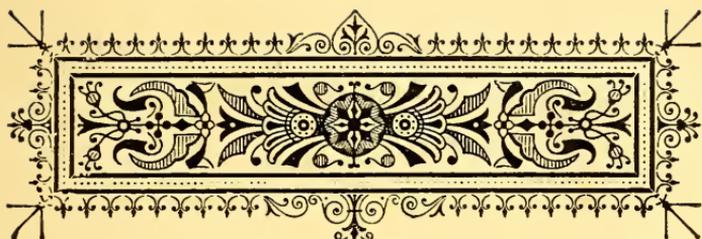
Bernardo miró con sorpresa al tío *Musarañas*, que le contemplaba sonriendo maliciosamente, y le repuso, encogiéndose de hombros:

—¡Qué pregunta! ¡Á qué quiée osté que me sepa, agüelo? ¡Á gloria!

Cuando Bernardo se hubo marchado, el tío *Musarañas* dijo con tono sentencioso y moviendo acompasadamente la cabeza:

—Ó ese mocito sabe más que Lepe, ó tiée la consensia más limpia que el mesmo sol que mos alumbra.





CAPÍTULO XI

UNA BUENA NOTICIA

Los almendros habían cumplido: estaban cuajaditos de fruto; los granados empezaban á mostrar tintes de púrpura en sus películas de oro; los ciroleros y los perales veníanse abajo: parecía que aquellos frutales querían hacer menos dolorosa á los del lagar la mala partida que habíanle jugado los olivos y los algarrobos verdes y lozanos, pero sin cosecha alguna casi; los granados más tardíos ostentaban entre sus tersas hojas de esmeralda flores de púrpura que brillaban al sol como rubíes; todo fulgía esplen-

dente y risueño; piaban las golondrinas, cruzando el limpísimo espacio en giros rápidos; el ligero viento fingía rumor de olas al ondear el frondoso ramaje; el humo del hogar trazaba en el aire caprichosas siluetas; de vez en cuando el ronco arrullo de alguna tórtola resonaba en los picachos cubiertos de olivos de los montes cercanos; los perros se desesperaban, tendidos sobre el seco estiércol, entre el alegre bandurrio de gallinas, á las cuales, de cuando en cuando, el gallo, con galante actitud de sultán engréido, llamaba para ofrecerles el grano que encontraba en su constante busca.

Los viejos entreteníanse en sus periódicas ocupaciones, y Dolores avivaba el fuego en que se cocía la olla, cuando apareció Bernardo en la puerta, cubierto de sudor, sucio, risueño, con la escopeta en una mano y en la otra una liebre enorme.

— Vaya, no dirán ostedes que me porto mal—dijo, dejándose caer rendido en una silla.

— Güena pieza — exclamó el de Casariche.

— Esa se ha muerto der susto, porque tú no le pegas á un cerro — dijo *la Viñuela* sonriendo y mirando burlescamente á Bernardo.

— Dejuro que sí; como que la llevaba metía en el cañón de la escopeta.

Dolores cogió la liebre, acarició su robusto lomo y murmuró alegremente:

— Pá con arroz.

— ¿Aónde la has jallao? — preguntó el señor Juan.

— Á la vera e la ermita.

— Por allá viene D. Salvaorico — gritó la señá Tomasa, que estaba sentada junto á la puerta con Araceli dormida en los brazos.

Efectivamente; allá por la trocha, en lo alto del monte, destacábase sobre el fondo azul del cielo la flaca figura del profesor de instrucción primaria con su traje de crudillo, su más que usada sombrilla de sol y su ancho sombrero de paja.

—Mejor; asina armozará con mosotros.

A poco apareció D. Salvador en el llano.

—Buenos días, mis amigos — dijo cerrando el enorme quitasol.

—Los tenga osté. ¡Cómo se vende caro lo güeno!

—Gracias. Y ¿cómo andamos por acá de salud?

—Tóos bien menos la chicuelina, que mos tiée siempre mu desasonaillos.

—¿Qué es lo que tiene?

—Ni el méico tan siquiera lo sabe.

Don Salvador se caló las gafas, inclinóse sobre Araceli, tomóle el pulso, la observó detenidamente, y dijo luego, moviendo la cabeza, con tono doctoral:

—Algo de fiebre. Y ¿qué toma?

—Ná; un purgante un día sí otro no, y er de en medio tamién; me paece á mí que los méicos saben tanto como mosotros mismos.

—¡Hombre, no; la ciencia.....

—¡Probetica mía, y qué ganitas tengo

e verla güena! — dijo Dolores besando á la niña en la frente.

—¿Almorzará osté con mosotros, verdá? —preguntó al maestro la señá Tomasa.

—Muchas gracias, no tengo apetito— repúsole D. Salvador, arrojando una mirada indagadora á la hornilla.

—Ande osté; á osté le gustan las sopas de la puchera, y aluego encima queso de cabra jecho por mí, y miel acabaíta de sacar de la cormena; ¡como que antier se castraron!—dijo Dolores.

El maestro se pasó la punta de la lengua por los sumidos labios, y repúsole, poniendo en su cara la más amable de las sonrisas, y como aplaudiendo con la punta de la corva nariz y la puntiaguda barba:

—¿Sopas y queso hecho por ti y miel de tus colmenas? No me resisto, es muy grande la tentación; pon desde luego una cuchara más.

—Así me gusta, con franqueza; osté sabe mu bien que aquí se jace eso con tóa el alma y con güena voluntá, y con limpios manteles.

—Ya lo sé, hija mía, ya lo sé.

—Y ¿cómo es que hoy mos ha dáo osté este alegrón?—preguntóle Bernardo.

—No he querido ser de los últimos en felicitarles, y esta mañana, en cuantito acabé de dar lección á Toñuela la del molino, cogí la trocha y, pián pián, me he andado las dos leguas en dos horas y media, como un hombre.

—Felicitarnos, y ¿por qué?

—Por el nuevo ascenso de Agustín. ¡Vaya si el muy pícaro es valiente! Ya se lo decía yo á ustedes: el muchacho vale un imperio.

—Pos no jace ya mucho tiempo que es arférez; si ya mos felicitó osté.....

—Pero si es por el nuevo ascenso.

—¿Qué nuevo ascenso?

—Pero ¿no saben ustedes que en Manicaragua, él solo, con veinte hombres, ha derrotado al cabecilla Policarpo, que llevaba cien mambises, y que, en premio, ha sido propuesto para teniente?

Los de la casa se miraron unos á otros con alegría y sorpresa, y, tras algunos

segundos de silencio, dijo el *Cantueso*.

—Pos no sabíamos ná.

—Pero ¿no han tenido ustedes carta suya?

—No, señor.

—Pues precisamente yo me he traído el periódico que lo dice.

—Á ver, léalo osté, D. Salvaor. ¡Hijo mío, y qué bravo es, y cuántas fatigas estará pasando! — exclamó la señá Tomasa con el semblante lleno de alegría y los ojos de lágrimas.

—¡Vaya con el mozo, y qué sorpresas mos está dando! — murmuró el señor Juan meditabundo.

Bernardo prestó también atención, mirando de camino á hurtadillas á Dolores, que, puestas las manos en la cintura, disponíase á oír el relato.

Don Salvador procedió á sacar el periódico del bolsillo interior de la chaqueta; primero dió al aire el pañuelo de hierbas amplísimo, y, por fin, salió el anhelado periódico.

Desdoblólo el maestro con toda la

grave lentitud que el acto requería, se afianzó bien las gafas, tosió para despejar de saliva la laringe, y dió comienzo á la lectura.

Entre los varios hechos de guerra de que daba cuenta al periódico el corresponsal, figuraba una sorpresa de los filibusteros, cuyos propósitos habían fracasado merced al valor heroico del alférez D. Agustín Villarrubia y de los veinte hombres con que había salido á forrajear en la provincia de Santa Clara. El periódico se hacía lenguas del valeroso oficial, que tan alto había puesto su nombre en aquel glorioso trance. Cuando hubo concluído de leer, quitóse D. Salvador las gafas, las limpió con un pico del pañuelo, las colocó después cuidadosamente en el estuche y quedóse mirando á sus oyentes con expresión interrogadora.

La señá Tomasa sollozaba; el señor Juan tenía los ojos brillantes y húmedos; el tío Salustiano sentíase contagiado de aquella emoción general, y no acertaba á proseguir la pleita; Bernardo miraba con

vaga expresión de inquietud á Dolores, y ésta, con los ojos bajos y aire embaazado, murmuró:

—¡Conque ya es tinientel

—Mira, Dolores, sa menester festejar el acenso; hoy don Salvador se quéa aquí to er día: vamos á tener comilona; ya el mocito ha traío una liebre y se matarán dos gallinas, y tú nos jarás confituras. ¡Sa menester festejallo!—dijo el *Cantueso*.

Don Salvador sonrió evangélicamente ante aquella hermosa perspectiva, y entregó el periódico al señor Juan.

—Pues yo voy á ver si aumento los menesteres—exclamó Bernardo, cogiendo la escopeta y las bolsas de la pólvora y los plomos, engalanadas por la *Viñuela* con cintas azules y encarnadas.

—No sa menester hombre, no sa menester—dijo el *Cantueso*.

—Ya los perdigones están crecíos, y al venir pa acá estaban cantando en la loma, ahí más allaila.

Y más allaila se fué Bernardo, mientras la huérfana lo miraba alejarse con

vaga abstracción, con pensadora fijeza.

—Vaya que se han puesto ostedes tóos con las caras amarillas—exclamó el tío Salustiano.

—La alegría es prima hermana del pesar, y sus caras se parecen—dijo don Salvador sentenciosamente, abriendo la caja del rapé y disponiéndose á tomar un polvo.

—Que no tardes mucho—gritó Dolores, asomándose á la puerta, á Bernardo, que empezaba á trepar por el monte.

El mozo movió negativamente la cabeza sin volver el rostro, y prosiguió subiendo por la escabrosísima ladera.





CAPÍTULO XII

LO QUE DIJO EL TÍO SALUSTIANO

Algunos días después se recibió carta de Agustín; éste daba cuenta, del modo más minucioso, de lo que le ocurriera últimamente; en cuanto su propuesta fuese aprobada regresaría con licencia; Dolores debía ir preparándose. Sin hacer mención del envío, acompañaba un giro á cargo de uno de los más importantes banqueros de Málaga.

Esta carta produjo distintas sensaciones, al parecer; la señá Tomasa por poco, y á pesar de su imponente volumen y respetable número de años, coge las castañas que tantas veces repiquetea en

sus mocedades; el señor Juan necesitó más aire para sus pulmones, y se salió en medio del llano; *la Viñuela*, á quien habían entregado la letra, quedóse mirándola inconscientemente, mientras la doblaba y la desdoblaba para volverla á doblar; Bernardo dió media vuelta y salió de estampía, y el tío Salustiano, al ver salir á su hijo de aquel modo, miró fija y atentamente á la huérfana.

—Va á ser menester que vayas á Málaga de compras; esos cuartos tiées que emplearlos en tu presona—dijo á Dolores la cortijera.

—Tiempo hay, guárdelos osté—le repuso aquélla, encogiéndose desdeñosamente de hombros.

—Es que pá cuando venga Agustínico quiero que estés jecha una emperatriz.

—La mona, manque se vista de sea, mona se quéa.

—¡Á ver, la fantensiosa! Eso lo ices tú con la boca chica. ¡Pero qué gente ésta! ¡Pos no paéce que sus han dáo cañazo!

—Acuérdate de lo que dijo don Sal-

vaorico: que el pesar y el gozo tiéen un mismo semblante — exclamó el señor Juan, penetrando de nuevo en la casa.

—Me van dando á mí olor á quemáo estas cosas—pensó la cortijera, dirigiéndose hacia el corral con la cabezuela para las gallinas.

Bernardo, cuando salió, encaminóse al huerto, pensativo, mirando sin ver; sentíase profundamente triste, profundamente irritado, con ganas de pelear hasta con su sombra; las cartas de Agustín habían llegado á producirle terrible malestar; cada vez que se hablaba de su regreso se le atragantaba hasta la saliva, y ahora iba de veras ¡vaya!, como que ya por fin era teniente; «es decir, toito un presonaje; toito un presonaje — repetía,— y vendrá tronchando pencas, y se casará con Dolores, y se la llevará por ahí como á una señorona, y mos quearemos solitos, y no la gorveremos á ver».

Y al pensar esto Bernardo, sintió que algunas lágrimas le subían desde el corazón á los ojos, y luchando por detenerlas

penetró en el huerto y dejóse caer á la sombra de uno de los frondosos naranjos.

Dos horas después penetraba Dolores en el huerto; un sombrero de palma defendía su semblante del sol; iba también preocupada y abstraída. ¡Cualquiera pensara, al verla, que el anuncio del regreso de Agustín habíala puesto de mal humor! Esto no podía ser, no había motivo para tal; su vuelta representaba la reparación debida á su honra; su Araceli tendría el nombre que le pertenecía; sonreíala el porvenir con el hombre á quien sacrificara un tiempo cuanto era; veía á aquel hombre con los ojos del pensamiento, rodeado de una aureola gloriosa, batiéndose como un león, sin olvidarla nunca, ni aun entre las asechanzas de la muerte en el combate y en el hospital, siempre pensando en ella; vistiendo el uniforme, luciendo las cruces ganadas con sangre de sus venas, y puesta en ella sus grandes ojos azules y melancólicos.

Dolores iba por algunos avíos para la

comida; el sol caía á plomo, las ramas de los árboles estaban inmóviles, zumbaban los insectos, guarecíanse los pájaros en la espesura, las aguas de la alberca reflejaban el cielo límpido y azul, todo yacía sumido en pesadísimo sopor; al llegar Dolores á la linde donde empieza de nuevo el arroyo salpicado de enormes rocas, grandes macizos de adelfas y de espesísimos zarzales, vió á Bernardo.

Éste parecía dormido; el sol, penetrando por entre las ramas del naranjo, caía sobre su semblante; de vez en cuando ensanchaba su pecho un suspiro, que semejaba un sollozo. La *Viñuela* al verle se detuvo un instante; pensó en despertarle, como se hace con un niño víctima de una pesadilla, acercósele, inclinóse sobre él; mas de pronto se irguió bruscamente. ¿Por qué tenía Bernardo húmedos los ojos? ¿Por qué suspiraba? Ella no lo quería saber, no debía saberlo, sin duda; una emoción, dulce y triste al par, enseñoreábase de su corazón; empezaba á despertar su pensamiento, empezaba

á despertar, pero lleno aún de somnolencias y vaguedades; ella, que siempre miró al mozo como á un hermano, no se atrevió en aquella ocasión á despertarle; el sol, como ya hemos dicho, caíale al zagal sobre el rostro; alzó ella los brazos, y procurando no hacer el más leve rumor, entrelazó las ramas del naranjo, hasta formar con ellas á modo de verde dosel sobre el dormido, le contempló algunos instantes más y se alejó, llevando en la cabeza toda una sublevación de cosas raras y ardientes.

*
* *

Cuando Bernardo despertó, estaba algo más tranquilo.

—Sa menester *barcinar* las últimas gavillas á la era—murmuró, levantándose.

Al llegar al arroyo encontróse con el tío Salustiano, que avanzaba lentamente hacia los algarrobos del camino.

—¿Aónde va su mercé?—preguntóle Bernardo.

—¿De aónde vienes tú?

—De regar el huerto.

El tío Salustiano miró á su hijo con insistente y amenazadora fijeza, y después díjole con acento un tanto acre:

—Acompáñame más allailla: tenemos que jablar de una cosa mu fea que se ma venío al magín.

Bernardo mudó de color, inclinó la cabeza y siguió al de Casariche.

Cuando hubieron llegado al sitio elegido, sentóse el viejo sobre una de las piedras, soltó los espartos y la sogá en que trabajaba, y

—Ponte elante e mí, que yo te vea bien los ojos y jasta el fondo der pecho —dijo al zagal, que avanzó bruscamente, haciendo lo que su padre le ordenara.

—Óyeme bien—siguió diciendo éste al par que le miraba con imponente severidad;—óyeme bien lo que te voy á icir.

—Diga su mercé lo que quiera; ya le escucho.

—Jace ya muchos días que una zumaya me está contando unas cosas que, si fueran verdá, merecerías tú que te llevaran al patíbulo, y esta mañana he visto algo de lo que me contó la zumaya, y he sentío ascos de ti, Bernardo, ascos de ti.

—Y ¿qué es lo que á su mercé le ha contáo la zumaya?—preguntóle el mozo con acento trémulo.

—Tú jabla cuando yo te pregunte.

—Lo que su mercé quiera, padre, lo que su mercé quiera.

—Pos bien; antes de ná voy á icirte una cosa pá que no la orvíes, pá que te la claves en er corazón, pá que te la bebas manque te sepa á jiele, pá que estas pícaras canas, cuando me muera, las puéas tú besar sin reconcomio de consencia, pá que este probe viejo no tenga que maldecirte, y después que morirse de pesaumbre en un hespicio ó en un hospital.

—¿Qué he jecho yo pá que osté me diga eso?—preguntó enérgicamente Bernardo, á quien aquellas palabras habían llenado el corazón de lágrimas.

—Entoavía no has jecho ná—repúsole el viejo, que sin querer había ido dulcificando su voz,—pero vas por una mala trocha; y has de saber tú que er tío Juan y la tía Tomasa, cuando estábamos á la clemencia der cielo, y yo ya no tenía más alimento que darte que mi sangre y mi cariño, mos abrió de par en par las puertas e su casa, y mos las abrió cuando los probes ya estaban á la cuaita pregunta; y la tía Tomasa es como si juera tu mesma madre, y el tío Juan lo mesmo cuasi que si juera yo, y Agustín, tu hermano, y Dolores, Dolores..... la mujer de Agustín, es icir, tu hermana tamién, y no te igo más, Bernardo, no te igo más; ¡mas dáo una congoja que no me la merezco!

Y al decir esto, vibraba la voz del anciano triste y querellosa.

Bernardo estaba profundamente conmovido, inclinada respetuosamente la cabeza ante el viejo, con las manos cruzadas, como un delincuente humilde ante un juez venerable.

Cuando el de Casariche hubo pronunciado las últimas palabras, levantó la cabeza el zagal; todos los músculos de su rostro estaban en dolorosa tensión.

—¿Si su mercé me premite?.....

—Di lo que quieras.

—Pos bien: yo quisiera irme; yo buscaré y encontraré trabajo en otros lugares.

—Y yo, ¿qué jago entonces tan y mientras?

—Su mercé es pá mí un ala der corazón; bocáo que yo tome será el que á su mercé le sobre.

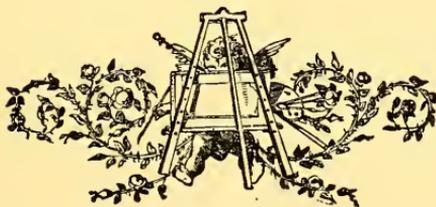
—¿Y el tío Juan? No, no puée ser eso asina; el tío Juan sin ti, sin el arrimo de tu poer y tu güena voluntá, se viene abajo; lo que sa menester es ser pruente, y ser leal, y ser hombre de bien.

—Lo que su mercé mande se jará—exclamó Bernardo, que volvió á inclinar la cabeza, y se alejó lentamente, mientras el de Casariche, mirándolo alejarse, decía:

—Probetico mío, ¡qué güeno es! ¡Pícaras mujeres, y cuántas penitas mos

aportan!..... ¡Por vía e la Verónica.....,
pos no tengo cuasi el corazón encogío!

Y el pobre viejo, al decir esto, se res-
tregaba violentamente los ojos con las
flacas y temblorosas manos.





CAPÍTULO XIII

EN EL TIRO DE GALLOS

Era día de San Juan, y grandes y chicos, ricos y pobres, se dispusieron todos á celebrarlo, como es costumbre en los Verdiales desde los tiempos de Matusalén y la Nanica, según hubo de afirmarme uno de los subarrendadores del case-río de los *López*, lugar siempre elegido para situar en él el real de la feria.

El programa era el de siempre: tiro de gallos, baile en la tienda, en un á modo de colgadizo de cañas y lonas levantado en una planicie frente al cortijo, y todo esto, como es natural, aderezado

con su poquito de murga y su mucho de peleón y yunquera.

El tío Antón—empresario del tiro—llegada que fué la hora colgó de una estaca, en una loma próxima, un gallo, orgullo y honra de su gallinero, el cual habían de disputarse los tiradores de más ringorrango del partido.

Cuando el tío Antón, desde la puerta de su casa, vió que para divisar la víctima necesitábase un telescopio casi, murmuró con acento satisfecho, mirando á su decrepita consorte:

—Lo que es éste, serrana, mos lo comeremos mosotros en pipitoria.

—Eso será lo que Dios y Estébanes el cojo, y Bernardo el de la *Viñuela*, y don Enrique el de Almogía dispongan.

—Manque resucite y venga á tirar Antoñico *el Nomeapuntas*, no le atina; no ves tú la cencia con que está puesto en el palitroque.

La tía *Zerona* se encogió de hombros y se alejó murmurando:

—Manque lo pongas entro un cofre en

un cajorro, le pegan un tiro esos condenaos.

Ya, por la tarde, empezaron á llegar los tiradores con las indispensables escopetas; unos á pie, otros jinetes en sendos pollinos, y otros en más nobles cabalgaduras, vistosamente emperejiladas; todos afeitados, vestidos de limpio; la mayoría con ceñidísimos pantalones, amplias y sueltas chamarretas de mayorquín, y sobre ellas el chaleco desabrochado, prenda usada por ellos solamente cuando repican muy gordo.

Los ricachos iban como embragados en sus trajes nuevos, y los mozos más enamoradizos, los Tenorios y Mejías de aquellos alrededores, dispuestos á hacer tremolar bandera de parlamento á todo corazón mujeril con sus caídas de párpados, sus galas festivas y los matajos de albahaca puestos detrás de la oreja con todo el arte que exigen los cánones del buen gusto en todo el territorio comprendido entre el barranco del Sol y los linderos de la ermita.

También apareció por una loma Enrique Miranda, jinete en su *Tordillo*, que avanzaba con airoso trote, el cuello enarcado y como queriendo unir la pequeña cabeza de aventadas narices al vistosísimo pretal.

Llevaba el jinete reluciente escopeta de dos cañones sujeta al arzón de la airosa montura jerezana, sobre la que gallardeábase vestido con amplio pantalón gris sujeto con trabilla á los calados brodequines de becerro blanco; vistosa canana repleta de cartuchos; camisa de bordada pechera, en la que lucía brillantes botones de oro; ceñido marsellés que modelaba admirablemente su elegante busto, y ancho *pavero* melinado, á lo tunante y galán, sobre la sien derecha.

Dirigióse el tío Antón precipitadamente á tenerle el estribo al mocito más pinturero de Almogía y á decirle quedo y con voz lastimera:

—Mostramo, á ver si tiée osté carriá y miramiento, no por mí, sino por el gallo, que está mu delicáo de la cresta.

Al llegar Bernardo, Rosita, la hija de los López, su incorregible enamorada, se asomó á la puerta de uno de aquellos edificios vestida con falda color rosa, corpiño blanco con tiras de encajes y con casi tantas flores en el pelo como pueden producir en Mayo los cármenes de mi tierra.

Contestó secamente al saludo del mozo, y rígida y espetada sentóse en el zaguán á lucir su carita morena de grandes y dormidos ojos garzos, su boca fresca y purpurina y su cintura de avispa.

Dió comienzo el tiroteo, haciendo resentirse gravemente á todos los árboles de las cercanías; pasado algún tiempo, durante el cual los primerizos pusieron el plomo en el Torcal de Antequera, decidieronse, por fin, los tiradores de cartel á hacer algunas de las suyas, y pronto el cojo Estébanez y el hijo del de Casariche contristaron el espíritu del tío Antón, que hubo de colocar en el madero la tercera futura víctima.

Disparó á su vez Miranda sin conse-

guir acertar; lo tenía nervioso la presencia de Bernardo; éste le miraba con aire provocativo, con ganas sin duda de partirle un alón, como hubo de prometerle á Dolores, y al ver rebotar la bala disparada por Enrique un metro más allá del blanco, dijo con tono de zumba:

—Va á ser menester avisar á los der pueblo, no vaya á ocurrir una esaborisión.

—Yo lo que hago es que le corto á usted un estornudo de un balazo—repuso Enrique, mirándole con expresión sombría.

—¡Josús, María y José!— exclamó el zagal estornudando ruidosamente.

Miranda, pálido y amenazador, dirigióse hacia el que le provocaba.

Bernardo, al verle avanzar, sonrió con expresión brutal de triunfo y le dijo con acento vibrante:

—Como se arrime osté más er canto un pelo tan siquiera, der primer tortazo va osté á darle del tó la güelta ar mundo.

Todos los asistentes, comprendiendo

que de no mediar ellos iba el apuesto señorito á tener que llevar á cabo aquel larguísimo viaje, rodearon á Miranda y al de Casariche.

—¡Miá tú que con el terral que corre meterse en esas honduras!

—¿En qué parte de la presona te ha picáo á ti hoy la tarántula?

—¡Qué Dios! éso sería quitarle un porte al ferro-carrí, y no estaría bien, y te darían las quejas.

Cada cual fué diciendo una chirigota mientras los contrincantes, separado uno de otro, se miraban lívidos y rencorosos.

En aquel instante llegó el primer grupo de mocitas escoltadas por sus decrepitas progenitoras; los cortijos inmediatos empezaron á dar su contingente de mozas en sazón; las primeras fueron las *Chuchumecas*, las segundas las de Calderón, y así sucesivamente fueron llegando, en alegres bandurrios, las de Estébanes, las de Millán, las de Negrete, la quinta esencia de lo bueno y lo bonito de todos los Verdiales.

La orquesta no se hizo esperar: una guitarra, un violín, unos platillos y una pandereta la componían; las sombras empezaron á enseñorearse del panorama y el cielo á esmaltarse de estrellas; sentáronse los concurrentes — debidamente separados los sexos — bajo el renegrado toldo; la brisa era fresca y perfumante; el agudiente empezó á circular por cubas casi de mano en mano; hizo resonar la murga sus sones melancólicos; un candil enorme pendía del techo de la choza; Juanico *el Morisqueta* cantó con acento dulcemente timbrado:

*Partío e los Verdiales,
er de las mejores viñas
y más ricos olivares,
aquí quiero yo una niña
con los labios de corales.*

—¿No oyes, zagal? Canta tú — dijo á Bernardo el tío Antón.

—Ese mozo no canta más que elante e la Virgen de los Dolores—exclamó Rosita con tono desdeñoso y mirando al de Casariche con despecho.

—¿Poiqué dice osté eso, jembra güena?

—Cosas aprendías; me lo contaron en sueño, y yo lo ripito; yo soy asina: no puéo callar ná de lo que me icen man-que sea soñando.

—Y ¿qué es lo que osté ha ensoñáo y no puée callarse?

—Eso pá aluego, pá más tarde; ahora voy á bailar con Pepita *Chuchumeca*.

Y sacando los palillos prendidos con múltiples cintas de colores, los repique-teó, levantándose á la primera invitación de su amiga.

Bernardo quedó profundamente preocupado; mal se presentaba la noche: primero el enganche con Miranda, luego la manera como nombró Rosita á la Reina de los cielos, manera que había arrancado algunas sonrisas maliciosas á los circuns-tantes.

Pepa y Rosa bailaban con admirable soltura, creciéndose de modo tal al són de la música, que sus cuerpos, general-mente rígidos y torpes, parecían adquirir en el rimado ejercicio suave elasticidad

graciosa esbeltez y típicas elegancias.

El baile tenía lugar en un palmo de terreno; en él la alegre pareja ora se arrullaba con los brazos arqueados airoosamente, ora separábase desdeñosa para volver á unirse llena de pasión; ya, sin perder un compás, perseguíanse las bailadoras con graciosos recortes y bullangueras alegrías; ya serenas y casi inmóviles, y en dulcísimos enervamientos, aparentaban rimar el beso y el suspiro.

Ya iban á terminar Pepita y Rosa, y ya se disponía á sustituirlas otra pareja, cuando hacia los pencares resonaron algunos gritos roncós; todos los hombres corrieron hacia allá atropellando á las bailadoras; los de la murga colocaron en alto los instrumentos para salvarlos de la catástrofe; rodó el candil sobre las engalanadas verdialeñas; pusieron éstas el grito en el cielo; los más débiles rodaron ante los más vigorosos.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?—preguntaron algunos.

—Que Bernardo y don Enrique se han

agarráo de firme en la cuneta—gritó *Cornetín* el porquero, saltando de júbilo.

Hacia la cuneta corrieron todos; pero, cuando llegaron, sólo pudieron ver entre las sombras las siluetas del tío Antón, de Estébanez y Miranda; Bernardo ya no estaba allí; se lo habían llevado, poco menos que á tironazos, el *Cuco* y el *Rubiato* de Osuna, hacia el camino.

Consiguió restablecerse el orden; fué de nuevo colgado en su sitio el enorme candil.

—Esto no es ná, cosas der campo, pelusillas y pelusones—gritaba el tío Antón, á quien no convenía la suspensión del baile.

Enrique fué conducido á casa del director de la fiesta; parecía un escapado de la rota de la Axarquía, con el camisón y el marsellés desgarrados; la corbata había-sele quedado en el palenque, y en su cara se veían las cárdenas señales que en ella grabaran los tremendos puños del hijo del de Casariche.

El de Almogía bufaba como un tigre

azotado por un domador; sus ojos centelleantes paseaban de uno en otro en son de reto; sus dientes estaban apretados y sus manos crispadas.

—Vaya, caballeros, esto no es nada; hasta otro día—exclamó al fin Miranda como mordiendo las frases.

—Osté perdone, mostramo; pero osté no sale de aquí jasta que mos dé premiso el lucero de la mañana—repúsole el tío Antón.

—Pero ¿qué ha sío lo que ha pasáo?—preguntó Tovalico *el Churumbero*, que acababa de llegar, á Pepe Estébanez.

—Cosas esaborías; que lo que le sobra de lengua al uno, le sobra de mano al otro.

—Pero ¿quién prencipió el belén?

—¡Er demonio! un guantazo que sonó como un barreno.

—¿Y quién fué el que le puso la mecha?

—¿Quién había de ser? Bernardo, que es más bruto que una yunta.

—¿Y poiqué se le inquietaron á Bernardo los dátiles?

—Poique don Enrique se fué de la lengua sin razón; sí, señor, eso sí, sin razón, poique Dolores es mu regüena, y si una vez tiró por el sembrao, ya no ha güerto á salir del camino rial.

—¡Ya, ya! De ese relente me ha llegáo á mí tamién er soplo. ¿Y Miranda se lo dijo ar de Casariche en su mesma cara?

—Ca, hombre, ca; entonces tendría á estas horas ese mocito una quijá sí y la otra tamién en Mairena; lo que pasó fué que, estando paseando conmigo y hablando de un pique que habían tenío esta tarde en er tiro, sortó dos ó tres expresiones sin fundamento con referencia á la zagala.

—¿Y las oyó el zagal?

—Como que estaba sentáo á la vera der camino; y como está la noche más oscura que boca e lobo ¡dejuro! no lo vimos; pero sí lo sintió Miranda; ¡camará con er mozo, y qué mano de jierro le ha dáo la Divina Proviéncia! ¡Dios mos libre!

—Y ¿cómo fué el enzarzarse?

—Pos ná, que de pronto se le vino encima á don Enrique toito el cerro y se cayó ar.suelo, y el otro lo alevantó como si juera un paper de fumar, y le quitó el revolver, y yo no sé más sino que me han lastimáo jasta la pata de palo.

—¿Y er de la *Viñuela* sa díó ya?

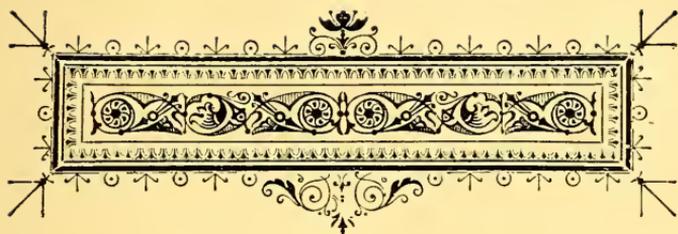
—Se lo han lleváo á juerza e puño, poi que si no mos muerde; ¡vaya si tié coraje er mozo!

—Miranda se merece lo más malo y lo más peor; es una lengua de jacha, y er segundo turno es mío, poi que se la tengo jurá, ¡y cuando yo juro una cosa!.....

—Hombre, éjalo siquiera que se ri-ponga e la esazón de esta noche y que le cosan la vestiúra.

En aquel instante la murga lanzó de nuevo al aire sus acordes, y oyóse la voz cascada del tío Antón que seguía gritando:

—¡Caballeros, aquí no ha pasáo ná, pelusillas y pelusones; ya se arremató, aquí no ha pasáo ná, caballeros!



CAPÍTULO XIV

EL BESO DE JUDAS

El *Rubiato* de Osuna y el *Cuco* no abandonaron á Bernardo hasta dejarle á un tiro de fusil del cortijo; cuando el muchacho se quedó solo, sentóse sobre una piedra á pensar en lo ocurrido; hervíale aún la sangre: tenía ganas de matar, de hacer pedazos al que se había atrevido á decir en alta voz lo que él no osaba pensar siquiera. ¡Pues y si se enteraban en su casa del motivo del lance! Pero no, no se enterarían; el mordisco podía hábersele tirado un perro cualquiera, el del cortijo del *Lechuguita*, por ejemplo; por

lo demás, nada denunciaba la gresca, ni un mal rasgón en el traje. ¡Dios de Dios, y qué malita persona era D. Enrique! ¡Pues, y Rosita! ¡Vaya si las frases de ésta hicieron sonreír maliciosamente á todo el mundo! Íbase á ver en la necesidad de ir arrancando las malas lenguas del partido, como si fuesen hierbas venenosas. ¡Cuidado con decir que él y Dolores!..... ¿Y todo por qué? Porque quería á la parienta y á la chicueliña con toda su alma. ¡Naturalmente!, la madre era su compañera de penas y fatigas, su pañito de lágrimas; ella lo cuidaba cuando estaba enfermo, cosíale las ropas, le condimentaba los platos más de su gusto; compartía, apenas tenía un cuarto de hora de lugar, sus más penosas faenas; impregnaba de fraternales cariños el aire que respiraba, y el agua que bebía, y el pan que era su sustento.

Pues y á la rapacilla, ¡no la iba á querer! ¿Quién, si no él, era el preferido entre todos los del lagar por aquel angelillo rubio y blanco? ¿Por qué éste lo recibía

siempre con fiestas y alborozos? ¿Por quién recortaba él algunos minutos á las horas, sino por Araceli, por mecerla, por someterse á sus infantiles tiranías, por dormirla al són de sus rústicas canciones? ¿Quién, si no él, apenas caía enferma—cosa frecuente por desgracia—plantábase en Almogía más vivo que una centella, y que quisiera ó que no, se llevaba el médico, aunque fuese embragado como tuvo que hacer en muchas ocasiones?

¿Quién iba á Málaga por las medicinas? ¿Quién compartía con Dolores las noches en vela para mejor asistir al pequeño ídolo?

Y esto, ¿por qué era así? ¿Por qué tanto cariño? ¡Qué pregunta! Empezó por obligación, por el deber del fuerte para con el débil; luego llegaron las simpatías, con sus vagas y suaves promesas de ternuras; luego las promesas se hicieron realidades, y el cariño brotó impetuoso, en su corazón noble y puro, como riquísimo venero.

Lo cierto era que él amaba á la madre y á la hija con un cariño profundo, y no había, á pesar de esto, motivo que justificara la infame conjetura de aquella gente-cilla ruin y calumniadora; si á él alguna vez habíale pasado un fantasma de fuego por la imaginación; si alguna vez había visto turbadas sus horas de reposo por ardientes extravíos; si habíase escapado de las cárceles del deber, habíalo hecho contra todo el torrente de su voluntad, espoleado por el instinto, y eso solamente en sus sueños de hombre viril y apasionado.

Dábase él cuenta de todo esto de un modo confuso; él no quería precisar las líneas de aquellas imágenes que á veces ondeaban sus vestiduras de fuego en su imaginación, y por eso sintió cólera tan profunda, tan grandes indignaciones al ver á Miranda iluminar de pronto aquel panorama que llevaba dentro de sí desvanecido entre brumas y opacidades.

Se levantó, por fin, Bernardo sacudiendo enérgicamente la cabeza como si

quisiera espantar de aquel modo sus pensamientos, y se dirigió hacia la casa.

Por las rendijas de la entornada puerta brotaban algunos hilos de luz; apenas resonaron en el llano sus pisadas abrióse la puerta de par en par, y en su fondo luminoso apareció la gallarda figura de la *Viñuela*.

—Trempano has güerto—dijo ésta sonriéndole al mozo.

—Ya te lo icía yo: aquello me jastía; ¿y los agüelitos?

—Están ya acostáos; ¿hay mucha necesiá, mocito moreno?

—Ni tan siquiera ganas de abrir la boca.

—Pos yo no he estáo en barde tóa la santa noche dale que le da á la esportilla, con el fogón encendió; y que la olla está diciendo comerme.

Y diciendo esto, dirigióse la huérfana hacia la chimenea á coger la puchera, que volcó en la fuente valenciana colocada sobre la mesa entre un plato de frutas y otro de queso.

—Oye, ¿á ti qué te ha pasáo?—dijo de pronto mirando á Bernardo con inquietud y extrañeza.

—¿Á mí? Ná. ¿Poiqué me preguntas eso?

—Poique á ti te ha pasáo argo, tiées la cara mudá, y la chaqueta y er sombrero llenos de porvo, y sarpicá e sangre la camisa; ¿no oyes? ¿Á ti qué te ha pasáo?

—Á mí, ná; naita, mujer, ¡á mí qué me va á pasar!

—Tú te has peleáo con arguien; ¡habrá sío por mo de Rosita! ¡ya se ve!

Y al decir esto, se puso Dolores pálida como una muerta.

—No te soliviantes, mujer; ¡pelearme yo, y por Rosita! Que se te quite eso de la cabeza; lo que ha pasáo ha sío que frente á cá del *Lechuga* se me abalanzó el perro que tiée, que es más grande que un muleto, se me abalanzó y me mordió en una mano—dijo el zagal sacando á luz la entrapajada, que hasta entonces había cuidado de tener oculta.

—Esas son faramallas; el perro del

Lechuguita no muerde; y aluego, dime: ¿cómo te has ensuciáo tanto el sombrero y la vestiúra?

—Pos que el perro me rempujó y..... me resbalé y..... me caí..... y me llené de tierra..... y ¡velay osté!

—¡Velay osté! tóo eso es mentira; tú te has peleáo con arguien; ¿con quién te has peleáo?

—Con naide, mujer, con naide.

—Que sí te digo, y te lo ripito; ¿con quién has armáo la gresca?

—¿Que con quién? con este gallo, que es un pavo rial; míalo, míalo qué calláito está er probe—dijo colocándolo sobre la mesa.

—Déjame á mí e gallos; ¿con quién ha sío la turboná?

—Vaya si eres cabezona.

—Güeno, no me lo digas; ya me la pagarás; pero á ver, á ver, enséñame la mano.

—Si no es ná lo que tengo; pero el *Cuco* se emperró en darle vino.

Dolores quitóle la venda y miró la herida; ¡buena dentadura la del dichoso

perro! ¡por poquito se lleva la túrdiga!

La muchacha dirigióse á las habitaciones altas evitando hacer ruido, y á poco volvió con hilas, un trapo y un bote de cristal.

—Jéchame sarmuera, y asina tarda en curar lo que tarda en picar.

—Ganso, ¿qué vas á dejalle entonces á *Pimentón* ú á la *Careta* pa los esollones? Saca la mano. ¿Conque no me ices de quién son los cormillos que se te han claváo en er purpejo?

—¡Dale bola, y qué pesá eres! Del perro del tío *Lechuga*, ¡no te lo dicho ya!

—Mentira, mentira, mentira—repi-tió Dolores al par que lavaba con agua fresca la herida.

—Vaya, Dios te lo pague y vámonos á dormir, que yo estoy errengáito e sueño—dijo el zagal, posando una mirada de amor y gratitud en la muchacha, al terminar ésta de sujetarle la venda.

—Pero ¿no comes?

—No tengo ganas.

—Pos á dormir, y otro día será otro

día — exclamó la *Viñuela* cubriendo de cenizas el fuego.

Momentos después subía las escaleras.

—Vaya, que escansas; ¿no me lo quieres icir? —preguntó de nuevo y en voz baja deteniéndose en los primeros peldaños.

—¿Pos no te lo he dicho ya? el perro ú la perra del *Lechuga*.

Dolores se acostó preocupada; un día Bernardo iba á darles á todos un disgusto; tenía un pronto capaz de comprometer á un ermitaño; siempre que iba de broma, quedábase ella con el alma en un hilo; ¿habría sido la tremolina por causa de Rosa? Si había sido por ella, le estaba bien empleado el mordisco; pero no; seguramente no había sido por ella; Bernardo hacía tanto caso de la de los López como del tío Antón, y del tío Antón como de la *torre del Moro*.

Á la tarde siguiente, cuando Dolores disponíase á arreglar la comida, los perros anunciaron gente extraña con sus desesperados ladridos; se asomó la huérfana al llano; eran Rosita y su padre los

que llegaban, jinetes en fuertes mulos, uno de ellos con las correspondientes jamugas; iban á visitar á sus primos los de León; se detuvieron, no obstante, algunos minutos; Rosita saltó en tierra para besar con la mayor efusión á Dolores, que también hizo sonreír á Judas estampando dos sonoros besos en las mejillas de la zagala.

El señor Anselmo y el señor Juan aprovecharon la ocasión para oficiar de rústicos Jeremías, y en tanto, la de los López, después de ceñir con su brazo la cintura de la huérfana, á la cual apenas la llegaba al hombro, le preguntó con acento dulce y candoroso:

—Y á Bernardo, ¿se le pasó ya el berrinche?

—¿Qué berrinche?—preguntó á su vez Dolores, contemplando seria y fijamente á Rosita.

—¡Ah! ¿Pero no sus ha dicho?....

—Ni una palabra; pero dílo tú, y es lo mismo.

—Entonces ya estoy arrepintía.

—Pero ¿qué berrinche ha sío ese?

—Nenguno, mujer, nenguno; que se tomó de palabras con don Enrique, pero sería groma.

—Y ¿poiqué fué el tomarse de pico?

—Poique ese caballero tié la lengua mu larga y la presona sembrá de malas intinciones; pero éjalo, ya se llevó su merecío, y no güerve por otra, ni á jablar mar de naide, en tanto y cuanto el cuerpo le jaga sombra.

—Y ¿qué jué lo que dijo ese caballero?—preguntó Dolores, procurando ocultar su inquietud.

—Ná; lo que puée decir una mala lengua; y aluego, como á ti te tiée mala voluntad, ¡ya se ve! ¡dejuero!; pero á ti ¿qué te importa? En teniendo tú y Bernardo, como tenéis, la consencia mu tranquila, si no quieren repicar con armireces, que repiquen con campanas.

—Pero

—No me preguntes más: no te lo digo manque me aspen; y mos vamos ya, ¿verdá, padre?

—Cuando tú quieras, clavellina, cuando tú quieras—repúsole el señor Anselmo, separándose del señor Juan, después de cambiar con él un apretón de manos, capaz de conmover una montaña.

—Pero, ¿no oyes tú?, habla claro: ¿qué fué lo que dijo de mí y de Bernardo er Miranda?—volvió á preguntar Dolores á Rosita, cogiéndola bruscamente por un brazo.

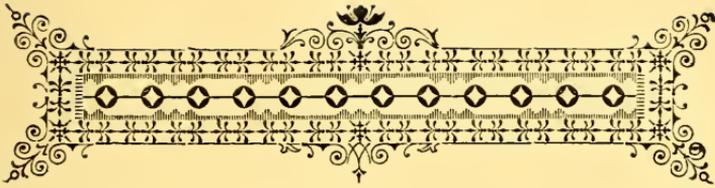
—No me lo preguntes más; ¿á ti qué te importa después de tó? Adiós, lucerico; no pienses más en eso; si lo llego á saber no te igo una palabra; vaya, adiós, hermosa, adiós; jasta luego.

Y Rosita volvió á juntar su cara á la de su amiga, depositando en ella dos besos, que no fueron contestados.

Cuando la de los López se vió algo distante del lagar, sonrió con aire satisfecho y murmuró alegremente:

—Anda, anda: lo que es ésa no te la curas ni con unguento amarillo.





CAPÍTULO XV

EN EL ALMENDRAL DEL ARROYO

Cuando Bernardo, que había visto á Rosita y al padre de ésta salir del lagar, penetró en la casa, lo primero que hizo fué mirar, lleno de inquietud, á la *Viñuela*; había vuelto ésta á sus quehaceres con el semblante contraído; las palabras de Rosita habíanle quitado de pronto una venda de los ojos; ¿era aquello una delación ó una calumnia? Sin duda era lo último; era cierto que ella quería al mozo; mas lo quería como á un hermano; no obstante, hacía preciso ponerse en guardia, huir de toda intimidad con él; pudiera seguir creciendo la murmuración, y si ésta llegaba á oídos de los abuelos,

¡Virgen Santísima, qué vergüenza! Luego, que Agustín regresaría pronto. ¡Agustín regresaría pronto! ¡Qué inquietud le causaba pensar en esto!

Cuando vió penetrar á Bernardo en la casa, se hizo la distraída; sin alzar los suyos estaba viendo los ojos del zagal clavados en ella, y sentíase profundamente turbada.

—Has tenío visita, ¿verdá, tú?

—Sí, los López; iban pá ca e León, y se han paráo una chispa—repúsole Dolores sin mirarlo.

Comprendió el mozo que la muchacha estaba al cabo de la calle, y murmuró sordamente:

—¡Mala mujercilla; le ha fartáo tiempo pá venir á darnos la pesaúmbre!

Durante la comida, los viejos no dejaron de extrañarse del silencio y la inapetencia de los muchachos.

—¿Qué sus pasa, cachorros, que estáis como si sus fueran á meter en *chirona*?—preguntóles el señor Juan.

—Ná; yo lo que tengo es un sueño

que me tumbo. ¡Como me alevanté tan trempano!

—Pos en cuantico se coma echas un *rengue* pá que escanse ese cuerpo bonito. Y tú ¿qué tiées, Bernardo?

—Que ayer bebí unas copas, y dende entonces no me píce el cuerpo más que agua.

Cuando hubo terminado la comida, se levantó el mozo y cogió la caña de varear.

—¿Aónde vas á remontar el vuelo?— le preguntó el tío Salustiano.

—Voy á varear los armendrillos de la vera del arroyo; ya están entreabriendo.

—Y ¿quién va á ayuárte?

—Naide, no sa menester; yo puéo jacello solo—repúsole el zagal, mirando tímidamente á la huérfana.

Ésta advirtió la mirada; quedó indecisa algunos instantes, y después le dijo con voz un tanto áspera:

—Yo no puéo ayuárte, hijo, y lo siento; yo estoy arregaíta, y me voy á acostar un rato.

—Ya te lo he dicho: no sa menester; yo canto misa sin monaguillo—le repuso Bernardo, saliendo con dirección al arroyo.

La muchacha subió á su habitación y arrojóse vestida en la cama; en vano quiso conciliar el sueño; tenía la cabeza caliente de tanto cavilar. Bernardo habíase ido á los almendros, mohíno y triste; era aquella la vez primera en que ella esquivaba ayudarle. ¡Pobrecillo! ¡Qué cara puso al marcharse! ¡Y todo por culpa de dos envidiosos despechados! Sin duda aquella especie había sido propalada por Rosita y Miranda; pero, indudablemente, nadie los creería; todos estaban, ó debían estar, al corriente de que ella era la prometida de Agustín; pero ¿y si la gente tomaba la calumnia al pie de la letra? ¡ah! entonces era preciso cortar por lo sano. Pero para cortar por lo sano era necesario hacerle sangre al zagal. ¡Y era éste tan rebueno, tan amoroso, tan humilde! ¡Infame Rosa! Lo que son los celos; verdad que Bernardo era un mozo capaz de poner tarumba á la mismísima Reina de España

y de sus Indias, con su gallarda persona. ¡Vaya si era un hombre de los de verdá! Y cuidado que se había ido triste á los almendrales.

Viendo la imposibilidad de dormirse, se arrojó fuera del lecho y se asomó al balcón, desde donde se dominan las faldas del monte y el sitio donde estaba el zagal sentado sobre una piedra con el codo en la rodilla y la cara en la palma de la mano.

Sintió al verle Dolores punzante malestar; sin duda el mozo sufría; era lo cierto que ella había estado injusta. ¿Qué culpa tenía él de lo que pasaba? Bastante había hecho con medio lisiar á don Enrique; además, la actitud adoptada por ella no podía durar mucho, era demasiado incómoda: tendrían, á la larga ó á la corta, que volver las cosas á su lugar; para algo, pensaba, tenían ambos las conciencias azuleándoles de blancas.

—¿No duermes por fin? — le preguntó la anciana cortijera, que estaba con Araceli en brazos, al verla bajar.

—No puéo yo dormir con sol; voy á darle una ayúa á ése; déme osté la niña. ¡Ven acá, prenda mía! ¡Ven con tu madre!

Al llegar con ella en brazos á los almendros, Bernardo, que la había sentido aproximarse, parecía dedicado en cuerpo y alma á la faena.

—No te dolerán las manos—le dijo Dolores, viendo el poco fruto que cubría la tierra.

Sonrióse el mozo, no deponiendo del todo el fruncimiento de cejas, ni aun la franca expresión de disgusto, y le contestó:

—Estos pícaros no suertan la ayosa tan y mientras no te ven. Pero, ¿no ibas á escansar un rato?

—Se me han quitáo las ganas; pero arza tú arriba: dende aquí no se jace ná de provecho.

En aquel instante Araceli llamó al zagal con acento chillón y palmoteando alegremente.

—Ven acá conmigo: antes eres tú que

toítos los armendros de toítos los armen-
drales.

Y al decir esto el mozo, cõgió en sus brazos hercúleos á la pequeñuela, que, á pesar de sus cinco años, no pesaba lo que un suspiro, y la puso en alto, mordisqueándole las piernas.

La expresión infantil, llena de melancólica placidez, del rostro de Araceli, pareció reflejada en el semblante del muchacho.

—Vamos, suerta la niña, que se jace tarde.

—Di tú que nones; asina: que no, que no y que no. ¿No ves cómo la pícara no quiere que te dé gusto?

—Vamos, abájala ya y no seas pesáo.

Depositó Bernardo á la niña sobre el suelo después de besuquearla, y trepó al árbol con agilidades de ardilla, haciendo crujir las ramas al peso de su gallarda persona.

Durante los primeros minutos no se cambió entre nuestros protagonistas palabra alguna; no sabían cómo romper el

hielo. Dolores fué la primera en hablar.

—¿No te duele ya la mano?—le preguntó.

—Ca, si yo soy, como ice la copla, «como un navío, cuando lo están carenando».

—Pues á Rosita arguien le ha dicho lo de la mordeúra, y le ha fartáo tiempo pá venir á preguntar por tu salú. ¡Probetica, y qué mal pago le das!

Bernardo suspendió la faena, situóse á horcajadas en uno de los troncones más resistentes, y miró con expresión interrogadora á Dolores, que sonreía.

—No tiée ná del otro jueves que se enterara: estaba en la fiesta—dijo tras algunos instantes de silencio.

—¿No bailaste con ella?

—Anda y que baile con San Pascuá Bailón, ó con San Vito, er santo de la temblaera.

—¿Y eso poiqué? Eso no está bien; la probe está prevelicá por ti, y aluego que es más rebonita que naide.

—¡Rebonita! ¡Pos si no hay pá ella más

gallo que er de este corral, ya echó una yueca! ¡Por vía e Dios! ¡Pos si era menester pegalle fuego al partío, y no soplar jasta que llegara á estas lindes!

—Con el calor que jace, ¿verdá? Vamos; á menear los remos, que se viene la noche encima.

No se hizo repetir la orden Bernardo; el diálogo mantenido no había sido del gusto de ninguno de los dos, al parecer; lo habían entablado porque sí, por aquello de que hay cosas que están escritas.

Empezó á lucir el trabajo; á los golpes y zamarreones del mozo comenzaron los ramas á apedrear á la *Viñuela*, que amontonaba el fruto que caía; Araceli entreteníase en formar, á alguna distancia, pequeñas pirámides, que truncaba á manotazo limpio; no se oía más rumor que el del ramaje agitado, y el del fruto en sazón al golpear la tierra; los recolectadores permanecían taciturnos y silenciosos.

—Mía, deja los otros pá mañana—dijo

la *Viñuela* al poco rato, volviendo á coger en brazos á Araceli.

—Como tú quieras—repúsole el zagal, dejándose caer desde el árbol.

Al salir al arroyo iban los dos en silencio y mirándose á hurtadillas, y al llegar á la cuesta que conduce al edificio se tropezaron con el cortijero de *Majá Nevá*, que, al verlos, canturrió con voz cascada y sonriendo maliciosamente:

*Ya pá los palomares
van los palomos,
y volando se arrullan
unos á otros.*

Dolores enrojeció súbitamente, y Bernardo miró con rabia al cortijero, que al terminar su copla les dijo:

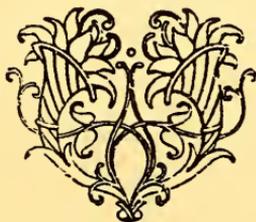
—Ahí sus he dejáo una carta que ma dáo *Toñate* er cartero pá ajorrarse er camino.

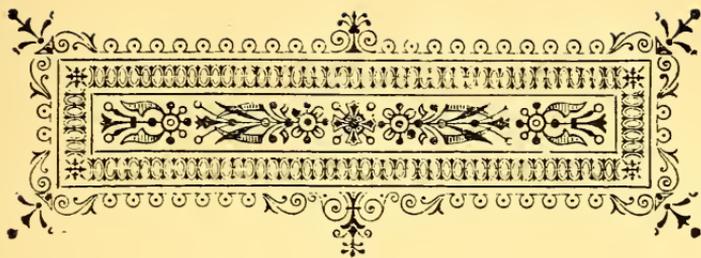
Cuando llegaron al llano, la señá Tomasa agitaba alegremente un sobre, y al verlos aparecer en el llano, les gritó:

—Oye, Dolores, Dolores, carta de Agustín.

La noticia hízole perder á la muchacha las tintas purpúreas que pusiera en sus mejillas la copla del cortijero de *Majá Nevá*, y á Bernardo subírsele toda la sangre á la cabeza.

¡Vaya un día que había proporcionado la mala suerte á los chicos del lagar de la *Viñuela*! ¡Vaya un día! ¡Luego dicen que Dios no ahoga; vaya si ahoga cuando le da la repotente gana!





CAPÍTULO XVI

LA PROCESIÓN POR DENTRO

La carta de Agustín fué leída, como todas, por Bernardo; éste sudaba tinta china, como por acá solemos decir, cada vez que tenía que llevar á cabo empresa tan ardua, y milagrito que no le costaba una enfermedad en los ojos á fuerza de darse en ellos restregones.

Cada vez que se recibía carta, reuníanse todos alrededor de la gran mesa; todos ponían los ojos en Bernardo, y el silencio era turbado solamente por la desesperante y accidental tartamudez del lector, por las exclamaciones, ora de pesar

ora de júbilo de los cortijeros, ó por los escarceos de Araceli, que maldito si estaba conforme con aquel recogimiento, el cual encargábase de turbar cada dos minutos con sus antojos de niña mimada y caprichosa.

En aquella ocasión congregáronse, como siempre, todos alrededor de la mesa; á pesar de que el crepúsculo vespertino alumbraba aún vagamente, fué encendido un candil; sentáronse todos con la mayor compostura; los ojos del matrimonio chispeaban de júbilo y de impaciencia; la *Viñuela* continuaba pálida, Bernardo cejijunto; el tío Salustiano contemplaba fijamente la interrumpida pleita.

Dió comienzo Bernardo á la lectura; su rostro anunciaba los tropiezos y dificultades que tenía que vencer para desempeñar su cometido.

—Lo que es hoy no se ha corrió—dijo enseñando la carta, escrita en una sola carilla.

—¿Estará malo?—preguntó llena de inquietud la señá Tomasa.

Bernardo empezó á deletrear antes de leer en alta voz; hacía-lo para sí; á medida que iba deletreando el contenido de aquella página, iban atirantándose sus músculos, enarcándose sus cejas, palideciendo intensamente.

—¿Está malo?—preguntó de nuevo la señá Tomasa llena de inquietud.

—No, señora, no está malo, y er día 20 lo tendremos aquí, Dios mediante.

Las palabras del mozo, que por cierto las fué soltando lentamente y con voz trémula, fueron acogidas por los *Cantuesos* con tremendas manifestaciones de alegría; el señor Juan hizo crujir la mesa de un puñetazo, capaz de desequilibrar á un planeta; la señá Tomasa se abrazó á Dolores con los ojos llenos de lágrimas, haciendo rodar el sillón de brazos encargado de recoger y encauzar su voluminosa persona durante las horas de holganza.

La muchacha habíase quedado como muerta; la noticia habíale caído cual un escopetazo, y, sin saber qué cara poner,

miraba al zagal, que á su vez la contemplaba con tremenda expresión de angustia.

El tío Salustiano soltó la pleita, acercóse á su hijo, le puso una mano sobre un hombro, y díjole en voz baja y con acento brusco:

—Á ver, lee, lee tóo lo que ice.

Bernardo miró sombríamente á su padre.

—Sí, léelo tóo. ¡Josús, y qué alegría, Dios mío! Si paéce un sueño, ¿verdá, Dolores? Anda, anda, y ¡cómo van á rabiarse tóas las mozas y tóos los mozos del partío!

Y la señá Tomasa, al par que decía esto, iba de acá para allá respirando fuerte, dando suspiros al viento, manoteando y acariciando á todo el que cogía por delante.

Se restableció la calma por fin, y Bernardo, haciéndose superior á la congoja que le mordía en el pecho, dió lectura á la carta.

Ésta estaba escrita al galope; eran al-

gunas líneas, no hacía en ellas más que anunciar su regreso.

—Ahora sí que va e veras, Dolores; dentro de ná lo tenemos aquí y mos lo vamos á comer á besos; sa menester dir preparándole la sala; hay que mercar una cama de jierro con pirindolas, porque ahora gorberá jecho un Don Melindres y le gustarán las cosas mu pintureras; por fin, hija mía, por fin. ¡Josús, Josús y Josús, y qué alegrón más grandel!

—Oye, Dolores: á ver si sacas un jarroñcico de er de jace dos años; esta noche sa menester jecho al aire una cana—díjole el *Cantueso* alegremente.

—Y que saque tamién unas pericas en dulce que ella arregló el otro día con sus mismas manos, que valen cien mil millones e millones—añadió la cortijera.

—Y tú, Bernardo, llama ar porquero y ar *Chamullo*: quiero que tamién ellos festejen la güena noticia.

Bernardo hubiera abrazado al señor Juan; necesitaba estar solo; la pena se lo comía; sentíase próximo á estallar.

¡Dios santo, qué pena la suya! Lo primero que hizo al salir fué trepar á lo alto del monte, y ya allí dejarse caer en tierra.

—Ya esto no tié cura— murmuró con acento hinchado de sollozos.—Ya está afiláo er cuchillo que me ha e dar la muerte; ya se vistió pá mí tó de luto; ya se me acabaron pá siempre las alegrías e mi corazón y las lucecitas e mi pensamiento.

Cuando el *Chamullo* vió llegar á Bernardo, hubo de preguntarle:

—¿Qué traes tú por aquí?

—Ná—repuso el mozo con voz aun llena de roncas y tristes vibraciones,— que su mercé me ha dicho que tú y el porquero sus vayáis pá allá, poique esta noche hay fiesta; sa recibió carta de Agustín diciendo que güerve.

Media hora después estaban todos sentados en el llano; tres ó cuatro jarros de vino habían puesto en punto á casi todos los del lagar; Bernardo, ya algo calamo-cano, templaba la guitarra; su padre no apartaba de él los ojos; la señá Tomasa

le hubiera hablado de tú en aquellos históricos instantes al mismísimo Carlos V; el *Cantueso*, mandando mucho noramala todos sus alifafes, andaba enjotado en sacarla á bailar; el *Chamullo* y el porquero sentíanse capaces de cualquier borricada, y la *Viñuela* miraba llena de desasosiego á Bernardo, el cual, con muchísima razón, pasaba por uno de los tocadores de primera fila del partido.

La luna asomó por tras la loma del cortijo de Millán, y pronto la perspectiva quedó bañada en sus argentadas claridades; Bernardo empezó á arrancar de la guitarra quejumbrosas armonías; el alma apenada del mozo parecía llorar en aquellas dulcísimas cadencias.

—Vamos, Dolores, canta — dijo el *Cantueso*.

Comprendió ella que era preciso recatar sus angustias, y sacando fuerzas de flaquezas echó la cabeza atrás y cantó con voz melancólica y suave:

*Luna que en los cielos vives
y estás viendo mi quebranto,*

*no le cuentes á quien quiero
las penas que estoy pasando.*

Bernardo se comía con los ojos á la cantadora; la pena, la luz de la luna, el vino, el cantar aquel, las armonías de la guitarra, combinóse todo como para sensibilizar sus fibras y exaltar su imaginación, y avivar el fuego en sus venas; y cuando la última nota del cantar de Dolores se fué desvaneciendo como finísimo hilo de cristal en el dormido espacio, sintióse necesitado también de dar al aire sus quejas, y sin que nadie se lo solicitara, apenas dejaron los circunstantes de jalear á la huérfana, cantó con voz apenada y dulcísima:

*No hay un llanto en este mundo
más triste que er llanto mío,
que de sé me estoy muriendo
á la verita del río.*

Aquel cantar fué una estrofa de lágrimas, un borbotón de rimadas desesperaciones.

—Arza tú, que vas á bailar conmigo—
gritó á su mujer el *Cantueso*.

—Mía, mía er tábano envejecío. ¡Úrrio á la posá, viejo petatel!

—¿Yo á la posá? Ya verás tú.

Y diciendo esto, se incorporó el señor Juan y se dirigió á Dolores, diciéndole:

—Anda, y no me desaires tú, prenda rica.

Sonrió Dolores ante aquella ocurrencia, miró vacilante á la seña Tomasa, que sonreía también viendo la decisión del anciano, y no encontrando medio de evadir el compromiso, se incorporó gallardamente, y ¡aquéllo fué el disloque!, como gritó el *Chamullo* con sobrada razón. El cuerpo de la huérfana parecía de goma á juzgar por sus admirables cimbreos, por la suavidad de sus ondulaciones y por la elegancia de sus giros; mientras bailaba, su rostro estaba purpúreo; los sedosos bucles de sus cabellos jugueteábanle sobre la frente; sus ojos fulgían como estrellas; su falda, plegándose al cuerpo, delataba sus encantos; sus brazos, al enarcarse, dejaban admirar el seno alto y rígido.

Bernardo seguía con ojos como brasas los cadenciosos movimientos de la bailadora, sus manos temblaban, su respiración era ardiente.

—Yo ya no puéo más — gritó á poco el *Cantueso*, dejándose caer en una silla jadeante y sudoroso, mientras la señá Tomasa le decía riendo:

—¡Ah, indino! ¿Conque esas tenemos? Viejo pícaro, ¿conque esas tenemos?

Dolores también se detuvo, murmurando:

—Tampoco puéo yo más.

—Ni yo tampoco — dijo Bernardo con acento sombrío, colocando la guitarra contra la silla.

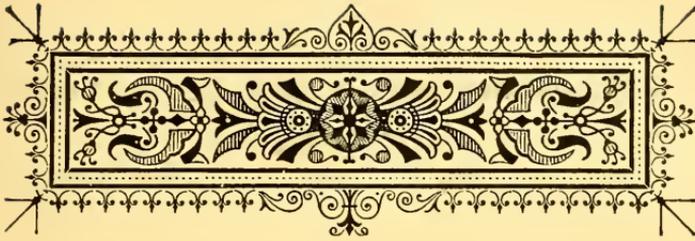
Poco después empezó á languidecer la fiesta. Dolores y Bernardo estaban sombríos; esto hubo de llamar otra vez la atención de los cortijeros; el señor Juan les miraba de vez en cuando al soslayo, y rascábase la cabeza sin sacar nada en limpio.

Pronto se declaró en dispersión la gente; Bernardo, el *Chamullo* y el por-

quero se dirigieron á la umbría, y los demás á sus respectivas habitaciones.

Si una hora después hubieran arrojado nuestros lectores una mirada sobre los habitantes del cortijo, hubieran podido ver á Bernardo contando, con los ojos de par en par, las estrellitas del cielo desde lo alto de la loma; á Dolores dando en la cama vuelcos y más vuelcos, suspiros y más suspiros; al tío Salustiano hablando solo, como si regañara con su sombra; y en el humilde lecho nupcial del matrimonio, al *Cantueso* haciendo castillos en el aire y viendo ya á su Agustín con el uniforme de capitán general; en tanto que la cortijera, con la cara fruncida, no podía pegar los ojos á causa de un mal pensamiento que andaba desde aquella tarde zumbándole en la cabeza.





CAPÍTULO XVII

TRES MONÓLOGOS

Hemos dicho en el capítulo anterior que la señá Tomasa no dormía, y es verdad; habíasele parado un abejorro negro entre ceja y ceja, quitándole el sueño. ¿Por qué aquella actitud de los zagales? ¿Por qué se puso él tan pálido y tan ceñudo al terminar de leer la carta? ¿Por qué ella no llegó al cielo de un brinco de la alegría? ¡Cosa más rara! Luego las coplas que cantaron ambos las cantaron mirándose de un modo que maldita la gracia que le hizo á ella. Iba haciéndose preciso estar alerta, con la

piedra en la honda y descalabrar al primero que se desmandase.

Al dormirse la cortijera — dos ó tres horas después — estaba casi convencida de que allí había gato á medio encerrar, si no encerrado del todo; pero á la mañana siguiente, al ver penetrar en su cuarto á Dolores tan serena y tan hermosa como siempre, y luego, á la hora del almuerzo, á Bernardo tan rudo y tan nobletón, como siempre también, arrepintióse un poco de sus malos pensamientos, no obstante lo cual quedáronle en lo íntimo de su corazón vagos resquemores que le hicieron estar todo el día con la escopeta montada.

Al llegar la tarde no estaba del todo tranquila; mirábanse los muchachos con demasiada intensidad; había en sus miradas algo alarmante y anómalo.

Para el de Casariche no pasó inadvertida la preocupación de la cortijera, y, cuando después de comer quedó á solas con ella, le preguntó:

—¿Qué pasa, que está osté con cara e jiales?

—Ná, que estoy pensando en la güerta de Agustín, y er gozo me tié el cuerpo dolorío.

—No es pá menos; de esa mesma tela, más chica ó más grande, tóos tenemos una prenda e gala.

—Eso creo yo; eso debe ser, ¿no es verdá?

—¡Vaya si es verdá!—repúsole el viejo con el semblante ensombrecido por aquella extraña pregunta.

—Eso debía ser.

—Y dale con los deberes, ¡qué matraca! Se ha encariñáo osté con er dicho.

—Es que como er mundo da muchas güertas, y el deber está unas veces tan alto, naide lo arcanza.

—Eso es sigún los ojos con que se mira.

—Es lo único que conservo sin polilla, y Dios me los conserve.

—Es que muchas veces, entre dos luces, mos parecen águilas las pavanas.

—Tóo, puée ser.

—Y tanto como puée ser; y si no, ar tiempo. Ya osté sabe que á mí me gustan las cosas claras y el chocolate espeso.

—Dejuro que lo sé, y nunca lo he puesto en dúa.

—Pero vamos á cuentas, señá Tomasa: ¿á qué viene tóo eso? Poique lo que hemos platicáo es como el aire, que no se sabe de aónde viene, ni aónde va, ni poi qué sopla.

—Pos á ná viene: á que cuando hay que matar una hora y no hay castañuelas, se repiquetean dos tejos.

Cuando el tío Salustiano quedóse solo, estaba profundamente pensativo; empezaba á escocerle muy de veras la situación; las frases de la señá Tomasa habían sido de poca corteza y muchos migajones; empezaba á ver aquélla algo, que sin duda no era muy de su gusto, y si era así, hacía se preciso liar el petate y echarse por esos mundos de Dios á decir la buenaventura.

No era esto lo que más le dolía; lo

que más le dolía era pensar en el motivo; pero no: él pondría las cosas en su lugar, metería al mozo en cintura, no le dejaría á sol ni á sombra hasta que Agustín se casara y se llevase á la que de tal modo había barajado los cascos á su hijo; á su hijo, que era una prenda, sólo que la pí-cara sangre moza anda siempre á testarazos con lo que debe ser cuando de mujeres se trata, y más su mozo, que tenía en las venas pólvora granadina de la superior, de la que alborota poco y empuja mucho. Por más que el mozo tenía la conciencia más limpia que los chorritos del agua, y sano el corazón y blancos los pensamientos, habíale ocurrido lo que al más pintado le hubiera ocurrido en su lugar; aquello de estar siempre junto con una hembra tan bizarra, habíale prendido fuego; pero él estaba seguro, segurísimo que la llama no había logrado todavía más que chamuscarle los encajitos del pensamiento.

En cuanto le echara la vista encima, él le pondría las peras á cuarto y le ajus-

taría unas cuentas; y si aquello no era bastante, ¡no estaban muy frondosos los acebuches del *Tajo*!

En tanto el viejo se despachaba á su gusto, el zagal, encorvado sobre las últimas espigas por segar, allá en un repecho, defendida la mano izquierda por el renegrido guantelete de cuero, y en la derecha la hoz, al par que cortaba los resecos tallos hablaba también á solas, deteniéndose á veces en la faena, y mirando sin ver el espléndido celaje irisado por el sol que moría.

—Por vía de la Malena—murmuraba sordamente — y cuántas fatiguitas e muerte estoy pasando; vendrá Agustín y se la llevará pa siempre, ¡pá siempre! ... Y no hay más remedio que callar y morir de la pesaúmbre..... Y tié que ser asina, manque se me sarten los ojos, y se me parta er pecho, y se me pudra er corazón; y no puéo quejarme á naide; él se la ha ganáo, de mala manera, eso sí, de mala manera; pero se la ganó á la fin y á la postre; y es..... suya, y yo no debo

poner en ella los ojos tan siquiera, no debo; pero no puée ser eso; yo no puéo vivir sin miralla, sin que ella me mire; ella pá mí lo es to en er mundo: er cielo que me tapa, y er sol que me alumbra, y el aire que respiro y el agüita que bebo; y er día que me farte, er día que me farte su calor, ese día que toquen á muerto por mi presona.

Y al mozo se le llenaron los ojos de lágrimas, y murmuró con rabia después de limpiárselas con el dorso de la mano:

—¡Qué Dios! ¡Pos no estoy llorando!

Y como queriendo adormecer su pena, lanzóse al trabajo con brutal energía, haciendo relampaguear la hoz en su mano, hasta que hubo de interrumpirle el señor Juan, que le gritaba desde el arroyo:

—Deja ya eso; se arrematará mañana, condenáo, que te deben doler ya jasta los huesos.

Cuando penetraron en el cortijo, ya estaban sobre la mesa el mantel blan-

quísimo, la hogaza de pan moreno, la enorme fuente, los cubiertos, representados por seis grandes cucharas, la jarra llena de agua cristalina, y un cesto de frutas acabaditas de coger.

—Dolores, á la mesa—gritó la señá Tomasa al pie de la escalera, al ver penetrar al señor Juan y á Bernardo.

—Ya voy—gritó la muchacha.

Y si alguien se hubiera asomado momentos antes á su cuarto, hubiérala visto sentada sobre tosco taburete, reclinada contra la pared, con la vista llena de tristes vaguedades.

Y si alguien hubiera podido leer en su pensamiento, la señá Tomasa, pongamos por caso, habría salido seguramente con las manos en la cabeza al oír el monólogo que, como el de Casariche y como el hijo de éste, mantenía también la hermosísima hija de Antonio *el Arrabaleño*.

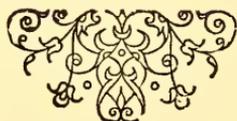
—Pos no paéce—decía—que mos ha picáo á tóos la tarántula, y que ha caío la helá en esta casa dende er día en que ese don Enrique—que debía estar ja-

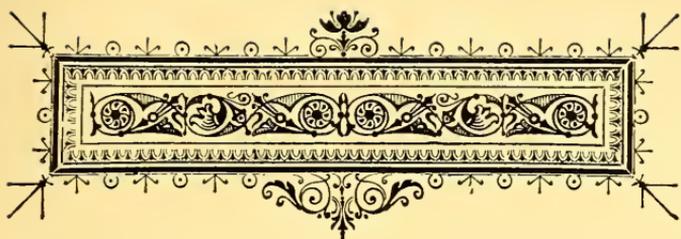
ciendo penitencia pá que Dios le perdone lo guasón y lo mal intencionáo que es—puso los ojos en mí; y tó ¿poi-qué? Poique ese mala lengua, y la otra más peor de Rosita..... me la tién que pagar. ¡Cudiao con decir!..... Y tó ¿poi-qué? Poique nenguno de dambos queremos á nenguno de ellos.

Esto no puée seguir asina, y tié que seguir; Bernardo me quiere y yo le quiero tamién, ¡vaya si le quiero! No le voy á querer si es más güeno que la barsamina, y tié pá jablar comigo siempre un caramelo en la boca; pero lo quiero como Dios manda....., sí, como Dios manda.....; pero si lo quiero como Dios manda, ¿poi-qué me esazono cuando otra moza le jace morisquetas? ¿Poi-qué, cuando voy á ajuntarme con Agustín con er pensamiento, él se mete entre los dos y le coge la primería? ¿Poi-qué sueño con él, y si está triste me pongo triste, y si está alegre se me ríen jasta las entrañas? ¿Poi-qué cuando estoy á su vera se me acelera el aliento y me encomienza á dar

martillazos er corazón? ¿Poiqué cuando pienso en que el otro va á golver se me abren las carnes y la angustia me quita el jálito?... ¡Virgen Santa de los Dolores, yo voy á golverme loca!

En aquel instante llegó á sus oídos la voz de la señá Tomasa, y levantándose lentamente se dirigió hacia la escalera, luchando por ocultar sus tristísimas impresiones.





CAPÍTULO XVIII

LO QUE LE PASABA Á AGUSTÍN

Tiempo es ya de que vayamos en busca de Agustín. Con razón dijo éste un día á Dolores que él no había nacido para pasarse la existencia destripando terruños, no obstante lo cual, el día en que abandonara el cortijo hubiera dado sin vacilar los mejores años que le quedaban de vida por permanecer, no ya dentro de las lindes de la posesión, sino en uno de sus más reducidos mechinales siquiera.

¡Cuán largo y penoso se le hizo el camino! Era necesario, no obstante, luchar

con la suerte hasta meterla en un puño, y él lo conseguiría, pues sentía dentro de sí un puñado de vigores vírgenes, con los cuales sería para él el mundo una copla y un mal guitarro.

Ya en la capital, no se hizo esperar mucho la primera decepción; el camino del héroe es sin duda muy difícil camino; y cuando se vió con la cabeza al aire las viejas cicatrices de las varias descalabraduras que sufriera en la niñez; metido en el glorioso uniforme, que le venía ancho y corto; delante de la escudilla del rancho, bajo la mirada dictatorial de un cabo grosero y despótico, sintióse el pobre mozo medio asfixiado por los escombros de una de las más altas torres edificadas durante sus sueños de ambición en las soledades de la Viñuela.

La primera vez que oyó sisear las balas á su alrededor, frente á un centenar de haraposos enemigos, en las espesuras de la manigua, sintió frío hasta en el alma; pero después, según hubieron de contar sus camaradas, arremetió contra

el enemigo de tal manera y con tales bríos, que cuando quiso acordar se encontró en medio de las filas contrarias, de donde consiguió escapar, según decía, por arte de birlibirloque.

Pronto aquel sistema de vida, donde el pan está amasado con levaduras amargas, en que la muerte tira la segur al acaso, vida en que el valor más que una condición es una resultante, y el hombre, más que tal, un guarismo á dos tintas; respirando aquella atmósfera caliginosa, envenenada con hálitos de sangre y vahos de calentura, donde se riman la detonación y el gemido, y el grito del que triunfa con el estertor del que muere, pronto aquel sistema de vida, repetimos, fué entumeciendo su sensibilidad, acorchándole el corazón y ennegreciéndole la antes serena fantasía.

El recuerdo de Dolores fué esfumándose poco á poco en su memoria, hasta quedar convertido en melancólica silueta, siempre flotante, eso sí, siempre flotante en su imaginación; y cuando supo que la

hora de placer, ganada por sorpresa al alejarse del lagar, había tenido naturales consecuencias, y que un nuevo sér reclamaba un nombre y un beso allá en una escondida cañada de los Verdiales, sintióse dulcemente conmovido.

Aquí caigo, allí me levanto, prosiguió la comenzada senda; y cuando, rompiendo por fin el gran obstáculo, vió brillar en su bocamanga la primera estrella, la ambición se le puso de pie en el alma y murmuró pensando en los patrios lares:

—No vuelvo allá hasta que sea te-niente.

En las angustiosas noches de insomnio, cuando febril, torturado por el dolor, inmóvil sobre el lecho del hospital, columpiado entre la vida y la muerte, pensaba en aquellos que le aguardaban, prometíase volar á ellos apenas pudiese levantar otra vez el vuelo; entreteníase en volver á ver entre las ardientes vaguesades del delirio las imágenes que se movían en el tranquilo escenario del tiempo que pasó, desde Dolores, con los

ojos relampagueantes de cariño, hasta el *Chamullo*, aquel resignado hijo predilecto de la mala suerte, y reproducíanse en su cerebro, como al conjuro de un mago, los más pueriles detalles del risueño panorama fantaseados por la calentura; y ¡cuántas y cuántas veces creyó posar sediento los resecos labios en el fresco manantial que brota entre lentiscos y zarzales en la pedregosa ladera!

Durante aquellas terribles y larguísimas caminatas, al través de los caprichos de la fortuna, el amor no llegó á él más que como una fugitiva y candente caricia, y sólo una vez hubo de detenerle en mitad del camino, haciéndole vacilar un punto.

Esperanza—una criolla que tenía por ojos y por cintura dos ametralladoras y un torzal,—según afirmaba el teniente Centenera, llegó al corazón de Agustín, intentando derribar el antiguo ídolo; pero al lado de éste luchaba el deber, siempre respetado por el bizarro verdialeño, en cuya ayuda llegó el nombramiento de

teniente con que fué galardonado, y con el nombramiento una disposición del físico, que le aconsejaba unos meses de reposo en los nativos lares.

Mucho vaciló Agustín antes de decidirse, pero el teniente Centenera regresaba también al suelo patrio; Centenera estaba al tanto de todo, y le hizo ver á Dolores y á Araceli, encaramadas en el cerro más alto del cortijo, llamándole hasta con bocina; él no podía hacerse el sordo: el día menos pensado podían los morenos de Quintín hacer con él un picadillo á la cubana, y quedarse aquellas dos criaturas á la clemencia del cielo; lo primero es lo primero; él ya tenía en su poder la debida autorización para arreglar aquel mal negocio; además, su regreso era indispensable, pues la salud empezaba á irsele por los rotos y descosidos; lo de Esperanza no era más que un tente en pie, un capricho, una alucinación con la cual siempre tenía la cuenta saldada; el soldado no debe llevar nunca ropa sucia en la conciencia, porque, para él,

de la vida á la muerte no hay ni el canto de unas guajiras bien cantadas.

Tanto y tan de verdad apretó Centenera, tantas cosas le dijo, que casi sin enterarse se encontró Agustín un día sobre la toldilla del vapor, con la frente fruncida, las manos á la espalda, y midiendo todo el espacio libre con pasos desiguales, mientras Centenera, tumbado en uno de los bancos, le contemplaba sonriendo con disimulo.

Iba el vapor á partir; trepidaba la cubierta al impulso de la máquina en presión; de vez en cuando lanzaba por las renegridas válvulas un ronco y estridente gemido; parecía el tremendo sollozar de un monstruo agonizante; la escala era un á modo de humano acueducto que iba arrojando seres y cosas en el puente; en el centro, la enorme grúa maniobraba lenta, trasladando el cargamento á las profundas escotillas; la oficialidad iba de acá para allá dictando órdenes á la marinería; los mayordomos conducían los equipajes de los viajeros rezagados á los

amplios y lujosos camarotes; los que iban á partir arrojaban una última mirada sobre el puerto que abandonarían en breve.

—Vamos, hombre, alegra esa cara— dijo Centenera á su amigo, incorporándose en el canapé.

—Déjame en paz—repúsole Agustín, haciendo un gesto capaz de poner un batallón en derrota.

—Ya se te pasará el picor y pondrás mi retrato, cuando te cases, en el cuarto de la virgen.

Y dando media vuelta, alejóse el teniente á ver de cerca la cara á unas viajeras que acababan de subir la escala, mientras su amigo seguía dando vueltas y más vueltas en la ancha popa del poderoso transatlántico.





CAPÍTULO XIX

REGRESO DE AGUSTÍN Á LA VIÑUELA

Por fin una mañana, tras largos y penosos días de navegación, en que el mareo hizo de las suyas con Agustín, lo mismo que con muchos de sus compañeros de viaje, dieron vista, desde el castillo del hermoso buque, á las risueñas costas del nativo suelo.

Una alegría suave se derramó en el alma del teniente; una delirante explosión de júbilo resonó en la proa del buque; allí estaban revueltos y amontonados los que regresaban heridos y enfermos, con los brazos en cabestrillo unos,

con las piernas amputadas otros; éste resistiendo el frío de la fiebre envuelto en la misma manta bajo la cual sintiera las primeras en los lodazales de la manigua; aquél tosiendo de un modo cavernoso; un millar de hombres, en fin, agostados en la plenitud de la existencia los que habían logrado demorar las caricias de la muerte, luciendo todos en las listadas guerreras las modestas cruces con que la patria premiara el forzado sacrificio del montón que más tarde había de pregonar nuestro heroísmo y nuestra ingratitud, tendiendo al acaso, con la súplica en la boca y en los ojos, la misma mano con que blandiera el acero en los campos de batalla.

La primera onda del aire nativo, la primer silueta de sus montes, las primeras espumas que vieron festonear sus playas, obraron como poderoso reactivo en aquel puñado de inválidos, y al santo conjuro de la patria, un grito vibró en todos los labios, todos los ojos se llenaron de lágrimas, todos los cora-

zones latieron al unísono, y al par que el buque avanzaba rápido cortando las azules ondas, cien y cien gorras de cuartel fueron agitadas por manos convulsas en el cristalino ambiente, y cien y cien palpitaciones de generosa alegría amordazaron al dolor en el pecho de aquel millar de héroes desconocidos.

Agustín sintió también que el llanto subía á sus ojos; todo su ayer reverdeció en su mente; parecíale todo un sueño, verlo todo al través de un prisma vago y fantástico: el buque á cuyo alrededor saltaban los delfines, el vastísimo horizonte azul, el verdoso y movable abismo del mar, las azuladas lejanías y las lágrimas que mojaban sus ojos y la emoción que llenábale el alma de dulcísimas tristezas.

Echó por fin el vapor sus anclas en la bahía de Málaga, y después de abrazar á Centenera y encargar al asistente del equipaje, dirigióse Agustín á uno de los mejores hoteles.

Como quería aparecer en todo su es-

plendor ante los atónitos ojos de los seres queridos, vistióse el más flamante de sus uniformes; colgó sobre su pecho las cruces conquistadas y suspendió del luciente correaje el fuerte acero esgrimido tantas veces por él contra el enemigo, ebrio de bélico entusiasmo.

Cuando el cochero hizo restallar el látigo sobre los briosos caballos del coche de camino, y sobre todo cuando, dejando atrás las casetas de los consumos, penetraron en la polvorosa carretera flanqueada por numerosos *eucaliptus*; cuando sus miradas, ansiosas de antiguos golpes de vista, se espaciaron en los suaves declives de los montes que van á morir en la risueña llanura, salpicada de alegres caseríos, en sus campos, donde el verde luce todas las gradaciones de la escala, y allá á lo lejos en el dormido mar, que se confundía con el azul celaje; cuando vió á su derecha los montes grises, áridos, escuetos, cubiertos á trozos de cenicientos olivares y de enfermizas vides; cuando cruzó por el Puerto de la Torre,

un pueblo en dos paralelas, y reconoció al tío *Quintanilla* sentado en la puerta de su panadería; al *Garduño*, el más clásico tabernero del partido; al *Mangano* el estanquero; cuando todos aquellos seres y cosas fueron dando brillantez y colorido á sus recuerdos, una alegría melancólica y serena bañó su espíritu, y hundiéndose en el fondo del carruaje, empezó á saborear, previamente, las emociones de la llegada al cortijo.

*
* *

En el lagar sabíase solamente el día en que debía llegar; no así en qué puerto desembarcaría, ni cuál era el vapor en que había tomado pasaje; no decía nada de esto en su carta, y en la duda decidieron aguardarle en la casa.

Ésta parecía una Cruz de Mayo; algunos días antes dieron principio los preparativos para recibir de un modo solemne casi al ínclito verdialeño; el decorado

de la habitación preparada para éste fué motivo de larguísimas discusiones, en las que se impuso el criterio de la huérfana; ésta llevó á cabo la gran empresa con la ayuda de Bernardo, que tuvo que ir de compras varias veces á la capital; un catre de hierro ocupó la lateral izquierda de la estancia designada—la mejor del edificio;—la mesa de noche era enchapada en caoba, con vistosos tiradores; el lavabo de pino, barnizado en su color, redondo, con una gran jofaina, jaboneras de cristal rosa y un espejo oval—una maravilla según afirmaban todos, mirándose en él á porfía.

Una estera de paja, en colores; media docena de sillas de Vitoria; anchas cortinas de cretona con orlas de groseros encajes y varios cromos, completaban el mobiliario.

Todos los del lagar habían dado al aire sus galas de los días festivos. Lucía Dolores una falda de céfiro color perla, moteada de encarnado; chaqueta de coco color granate, que atersaba su busto y su

seno altísimo; sus cabellos caíanle, por vez primera, en artificiosos rizos sobre la tersa frente; lucía algunas flores sobre la enroscada y pesadísima trenza, y calzaba pequeños brodequines de cuero de caladas punteras.

Araceli también había sido engalanada con un vestido color rosa y un babero blanco, y en los brazos de su madre formaba con ella rudísimo contraste con su carita pálida, sus cabellos sedosos y rubios y sus ojos grandes, azules y tris-tones.

Dolores se movía con dificultad; acostumbrada á los vestidos holgados, parecía embragada, y sus movimientos eran bruscos y torpes, como faltos de elasticidad y soltura.

La señá Tomasa había tenido que librar un combate casi para conseguir que se engalanara.

Dolores, antes de decidirse á darle gusto, protestó enérgicamente.

—Asina, como osté quiere que me ponga, no me va á conocer; la mesma soy

con eso que sin eso, y, además, que no están los moños de conformiá con mis pareceres.

—No, mujer; á los hombres sá menester engañarlos, á esos pícaros no le gusta más que lo que reluce; con que anda y apáñate pá que, cuando te eche los ojos encima, muerda y relinche y se güerva loco.

Se arregló, como ya hemos dicho, á regaña dientes la *Viñuela*, y cuando salió de su habitación, ya de tiros largos, los que aguardaban su salida quedáronse como entontecidos.

—¡Vaya, si estás jecha un rosicler!— le dijo, mirándola con mucho cariño, el *Cantueso*.

Cada cual le dijo su cosa, menos Bernardo, que inclinó la cabeza y se salió de la casa, mientras murmuraba el tío Salustiano, contemplando con ira y amargura á la huérfana:

—¡Qué hermosa está la mardecía! Asina tié á mi probe mozo con la chabeta volando.

Dolores, á pesar de sus preocupaciones, de su tristeza, de su inquietud, saboreó su triunfo; la admiración que vió retratada en todos los semblantes acarició dulcemente su vanidad; pero al ver alejarse á Bernardo se sintió otra vez cólerica y sombría.

Durante la noche anterior, no había podido pegar los ojos: la pasó insomne, febril, acongojada; librábase en su corazón un verdadero combate; el deber y la pasión, Agustín y Bernardo, peleaban como desesperados por posesionarse del lugar del torneo; al lado del primero luchaban Araceli, los *Cantuesos*, su honra en entredicho, la conciencia; al lado del segundo, los sentidos en rebelión, la fantasía loca, el amor, en fin, con todas sus ruindades y todas sus grandezas; y cuando las luces del alba penetraron en la habitación, arrojóse Dolores fuera del lecho, calenturienta, con el pecho dolorido, llevando dentro de sí la liza y los lidiadores.

Mientras más y más martillaba en el

yunque, más hondo veía el abismo que la separaba de Bernardo; para llegar hasta él tenía que sacrificarlo todo: su hija, á quien tendría que negarle una deuda sagrada, su bienestar, el cariño y el reposo de los nobles ancianos que le sirvieron de padres.

De vez en cuando una decisión generosa se apoderaba de su sér; ella domaría aquella torpe inclinación y sería de Agustín, del hombre que debía ser su dueño, del padre de aquella criatura hasta entonces sin nombre; y ya casada con él, se iría lejos, muy lejos, y de aquel modo, aquella pasión, que tanto hacía sufrir, concluiría en lo que nunca debió dejar de ser cariño de hermanos.

Cuando más decidida parecía á llegar al sacrificio, aparecíasele el zagal triste, con los ojos llenos de sombras y lágrimas y la boca de súplicas y besos; el zagal, que la miraba como invocando un consuelo último, y aquellos ojos la hablaban con desesperada elocuencia y le decían cosas ardientes y dulcísimas: que

ella era la única aspiración, el amor único de aquel solitario, que no hallaría en su camino más flores que las que ella le sembrara.

Asomábase luego también á su imaginación Rosita la de los López, y Rosita estrechaba en sus brazos al pobre mozo, enjugaba sus lágrimas, posaba en los suyos los labios hambrientos de caricias, y Bernardo, embriagado por tanto cariño, sonreíale, por fin, á Rosa, y entonces, entonces sentía la *Viñuela* garras invisibles que se le clavaban en el pecho, cubríase de frío sudor su frente, y entonces ¡adiós, buenos propósitos!, entonces era el diablo el que hollaba con sus pies al divino arcángel.

Al ver Dolores salir al zagal como agobiado por el peso de sus amarguras, sintió, como ya hemos dicho, sordo despecho; le hubiera porraceado. ¿Qué culpa tenía ella de lo que pasaba?

Para la cortijera no pasó inadvertida la huída del zagal, y miró al de Casari-che, que inclinó la cabeza.

—¿Adónde vas tú?—preguntó el *Can-tueso* al muchacho.

—Ar llano —repúsole éste con voz áspera.

—Y yo; aspérate, iremos juntos.

—Y yo también —añadió la señá Tomasa.

—Tú ar llano no puée ser; no hay necesiá que er mozo se encuentre á su madre medio erretía; tú y Dolores, con Araceli, sus vais al huerto, y tan y mientras, yo y Bernardo mos iremos pá la carretera.

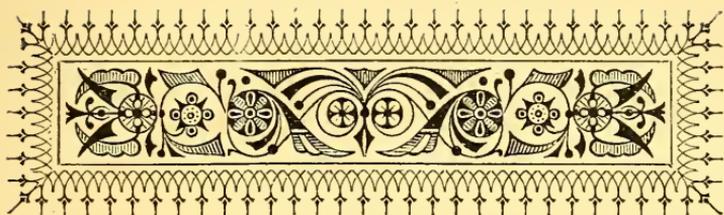
En aquel instante un sonido ronco resonó hacia el camino; el de la caracola que habíase llevado el *Chamullo*, puesto de vigía en el cerro para avisar con ella la llegada de Agustín.

Al ronco sonido enmudecieron todos; los viejos alargaron la cabeza para oír mejor; resonó de nuevo la caracola; no cabía duda: era el *Chamullo*; Agustín estaba en el llano, y la señá Tomasa, lanzando un delirante grito de gozo, se arremangó la falda, y dando al aire las

monumentales pantorrillas salió de estampía, jadeando, riendo, llorando, tambaleándose, mientras el señor Juan se plantaba, de un solo salto, en mitad del arroyo.







CAPÍTULO XX

LA ENTREVISTA

Dolores habíase puesto intensamente pálida, y al par que apretaba contra su pecho á su hija, miraba llena de turbación hacia el recodo de la senda, como si temiese ver aparecer de pronto por ella la figura de Agustín.

Bernardo se ocultó en breve tras el monte, y el de Casariche, acercándose á la muchacha, la dijo mirándola suavemente:

—Vamos pá allá, Dolores, vamos pá allá; que ya está ahí er que tanta farta sus estaba jaciendo á ti y á ese angelico e Dios.

La *Viñuela* inclinó los ojos; los del viejo, graves y acusadores, fijos en ella, la empujaron hacia la cañada.

El tío Salustiano y la huérfana llegaron los últimos á la planicie colindante con el camino; al doblar la cuesta vieron de pronto, bañados por el espléndido sol, al *Cantueso*, á la seña Tomasa y á Agustín estrechamente unidos; parecían petrificados: ninguno de los tres soltaba la presa; el abrazo en ellos, más que una manifestación de ternura, era una delirante revancha; más allá del grupo, inmóviles sobre la carretera, jadeaban los caballos cubiertos de sudor, mientras el cochero arreglaba indiferente los asientos del carruaje. Bernardo, en mitad de la planicie, miraba con angustiosa expresión hacia el carril por donde aparecieron su padre y la huérfana con Araceli en los brazos, y el cielo fulgía y los solitarios alrededores parecían como aletargados por una inmensa y luminosa calentura.

— Ahí las tienes — gritó la cortijera á

Agustín, señalándole el grupo que acababa de desembocar en el llano.

Desciñóse el heroico descendiente de los *Cantuesos* de las lazadas de amor en que aquéllos lo retenían, y se dirigió rápido hacia el grupo; y él, el denonado campeón de los *Palmares* y la *Torrentera*, sintióse débil de piernas y falto de respiración al aproximarse á la que fuera un tiempo el más dulce de sus delirios.

Ella le vió llegar, demudada, inmóvil, con la congoja en los hermosísimos ojos; y al tenerlo frente á frente, al verse amenazada por sus brazos, que se abrieron como para estrecharla, encendióse su tez, y, sin decir una sola frase, presentó á Araceli á su padre como un gladiador á su contrario el resistente escudo.

La niña se debatió violentamente y rompió á llorar, sin que la voz, siempre afónica, de la sangre, resonara en ella, y sin que fueran suficiente á hacerla callar los besos que su padre depositaba en sus mejillas.

Cuando Bernardo vió á Agustín abrir

los brazos para estrechar en ellos á Dolores, sintió algo que le desgarraba el pecho; la sangre pareció detenérsele en las venas, se mordió rabiosamente los labios y aguantó la respiración, como si quisiera pasar calando aquella amarguísima ola; pero al ver á la huérfana esquivar la caricia, por poco la alegría le hace llegar al cielo de un salto.

—Paécen ostedes tontos é remate— exclamó alegremente la señá Tomasa.

—Vámonos pá allá abajo; tú, *Chamullo*, ayúame á llevar los chirimbolos del señor melitar—dijo el *Cantueso*.

—Sí, vamos— repitió Dolores, volviendo á coger á Araceli sin mirar á derechas á Agustín.

Éste, por el contrario, mirábala con insistencia; no estaba del todo satisfecho de la acogida que ella hubo de dispensarle; sin duda la frialdad del recibimiento fué motivada por la emoción; ya él removería los ardientes rescoldos y brotaría de nuevo la potente llama; á él ya empezaba á incorporársele en el alma el

recuerdo, lo cual no tenía nada de extraño; estaba tan hermosa la *Viñuela* con su cuerpo turgente y espléndido, la tez fresca, los ojos lánguidos, el pelo abundante y lustroso y el seno tentador, que sentía á Esperanza replegarse en su memoria tímida y acobardada.

Hizo Agustín por dominar sus impresiones; y cuando todos se pusieron en marcha hacia el cortijo, acercándose á su prometida, que iba delante de todos, le dijo con voz insegura, al par que miraba con melancólica expresión los viejos y copudos árboles de la senda:

—Parece que fué ayer, Dolores, parece que fué ayer cuando abandoné todo esto.

—Pos ya han pasáo argunos años—le repuso ella con acento irónico, al par que arreglaba el babero á Araceli.

—Pues ni un solo día he dejado de pensar en ti, ni uno solo.

Dolores le contempló un instante con sarcástica expresión, al par que murmuraba con voz apenas perceptible:

— ¡De juro!; eso está más claro entoa-
vía que el mismo sol.

Al llegar á la casa, se reprodujo en ella la escena del llano; la seña Tomasa quería resarcir al mozo de los halagos de que le privara la forzada ausencia; no se cansaba de besuquearlo, de pasarle las manos por la cara, de darle amantísimos achuchones. El uniforme de Agustín había causado distintos efectos: quién lo miró con orgullo, quién con rabia, quién con supremo desdén.

Ésta fué Dolores, que andaba peleando consigo misma hecha un mar de confusiones, sin saber qué cara poner ni qué postura adoptar. Durante el camino, todas las veces que volvió los ojos vió á Bernardo caminando el último, separado del grupo, como si el maletín que llevaba pesase cual una montaña; y al verlo de aquella manera, al asomarse mentalmente á aquel pozo lleno de amarguras y celos hasta los bordes, de buen grado hubiera dado un voletón para decirle al oído..... ¿Qué podía ella decirle? Nada,

absolutamente nada; no había más remedio que comerse la lengua y el corazón y llegar á su calvario con la cruz acuestas.

Al penetrar en la casa el recién llegado, quiso reconocerla toda; tenía ansia de espaciar sus ojos y su espíritu en aquellas estancias donde antojábasele ver relampaguear los soles de los pasados días; todo estaba casi igual en el humilde retiro.

Bernardo había llegado el último, y su padre, al quedar un momento á solas con él, le dijo poniéndole una mano en el hombro:

—Vamos á ver, hijo mío, cómo se porta un hombre.

El mozo fué á contestarle; vió los ojos de su padre posarse en él llenos de ternura, y de pronto, todos sus despechos, toda su pena, se le derritieron en el corazón, y con voz entrecortada, como hablamos cuando queremos encadenar al sollozo, le repuso:

—No tenga osté cudiáo, padre, no tenga osté cudiáo; el perro, cuando rabia, no muerde al amo.

Y el viejo, comprendiendo que aquel corazón necesitaba una caricia, y recordando los días en que lo acurrucaba hambriento y aterido contra su pecho, rodeóle la cabeza con sus brazos, lo atrajo hacia él, y sus labios, seniles y temblorosos, posaron un beso en sus atezadas mejillas.

Un grito ahogado, una explosión ronca y viril de cariño y de angustia respondieron al beso paternal, y cuando el anciano vióse libre de los brazos de su hijo, le preguntó con acento dulce y suplicante:

—¿Serás un hombre, verdá; serás un hombre?

—No tema osté naíta, padre de mi arma, no tema osté naíta — le repuso Bernardo con el corazón en la boca.





CAPÍTULO XXI

CÓMO SE ENCONTRÓ AGUSTÍN CON QUE
ESTABAN VERDES LAS UVAS

La comida fué un suceso: en el gallinero lloraban inconsolables, y á su manera, algunas gallinas su viudez, y algún que otro gallo su orfandad; el acosón á la orza del lomo y al saco del azúcar fueron de los que hacen época en la despensa de un humilde; los frutales del huerto habían sido despojados del fruto, y unas cuantas botellas contenían el mejor mosto que se ha bebido sobre la tierra desde que el mundo es mundo y el mar es hondo, según aseguraba el *Cantueso*, paladeándolo con dulce delectación.

La *Viñuela* había hecho prodigios: el arroz hubiera hecho poner los ojos en blanco de gusto al más descontentadizo de los huertanos de Valencia; cuatro gallos—cuatro catreales sin veletas, según el *Chamullo*, — dorados y rellenos, esparcían perfumes capaces de tentar á un difunto; las abejas buscaban un resquicio para llegar á las doradas natillas; al lado del blanquísimo queso de cabra, casi acabado de hacer, destacábanse dorados racimos de uvas refrescadas en el pozo, y junto á una enorme sandía de Adra algunos melones de los que, además del *Chato*, han hecho célebre á Benamejí.

Llegó la hora, y todos tomaron asiento alrededor de la mesa; Agustín, un tanto abstraído y grave; Dolores embragando torpemente la sonrisa, lo mismo que el zagal, que había compuesto de tal modo la cara que nada tenía que envidiarle ésta á la del *tonto de Fubrique*: cuando el mozo sentía desmayar su valor y sus músculos, posaba sus ojos en su padre, y la mirada de éste era para él á modo de

báculo fortísimo en que se apoyaba para proseguir por aquella interminable calle de la amargura.

Los *Cantuesos*, por el contrario, no cabían en sí de orgullosos y alegres; para ellos, en aquellos instantes, Agustín llenaba la creación, y lo único que dábales amargor de boca era la extraña seriedad del recién llegado.

Araceli, sentada al lado de su madre, miraba de reojo, y como temiendo ser sorprendida, á su padre; el *Chamullo* y el porquero alargaban el cuello desde la puerta, saboreando anticipadamente las ricas viandas, y los perros, sentados sobre sus patas traseras, aguardaban inmóviles y resignados las sobras del festín.

Éste duró largo rato; las preguntas al heroico militar sucedíanse sin orden ni concierto; por fin, éste tomó la palabra, lo cual hizo con ligero énfasis; la narración fué interesante y escuchada por todos con religiosa atención; la cortijera suspiraba aparatosamente, ora de gozo,

ora de pena, según las impresiones del relato.

El semblante del narrador habíase animado al recordar los hechos de armas en que tomara parte; chispeábanle los ojos, y su acento resonaba sonoro y sugestivo.

Sentíase Bernardo, oyéndole, avergonzado de su insignificancia; el señor Juan rezaba en penitencia por el despego con que hubo de tratar en tiempos pasados á aquel genio de la guerra; Dolores no perdía una frase, y el *Chamullo* seguía alargando el cuello con los ojos de par en par y la admiración pintada en el bronceado semblante.

Cuando hubo terminado Agustín, todos salieron al llano ahitos y perezosos.

Pronto empezó á languidecer la conversación; Bernardo hacía como que dormitaba: no quería ver ni las estrellas del cielo; ya tenía bastante con la procesión de servitas que se le paseaba por el alma.

Los *Cantuesos*, después de mirarse

con aire malicioso, se levantaron simultáneamente. ¡Tendrían los muchachos tantas cosas que decirse! La cortijera miró al hijo del de Casariche; no pasó para éste inadvertida la mirada; comprendió que era una orden, pero dolíale tanto dejar á solas á los prometidos, que oprimió los párpados con ira, dispuesto á no moverse, lo cual habría hecho á no decirle su padre con acento de reproche:

—Vaya, hijo, anda, y jéchale el tordo ar pasero.

Levantóse el zagal lentamente, y lentamente se alejó, mientras la señá Tomasa miraba al viejo con extraña expresión de complacencia.

—¿Qué le pasa al mozo, abuelito? Parece otro; antes estaba siempre más alegre que un guitarro, y hoy parece que está rezándole siempre á los difuntos—díjole Agustín al de Casariche.

—Er caráite es como la armendra amarga, que mientras más maúra, más rejelea.

Cuando quedaron solos Dolores y

Agustín, la primera estaba como en un potro, y el segundo sin saber cómo desplegar las guerrillas; Araceli dormía en brazos de su madre.

—Se hace preciso que hablemos de lo que más nos interesa—dijo, por fin, el descendiente de los *Cantuesos*, echándose al agua de golpe y porrazo.

—Jablemos de lo que tú quieras—repúsole, sin mirarle, Dolores.

—No puedes figurarte tú, prima de mi alma, las horas tristes que he pasado pensando en que una bala podía poner fin á mis buenos pensamientos, y dejar á ustedes sin más sombra que la que da este árbol ya sin ramas. Eso me ha hecho venir á devolverte la tranquilidad antes de proseguir peleando con la fortuna. ¿Te acuerdas de cuando yo te decía que yo no había nacido para esto? Ya ves como era verdad, cómo tenía yo razón en no resignarme á esta vida sin horizontes.

—Ya se ve que sí, que icías bien, que tenías retemuchísima razón—le repuso la huérfana con acento irónico.

—Y si tú supieras cómo me he acordado de ti siempre; siempre ha sido tu recuerdo la fuente donde yo bebía cuando me amargaba el dolor la boca; cada vez que me daban un ascenso, pensaba yo: «No paro hasta que sea general», y no pararé; quiero que vivas como una reina; que si has sufrido como uno, goces como ciento, y darte por cada hora de tristeza un siglo de felicidad.

—Muchas gracias por tus güenos propósitos, Agustín, muchas gracias.

—¡Muchas gracias! ¡Cómo lo dices! Cualquiera juraría, Dolores, que hablas con segunda y con tercera, y que estás triste, y que te suena mal lo que te digo.

—Ni estoy triste, ni me suena mal lo que tú me dices; es que er tiempo me ha puesto cavilosa, y no se limpia er campo é zarzales en un minuto.

—No creía yo que me guardases tanto rencor; ¡estaba tan loco por ti, Dolores mía!

—Lo estabas, tú lo has dicho.

—Lo estaba y lo estoy; si no fuera así, ¿hubiera yo vuelto?

—Tú no has güerto por mí; tú has venío por ti, por ti mesmo; poique, como tiées consencia, la consencia te ha rempujáo y te ha jecho venir contra tó el torrente de tu gusto: si eso que ices juera verdá, hubieras güerto á los dos años; pos antes que tantos galones y tantas cruces es esta probe niña, ya que no yo, pues yo pá mí no quería ná, ni pío ná; yo ya lo que perdí no lo gano, ni manque me vaya á un desierto á jacer penitencia.

—Si yo no he vuelto á los dos años, es por create, tanto á ti como á esa niña, una posición, para conseguir lo cual tú no sabes, tú no sabes cuántos temporales he tenido que resistir; tú no sabes lo que es la vida del soldado; pero todo lo llevába con resignación por ustedes, solamente por ustedes.

—¡Por ostedes! Por ti; poique eres una agonía que nunca arremata, poique to lo quieres pá tu presona, poique te inrrita no poer icir ar sol que mos alumbre

ó que no mos alumbre; ¡ices que tú has pasáo penas! ¿Qué penas has pasáo tú? Á ti, ¿qué te ha dolío? El cuerpo, ¿verdá? Pos á mí me ha dolío algo peor, me ha dolío el alma; á mí me desprecia to er mundo; yo, dende que tú te juiste, soy una cualquiera, á quien naide mira á la cara, á quien toito er mundo le juye; y si no hubiera sío por los tuyos, ya me hubiera tiráo con este angelico por una torrentera.

—Habrá sido una mala interpretación del deber en mí; yo pensaba que el mejor camino era el que había adoptado; pero, en fin, si hice mal, aquí me tienes dispuesto á pedirte perdón, perdón que te pido—dijo Agustín, en quien la hermosura de Dolores en aquellos instantes, con los ojos cargados de luz, encendida la tez, y la voz llena y armónica, había despertado la sed tanto tiempo adormecida.

—¡Perdonarte! ¡Ya lo estás!—repúsole la huérfana con amarga ironía.

—Gracias, Dolores—prosiguió Agustín, posando en ella sus ojos llenos de voluptuosidades.—Yo te juro que te

amo como antes te amé; que tú has llenado con tu recuerdo mis noches y mis días; que tú, únicamente tú, has sido y eres mi única aspiración; que lo mismo hoy que ayer tu hermosura me vuelve loco, y que necesito que tus ojos, esos ojos tan dulces y tan bellos, me miren, no como me miran, sino como me miraron cuando no tenía yo en el mundo más que mis sueños y tus caricias.

—Cá año no tié más que una primavera, Agustín, como no tié más que un otoño.

—Pues es preciso que florezca de nuevo el rosal, y que no me puncen tanto sus espinas.

—Eso es lo que le quéa al rosal meramente, ¡espinas!

—Yo se las sacaré una por una; yo lo cuidaré tanto, que lo veré de nuevo cubrirse de capullos.

—¿Poiqué no viniste cuando fué debío?—exclamó Dolores con ira y con dolor.

—Porque no te quiero cortijera; por-

que tú eres yo, y yo no he nacido para esto; porque quiero que el aro sea digno de la piedra; porque es mucho, pero mucho, lo que te quiero.

Y Agustín se incorporó lentamente, inclinándose sobre Dolores, con los ojos llenos de pasión y el beso en la boca.

Y Dolores se puso lívida, y miró á su alrededor asustada; Bernardo estaría observándolos seguramente; además, de ningún modo debía aceptar el beso de aquel hombre; tiempo le quedaba en que tener que soportarlo, y al pensar esto incorporóse violentamente y rehuyó brusca y decidida los labios de Agustín.

Éste palideció á su vez, enrojeció luego, lastimado en su amor propio, y dominando sus despechos, murmuró acercando su rostro al de Araceli:

—Deja que la dé un beso.

Momentos después separábase Agustín de Dolores, con el semblante contraído por la cólera y el desaliento.





CAPÍTULO XXII

LO QUE PUEDE UNA FRASE

Cuando Agustín se vió entre sábanas, desde donde podía contemplar por el entreabierto balcón un trozo de cielo tachonado de estrellas y la falda del monte cercano; cuando se encontró á solas con su pensamiento, pasada la primera impresión del despego de Dolores, dedicóse á poner en orden sus ideas, á coordinarlas debidamente, á someterlas á la disciplina; ¡pero que si quieres! Era su cerebro una colmena en rebelión; la actitud de su prometida la más honda de sus preocupaciones; ¡vaya si estaba durilla de roer la zagala! ¡Y vaya si sabía

explicarse! No esperaba él por cierto tal acogida por parte de ella; no por cierto, no había motivo para tanto; verdad era que había caminado lentamente, pero siempre lo había hecho por el buen camino.

¡Y cuidado que estaba hermosa la *Viñuela!* El dominio que ésta un tiempo ejerciera sobre él había brotado de nuevo; habíase sentido otra vez anegado por la misma ardiente ola que lo inundara años atrás; el deber se le presentaba vestido con túnica de brocado; el recuerdo de la criolla no osaba casi mostrar su vaporosa silueta en su imaginación; hasta en el lenguaje tosco de Dolores encontraba indefinibles encantos; era preciso, indispensable, reanimar en ella el fuego sobre el cual el tiempo había hacinado tantas y tantas cenizas.

Cuando á la mañana siguiente abrió los ojos, el sol bañaba por completo el aposento.

Bernardo había despertado á las alondras; la noche había sido para él de las

que hacen blanquear el pelo; su mirada sombría, sus profundas ojeras y su aire acansinado hubo de llamar la atención de la señá Tomasa, que le preguntó, aunque con acento lleno de acritud:

—¿Estás malo?

—Un poquillo—repuso el mozo.

La cortijera, que no podía sustraerse del todo al afecto que profesaba al zagal —á quien casi, como ya saben nuestros lectores, había servido de madre—le dijo dulcificando el acento:

—Entonces hoy no se trabaja; eso será que anoche te atracarías mucho; aspérate y te jaré una taza é colicosa.

—No sá menester, no es ná; me voy ar pasero.

—Déjalo pá mañana ú pá otro día ú pá el año que viene; primero es er sarmiento que la pámpana.

—No puée ser; er fruto ya está güeno, y hay que alistar las cajas del señor Arcarde.

Y Bernardo se dirigió hacia el pasero, y poco después conducía al llano, en los

zazos de caña hechos por él, los mejores racimos de la escasísima cosecha.

Ya de vuelta, en el llano, colocó el fruto sobre algunos costales vacíos, sacó las cajas que había de llenar, y entregóse al trabajo con verdadero ahinco.

Sentado en tierra, con las cajas delante de sí, y después de formado el cordón, colocando las pasas por parejas en el fondo de la caja, cogió el primer racimo con la mano izquierda, lo puso en alto, miróle como hombre inteligente, y con femenino delicadeza, y sin que—como los maestros de la profesión disponen—sus dedos tocasen al grano, dió comienzo á la entretenida labor.

Las tijeras eran manejadas por él con admirable soltura; el grano indigno de figurar en el racimo, la pobre *gandinga*, sufría la necesaria amputación, cayendo en otra caja de más humildes pretensiones.

Ya estaban los *zazos* cubiertos de racimos que parecían contrahechos, sin que la aterciopelada película del grano hu-

biera perdido un átomo del polvo que la cubre y avalora, cuando Araceli apareció en la puerta del lagar, y dirigióse rápida con los brazos abiertos hacia el mozo.

Éste soltó las tijeras y la recibió en los suyos; tenía ansias de oprimir contra su pecho algo íntimo de Dolores, y la muchacha tuvo que aguantar sus caricias, lo cual hizo con la más buena voluntad del mundo, y golpeándole cariñosamente la cara al mismo tiempo, y tirándole del pelo, y llenándolo de saliva.

El trabajo hubo de sufrir una larga interrupción; Bernardo no puso fin á sus halagos hasta ver aparecer á la *Viñuela* en la puerta del cortijo.

—Güenos días—dijo Dolores al zagal con acento afable, al par que arrojaba sobre él una mirada de melancólica ternura.

—Güenos mos lo dé Dios, que farta mos jace—repúsole éste con voz trémula, al mismo tiempo que sentaba sobre sus rodillas á Araceli.

La *Viñuela* tenía también en el sem-

blante algo de lo que le hervía en el pecho; no se apartaban de su imaginación los dos rivales; éstos seguían, como siempre, dentro de su alma, disputándose su posesión, y lo peor era que Bernardo iba ganando terreno; era el que menos armas tenía, el más débil, el más humilde, el de menos derecho; luego, Agustín, en vez de resucitar en ella dormidas ternuras, sólo había logrado volver á abrir antiguas cicatrices; ella, buscando algo con que justificarse ante sí misma, había pensado cosas que antes no se le habían ocurrido siquiera; él debía, efectivamente, haber regresado al terminar el tiempo de servicio obligatorio á enmendar la falta cometida, ¡qué falta! la traición llevada á cabo; sí, traición, y traición infame; ella nunca había dado al olvido sus deberes; ella se había dormido virgen y despertaba madre; aquello fué un sueño, pero un sueño que la ataba á un yugo que tenía que soportar como el presidiario el grillete; de no haber ocurrido aquello ella sería libre como los

pajaritos del campo, y podría posarse á sus antojos en la rama que más fuera de su gusto.

Al asomarse á la puerta y ver á Bernardo, ocurrióle lo que nunca con él: se le matizaron de púrpura las mejillas; hizo un esfuerzo por disimular su turbación, y sentóse en la puerta.

Araceli, al verla, corrió á su madre, que la sentó en sus faldas después de besarla en la frente.

En aquel instante la cortijera, con una taza humeante en la mano, dirigióse á Bernardo, diciéndole:

—Tómate eso; á ver si te se arregla el cuerpo.

Dolores miró con inquietud al zagal; y cuando éste hubo apurado el contenido de la taza, y la señá Tomasa regresado á la cocina, le preguntó al primero:

—¿Qué es lo que tiées tú, Bernardo?

—Ná, que anoche comí mucho, y ya se ve, me sentó malamente.

—Pos si comiste lo mesmito que un gorrión.

—Tú anoche no estabas güena de los ojos, Dolores, y no me viste, ¡vaya si comí! ¡Pos si tengo comía pá una eterniá!

—¡Y pá dos eterniáes si es tu gusto! Pero á mí me pareció que habías comío poco. Y ¿qué es lo que te duele?

«El corazón», iba á exclamar Bernardo, dejándose llevar por la corriente; pero la voluntad echó el resto, y tras algunos instantes de vacilaciones dijo, al par que colocaba un racimo en el fondo de la caja:

—El ricuerdo de mi madre y er de tóos mis defuntos; ¿te parece poco?

—Estás conmigo como nunca, Bernardo; como nunca.

—Es que yo anoche le eché la de vámonos; y como quiera que no está acostumbráo á que yo le pestañee, el mozo se ha díó por las nubes—dijo el tío Salustiano, apareciendo en la puerta.

—¿Y qué jué lo que jizo éste anoche?

—No cumplir con su obligación como es debío; dejar las bestias careando solas,

y largarse á la venta á tener un rato de hablaurías con *Anselmo er Currinchela*.

Bernardo miró á su padre con extraña expresión, y Dolores exclamó con aire pensativo:

—Güeno; pos pelillos á la mar, poique la cosa no merece ni que se ajunten las cejas.

Y diciendo esto, se levantó y metióse dentro de la casa á continuar los comen-zados quehaceres.

*
* *

Cuando se levantó Agustín, aspiró con deleite las emanaciones de la montaña; el golpe de vista que divisábase desde el balcón, despertó en él dulces remem-branzas; eran los mismos que viera en su niñez los olivos y almendros de las lade-ras próximas, el cuadro de vides que ver-degueaba en la loma y los copudos algar-robos, cuyo ramaje hacía ondular el viento en las escuetas cumbres.

—Buenos días, Bernardo—gritó al mozo, que á la sombra de uno de los frondosos almecinos inmediatos á la casa proseguía arreglando el fruto del pasero.

Suspendió Bernardo la tarea para contestar á Agustín, lo cual hizo transportando desde donde no sabemos, hasta sus labios, una ligera sonrisa.

La señá Tomasa, al sentir la voz de su hijo, se dirigió á la habitación de este llevando una imponente jícara de chocolate y unos bollos, obra maestra de la *Vinuela*.

Después de aguantar Agustín los besos y achuchones de rigor, dijo á su madre, haciéndola sentarse á su lado:

—¿Quiere usted que hablemos un minuto?

—Y tó lo que resta de hogaño, y la mitá y la otra mitá tamién der que viene.

—Bueno; pues, en primer lugar, dígame usted si Dolores está lista del todo para que vayamos á la iglesia.

—¡Gandul! ¡Cómo pá darle gusto á

tu presona no lo eres! Ya se ve que sí, que está lista del to pá cuando te dé la gana.

—Es que lo que tengo de licencia son tres meses, y no es cosa de casarse en la escala del vapor.

—¿Pero, es de verdá que tiées tanta priesa pa irte?

—¡Y tanta! por eso necesito que usted me diga los pasos que tengo que dar.

—Uno alante.

—¿Y hace falta algo?

—Cá, pos si con lo que tú has mandáo tié ella más vestíos que casullas el Obispo; pero ella no sabe ni jota de esto: se los he mandáo yo jacer de contrabando; poi-que ahí aonde tú la ves tan mansica, tié más orgullo que don Rodrigo en la jorca, y no quiée de ti ni un soplo en un ojo jasta que estéis como Dios manda.

—Sí que es orgullosa, más de lo que debe.

—¿Y anoche, qué? ¡Buen palizón sus disteis!

—No tal, está enfadada conmigo; pero

ya haré yo que se le quite el enfado. Ahora hablaré con ella de nuevo.

Cuando bajó Agustín, ya Dolores sabía que éste iba á hablarle; habíaselo dicho la cortijera.

—Dios te bendiga—díjole el oficial, sentándose familiarmente á su lado.

Ella le contempló con extrañeza; creíale disgustado por el desplante de la noche anterior, y le hizo poca gracia la expresión acariciadora y risueña de su rostro.

Agustín adivinó la causa de su extrañeza, y le dijo con voz llena de plácidas gradaciones:

—Te sorprende que no esté enfadado contigo, ¿verdad? ¡Qué quieres! Lo estuve anoche, pero ya pasó; lo que me dijiste fué poco grato para mí: tus palabras tuvieron filos y puntas; no obstante, en algo tenías y tienes razón mirando mi conducta desde tu sitio; tal vez yo debí regresar á los dos años, pero en ese tiempo era yo sargento segundo; ¿qué porvenir podía yo ofrecerte? Yo quiero para ti

el paraíso en este mundo, y en el otro la gloria; yo quiero que todos los que forman mi piña sean felices; yo quiero poner velas de terciopelo á mi barco; pero para conseguir esto, necesito subir algunos peldaños más; yo, si no hubiera sido por ti y por nuestra Araceli, estaría en la manigua, donde, si es cierto que llueven balas, es cierto que también de cuando en cuando llueven galones; pero yo te llevaba dentro de mí, y cuando me vi lo que soy, cuando comprendí que regresando podías tu reirte de la miseria, que aunque á mí me hicieran pedazos tú no tendrías que mendigar de puerta en puerta; desde que todo esto se me agolpó á la imaginación, no vivía, y cada matajo se me antojaba un insurrecto, y cada insurrecto una compañía, y cada compañía una manada de lobos. Anoche, ¿á qué negártelo? cuando me separé de ti llevaba dentro un tigre; pero luego la reflexión maniató á la fiera, y ya estoy completamente tranquilo, y tú, tú también estás más serena, menos irritada, ¿verdad, Dolores, Dolores mía?

Ésta, con los ojos bajos y la respiración anhelosa, había escuchado á su primo sin despegar los labios; no esperaba ella verse combatida con tales armas. ¿Cómo defenderse de la hablada caricia? ¿Qué contestar á aquel hombre, que, dejando aparte derechos adquiridos, utilizaba para con ella tan sólo la persuasión y la súplica?

—Vamos—siguió diciéndole Agustín, —no me guardes rencores, no los merezco; además no son dignos de ti; tu alma es hermosa y es buena, y el rencor es un gusano que anida solamente en el mal fruto; no me atormentes más, Dolores; que desaparezcan ya los enojos de tu mirada, y vuélveme el tesoro de ternuras que te dejé en depósito; fué un depósito sagrado que puse en ti; tu corazón es, debe, tiene que ser mío todo entero, como el mío te pertenece todo entero también.

—¡Cuántas cosas has aprendido dende que te aseparaste de nuestra vera!—exclamó Dolores con voz sorda.

—La verdad no se aprende: se oculta, ó no se oculta: pero hablemos de lo que más nos interesa; es preciso llegar al fin cuanto antes; ya se lo he indicado á mi madre; ¡no me llamarás ahora perezoso! Quiero que se mueran de envidia todos los buenos mozos de los Verdiales antes de quince días.

—¡Tan pronto!—exclamó Dolores sin poder contenerse, y mirando con temor, con angustia, con terrible zozobra á Agustín.

Éste sintió algo helado que le caía en las venas; aquellas frases habían brotado de labios de Dolores como una rebelión, como una dolorosa protesta.

—Si te parece pronto, elige tú el día que más te plazca—repúsole con acento glacial.

—No, yo no; el que tú quieras—balbuceó Dolores asustada de sí misma.

Ya era tarde: ya el soldado llevaba hundido el aceradísimo dardo en mitad del corazón.





CAPÍTULO XXIII

LUCHAS DEL ALMA

Cuando, llegada la hora del almuerzo, reuniéronse todos alrededor de la mesa, tanto la seña Tomasa como su marido hubieron de extrañarse de la seriedad de los muchachos, sobre todo de Agustín, el cual, más que en familia, parecía estar frente á un reducto del enemigo.

Dolores y Bernardo tenían en la cara un reflejo de las negruras que llevaban dentro, y el tío Salustiano pensaba en que aquello no podía seguir de aquel modo; en que si le apretaba más las clavijas al guitarro podía saltar uno de

los bordones, y en que si el chaval perdía los estribos iba á sonar el trompetazo en la vega.

El señor Juan, ante aquel poco grato golpe de vista, rascóse, como solía hacer desde casi antes que viniera al mundo, la cabeza, y dijo á la seña Tomasa:

—Dáca la escopeta, compañerilla, que le voy á pegar un tiro.

La cortijera abrió desmesuradamente los ojos y preguntóle alarmada:

—¿Á quién vas á matar, condenáo?

—Á la bicha, que tiée que andar por aquí; ¿no ves qué caras? Son capaces de encogerle er corazón á cualisquiera.

—Tiées razón, Juan; paéce que entre mosotros anda el enemigo, y va á ser menester jecharle agua bendita en la molllera.

—Ésta va á ser la que va á quitar la presa ar molino, y er que más y er que menos va á tener que salir nadando— pensó sombríamente el de Casariche.

Agustín luchó por hacerse superior á sus preocupaciones; estaba convencidí-

simo del desamor de Dolores; tenía que recuperar el terreno perdido, que luchar contra el peor de los adversarios, contra la indiferencia. ¿Y para sufrir tal decepción había abandonado el campo de la lucha? ¿Aquél era el galardón de su sacrificio? Sí, de su sacrificio; él, para regresar, había tenido que echar fuera de su corazón á Esperanza, á aquella mujer que era una tentación hermosísima, para abrírselo de par en par á Dolores; él cumpliría con su deber, pero sentíase profundamente lastimado, seguía haciendo daño en el alma la protesta con que había sido acogida su amantísima proposición.

Apenas había terminado el almuerzo cuando empezaron á llegar, jinetes en sendos mulos, algunos amigos de la familia; la noticia del regreso de Agustín había cundido por los contornos, y, quién por afecto, quién por curiosidad, quién por cortesía, al llegar la tarde estaba en el llano la nata y flor de los prohombres del partido, entre los cuales destacábase

don Salvador, con los ojos aún húmedos por el llanto que le hiciera derramar el aparatoso abrazo con que dió la bienvenida al más heroico de sus discípulos.

Bernardo habíase trasladado con todos los bártulos al interior de la casa á proseguir su faena, y allí fueron á saludarle los recién llegados, los cuales, al ver su cara de pocos amigos, no se atrevieron á soltarle ninguna de las muchas cosas que habían pensado decirle.

—Cómo se conoce, camará, que se le ha indigestáo el tiniente—dijo Antonio *el Manchao* á Juan *el Chiripero* en voz baja.

—Son muchos galones pá comérselos tóos de una sentá.

—Y á Dolores no se la ven los jarapos.

—Estará rezándole á Santa Rita.

—No le arriendo las ganancias á Agustín; y, ¡cudiáo que er probe ha güerto con mal encare! ¡Parece gomitáo!

—¡Qué Dios! ¡Como que habrá tenío el gómito!

—Pos veremos á ver cómo ha güerto

de vista; si se casa, es que tiée gota serena.

—Ó que se tapa los ojos con dambas manos.

La presencia del señor Juan, hizo que aquellas dos buenas personas pusieran punto final al edificante diálogo.

Dolores estaba en su habitación; no quería ver ni oír á nadie; sentíase ya medio loca; ella no podía ni debía casarse: sería, hacerlo, una infamia; desde que estaba Agustín en el cortijo, desde que sabía que iba forzosamente á pertenecerle, y que no podía rechazar el yugo sin descubrir sus harapos, el amor, hasta entonces en gestación, hacia el zagal, había roto la ninfa, y consumíala toda entera con sus olas de fuego.

Ella no podía jurar fe á otro hombre que no fuera Bernardo; aquel juramento no podía Dios consentirlo. Pero, ¿y si no se casaba con Agustín? Si saltando por todos los diques negábase á llevar á cabo el cruento sacrificio, entonces tendría que colgarse al pecho el sambenito de

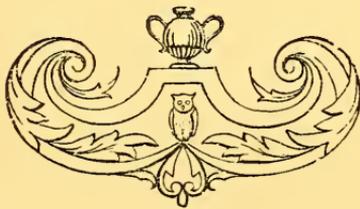
la mujer prostituída; lo que hasta entonces no había dejado de ser infame calumia dejaría de serlo; tendría que abandonar el honrado recinto y á los nobles ancianos, de los que era savia del corazón.

Luego llegaría un tiempo en que Araceli la interrogaría con sus ojos azules, pediríale cuenta de su conducta, le preguntaría por su padre, y tendría que inclinarse ante ella, avergonzada, la frente.

Sintió la *Viñuela*, pensando en cosas tan tristes, que se le iba la razón; oprimióse rabiosamente las sienes, y hubo un momento en que se atirantaron sus músculos, en que la sangre se agolpó á su cerebro; pero la tempestad se deshizo generosamente en lágrimas, y, mientras Agustín daba una tregua á sus amargas meditaciones entre sus antiguos camaradas, y Bernardo aplastaba delicadamente el grano, entre el índice y el pulgar, para colocarlo con el mayor primor en el fondo de la caja, y cada cual mataba el rato á su manera, ella, con el pelo en desor-

den, jadeante y convulsa, rompió en ahogados sollozos, y con voz sorda, tris-tísima, llena de juveniles inflexiones, vol-viendo el pensamiento á su niñez, recor-dando á la única que en aquellos instan-tes hubiera podido destilar una gota de bálsamo en su pecho, tapándose la boca con las crispadas manos:

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre mía de mi corazón!—murmuró afónica y desespe-rada.





CAPÍTULO XXIV .

COMO AGUSTÍN EMPIEZA Á VER CLARO

Agustín fué á Almogía; no llevaba más objeto que alejarse del lagar para poder medir mejor, distante de la escena, la situación en que la pícara suerte lo había colocado; ya en el pueblo, todo cuanto éste encerraba por aquel entonces de campanillas congregóse en torno suyo, desde el señor alcalde, que hubiera dado tres y raya al imperecedero de Móstoles, hasta el más humilde de los hacendados de la tan famosa villa.

Tuvo que resistir Villarrubia casi todo un ataque de apretones de manos y de

vigorous achuchones; pero acreditados una vez más para con él de cariñosos y robustos sus antiguos compañeros, pudo hacer la procesión del niño perdido y guarecerse en la posada del tío *Musarrañas*.

Éste, al verle llegar desde la puerta de la calle, donde ajustaba no sabemos qué cuentas valiéndose de los dedos de ambas manos, se adelantó á recibirlo, cuadrándose cómica y respetuosamente.

—Venga con Dios su mercé, el gran capitán del partío — dijo con voz zalamera.

—Aquí no hay más mercedes que las que usted quiera otorgarme, tío *Musarrañas*.

—¡Ay, Agustínico, y cómo le diste el pego á toíto er mundo, y qué cosas más grandes pasan! ¿Quién creyera que tú te ibas á subir tan de sopetón á la bolina! Pero pasa, hombre, pasa. ¡Vaya un mozo templáo! Pasa y asiéntate una miaja, que siempre hubo probes y ricos.

La presencia de Agustín había hecho

levantarse á la adormilada arriería, que le puso apretadísimo cerco.

—Lo primero, tío *Musarañas*, que yo quisiera agradecerle á usted, sería un catre donde dormir la siesta.

—Ahora mesmito; pá ti tengo yo lo mejor de mi casa, y lo que no tenga lo robo ó lo frabico, ó lo pío á préstamo.

Cuando Agustín se vió á solas con el posadero en la mejor habitación de la posada, tumbóse, en mangas de camisa, en el relativamente cómodo lecho.

—Vamos, abuelito—dijo al tío *Musarañas*, que parecía no tener mucha prisa por irse, —usted, que seguirá siendo la gacetilla del pueblo, cuénteme usted lo que yo no sepa, ó dígame usted algún acertijo.

—¿Qué quiées que te cuente? —repúsole el viejo mirándole con maliciosa fijeza. —¿Qué quiées que te cuente, sino que esto está más malo que un dolor, que tóos los probes vamos á concluir con un trapo atrás y otro alante, que er día menos pensao van á ponernos con-

tribución por er metal de la voz, y jasta por llevar antiparras los que sean cortos de vista.

—¿Y el negocio, cómo anda?

—Como los cangrejos, arreculando; aquí ya no se come más que er día der Corpus ó antes, si se espera peligro e muerte; los *inglis* deben nacer ahora sin cabeza casi tóos, poique no píen chascalles. Dios anda emperraete en jacer yesca er campo, y de seguir asina vamos á rematar como er gallo de Morón, ó como la torre de Teba.

—Vamos, abuelito, que aprieta usted más que un torno. ¿Y el cortijo de la *Esperanza*?

—Ya no es ni esperanza tan siquiera; aquello es un cimiterio, donde están enterráos los cuatro chavicos que gané con suóres de muerte, y tan jondo los enterré y con tan güena voluntá, que san díó por el otro láo.

—Pues, mire usted, aunque se ponga usted en cruz en mitad del camino á decir eso, no lo creen.

—Y ¿quién va á jacer caso e la mormuración de los irnorantes? Hay gente que debía arder como rastrojos; y á propósito e mormuración: ¿vas, por fin, á casarte con tu prima?

—Eso dicen — repúsole Agustín, con acento desabrido.

El tío *Musarañas* empezó á darle vueltas y más vueltas al sombrero, á mirarle el sitio donde en tiempos ya remotos luciera la correspondiente badana, y, tras algunos instantes de vacilación, dijo:

—¡Güena mujer está la jembra! Mozo hay que daría los ojos e su cara por ser el hijo de tu madre; y si no te la han ganáo, no ha sío poi que no haigan puesto los esparticos.

—Hombre, y ¿quién ha sido el que se ha metido en tales trabajeras?—preguntó Agustín con tono que quiso hacer chancero.

—¿Y pá qué lo quiées saber tú, si manque yo te lo diga tú no vas á matar tórtolas con trabucos?

—Pero ¿quién ha sido ese buen amigo?

— Una mujersilla cuasi, y sin cuasi tamién; uno que, cuando se esengañó, y vió que pá él estaba la tierra en barbecho, empezó á darle á la lengua más acharáo que un tiro, y le alevantó á tu moza un farzo testimonio; pero no tengas tú cudiáo: que si hubo pique hubo tamién repique, y er que se arrimó á tu coto no se guerve á arrimar tan y mientras se le encoja el párpao.

—Hágame usted el favor de hablar clarito, que yo me entere —dijo Agustín, que desde los comienzos del relato estaba incorporado nerviosamente en la cama.

—¿Más claro entoavía? Pos di tú que sa menester que te metan las sopas con cucharas y cucharones.

—Bueno, sí; más claro, abuelo, más claro. ¿Qué fué lo que pasó?

—Pos ná, no te soliviantes; no pasó más sino que aquí hay un mocito mu pinturero que se aterminó á cantarle á tu Dolores una siguirilla gitana, y á tu Dolores no le sonó bien el jipío, y le dió una gofetá sin mano más grande que

un terremoto; y Bernardo, que hubo de enterarse, tomó la cosa á pechos, y, como es mu arriscáo y mu vivo, se arrimó ar sujeto y se le acabaron á éste las pinturas y la fantesía, y jasta la manera de andar.

Agustín escuchaba al viejo con avidez; sus palabras iban como despertándole de un letargo.

—¿Y qué más, abuelo, y qué más?— le preguntó impaciente y sombrío.

—Pos ná, que el mozo pinturero, pá vengarse del palizón, jechó tinta en el agüita clara; pero, en fin, eso ya pasó.

—Pero ¿qué fué lo que dijo el mocito pinturero?—exclamó Agustín con el semblante demudado.

—¿Á ti qué te importa? te ripito: si naide lo creyó; si tu jembra tiée su base mu bien sentá, y á Bernardo le güele er corazón á jazmines y á albahaca.

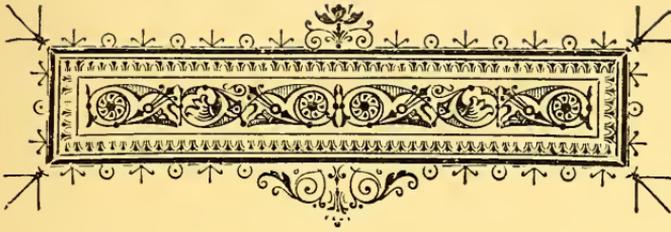
Una exclamación sorda acogió las frases del tío *Musarañas*; un rayo de luz había iluminado de pronto el cerebro de Agustín.

—Déjeme usted solo, abuelo, déjeme usted solo, que voy á descansar un rato —dijo éste al viejo con voz insegura y emocionada.

El tío *Musarañas* salió arrepentido de su locuacidad y murmurando:

—Las palabras son como las guindas, y er que mucho jabla mucho yerra, y en boca cerrá no entran moscas; y si por bruto se ganaran dátiles, sería yo, sin que hubiera pleito, la mejor parmera de to el partío.





CAPÍTULO XXV

EMPIEZA EL TORRENTE Á REBASAR EL DIQUE

Cuando Bernardo vió á Agustín dirigirse hacia Almogía, dejó escapar un profundo suspiro de satisfacción; parecióle que le aflojaban el cordel puesto á la garganta, y se dirigió rápidamente hacia el cortijo.

Desde la llegada de aquél apenas si había cambiado con Dolores alguna que otra frase, y se moría de ganas de acercarse á ella.

Reflejábanse en el rostro de la *Viñuela* aquellas horitas de angustias que estaba pasando, aquellas dos olas contrarias que

rompían en su corazón; sus ojos, cansados de ver nubes y relámpagos, parecían adormecidos; anchos tintes violáceos los circundaban; su tez estaba descolorida y sus movimientos llenos de laxitud y abandono.

Cuando la mañana á que nos referimos hubo partido Agustín con dirección al pueblo, dijo la cortijera á Dolores con tono de irónico reproche:

—Yo ya estoy convencida de que tengo turbios los cristales de los ojos; y si no, acierta cómo te estoy viendo ahora mesmito.

—Con barba corría — repúsole la zagala con voz desapacible.

La señá Tomasa, ante aquella contestación, recogió rizos á las velas; era, sin duda, preciso andarse con pies de plomo; aquello iba por malos derroteros; estaba ya casi tan claro como el agua lo que había en el fondo de aquellos desplantes; Bernardo y Dolores se amaban sin duda, y gracias á que la muchacha era de oro de ley, y el zagal de ley también y de oro,

no habían pasado las cosas á mayores.

Podía ser también que estuviera equivocada; pero, por sí ó por no, lo mejor era que se casasen pronto y se fuera el matrimonio del lagar más pronto todavía; porque cantar claro y darle un tiro-nazo á la manta sería peor que pegar fuego al partido.

Cuando Agustín y Dolores dieran el voletón, ya se le pasaría, si era verdad, el sinvivir al mozo y buscaría éste un consuelo en Rosita la de los López, que estaba ardiendo por él desde la punta del pelo hasta la punta del zapato.

Cuando el zagal, después de perder de vista á Agustín, penetró en la casa, Dolores encendía el fogón, y los viejos andaban por las alturas del edificio.

Sentóse Bernardo en el poyo silenciosamente, mientras Dolores seguía al lado del fuego sin volver la cara.

—Dolores— dijo, por fin, con acento querrelloso el zagal,—¿en qué parte de tu divina presona te jice yo daño sin querer, que ni mirarme quiées tan siquiera?

—¿Y poiqué me preguntas tú eso?

—Poiqué ha de ser; poi que dende que vinieron las golondrinas ya no sirven los gorriones pa mardita la cosa.

—¡Probetico mío, y con cuánta voluntá has pisáo esta mañana la hierba de la tontuna!

—Tú podrás icir lo que quieras, pero lo que yo te he dicho es el Evangelio é la misa.

—Tú estás ensoñando.

—Tú lo has dicho; pero ya no es un ensueño, sino una pesailla mu grande y mu triste.

—Pos espierta, Bernardo, espierta y abre los ojos, y éjate de soñares; miá que sa menester mirar más lejos que arcanza la vista.

—Ya lo sé, Dolores, ya lo sé; por algo tengo yo el corazón jecho peázos; á mí me ha pasáo lo que ice la copla.

—Y ¿qué ice la copla?

—La copla ice:

Yo ensoñaba que tenía
pá mí un rosal en el huerto,

y al despertar me he jalláo
que mi rosal no lo encuentro.

—Ese rosal será Rosita, ¿verdá?

—Sí, Rosita. ¡Dejuro que es Rosita!—
repúsole Bernardo con voz apagada.

—Pos si es ella, ¿á ti quién te achica
el ánimo? Si esa moza no ve más que
por tus ojos, y por ti un día sí y otro no
le cae tiricia.

—Es que esa Rosita que tú ices es un
ala e mi corazón, y se la van á llevar er
día que menos se piense; y si se la llevan
¡ay Dolores!, si se la llevan, que me va-
yan jaciendo ya la seportura.

—No será tanto; una miajita menos.

—Más y no menos, Dolores, más y
no menos, si tú te aterminas á ver lo
que á mí me está pasando.

—Vete ya y éjate de hablaurías; mía
que er que está jablando no eres tú.

—Sí, soy yo, yo, Dolores; yo, que
estoy agonizando por Rosita, lo entien-
des tú, agonizando; y tengo entro e mí
un río e lágrimas, y ya me vá fartando
jasta el aire que respiro y jasta er sol que

mos caliente, y lo más peor de to es que hay necesiá de coserse la boca y de morirse como un perrito sin que me cierren tan siquiera los ojos las manitas santas de la jembra que es mi martirio.

Y la voz de Bernardo era dulce, trémula, apenadora; su mirada fulgía triste y suplicante, y su respiración era entrecortada y desigual.

Dolores iba sintiendo algo como un principio de embriaguez, algo que la atosigaba, que le encendía la sangre y le llenaba la cabeza de vaguedades dulcísimas.

—Miá, Bernardo—díjole con voz insegura—vete por ahí á que te dé el relente y éjame ya; éjame ya, que yo no quiéo saber lo que á ti te pasa: eso se lo ices á Rosita, á ella, sí, á ella; con que vete ya por lo que tú más quieras en er mundo.

—Ya me voy; jaces bien en icirme que me vaya; ¿á ti qué te importa ya que á mí me piquen víboras y alacranes? ¿Quién soy yo? Un cualquiera; un es-

graciáo; una piedra que se tira ar balate pá que no estorbe en er camino.

—Pero ¿qué es lo que tú estás iciendo?
—repúsole la huérfana, queriendo hacerse superior á sus emociones. — ¿Qué es lo que tú me ices? Ni tú eres una piedra, ni tú le estorbas pá ná á naide, y menos á mí; si to eso es ar revés, si á mi vera, como á un hermano, quisiera yo tenerte tóa la vía y cien años más.

—Tiées razón, mucha razón, Dolores; perdona y no te enfáes.

—Si yo no me enfáo; si es que no te entiendo, ni te quiéo entender.

—Mejor; asina, ojos que no ven corazón no quiebran, y yo tampoco quiéo que te enteres ahora ni nunca; mosotros semos dos caminantes que se trompezaron por casolidá en la veréa, y entro é poco dirás tú «si te he visto no ricuerdo», y á vivir, que pá eso er mundo es mu grande. Y ¿qué le importa ar que bebe en la fuente de la feliciá lo que beben ó lo que no beben los esmamparaítos é la fortuna?

—No seas malo, no tengas mala intención, no me arregüervas las entrañas, no me arrempujes; Bernardo, no me arrempujes, miá que yo tamién paézco e la vista y se me ponen nubes en los cristales de los ojos y..... vete y éjame ya; éjame ya por los clavos é Cristo.

—Sí, ya te deajo, ya me voy.

Y esto lo dijo el zagal casi con el corazón encogido, y, levantándose, se dirigió hacia la puerta con paso lento y el semblante lleno de dolorosas y casi grotescas contracciones.

Dolores, al verle alejarse de aquel modo, tras un instante de vacilación y de mirar con susto á todos lados, dirigióse á él, le cogió por un brazo con mano crispada, lo contempló con pasión, con rabia, con angustia, y le dijo con voz lenta, opaca, vibrante, como si quisiera clavarle en el alma lo que le decía:

—Rosa, la Rosa por quien tú ices que te mueres, se está muriendo tamién, sí, muriendo, ¿sabes? Pero antes que tú y que ella están los angelitos er cielo y lo

que Dios manda que sea; y lo que Dios manda que sea es que tú no la güervas á mirar á la cara, poique lo primero es lo primero; y si es verdá que tú la quieres tanto, y que eres güeno y leal, jecha por otros carriles, Bernardo, jecha por otros carriles; miá que Rosita tamién tiée sangre en las venas y un martillo en er pecho, y á Rosita le van fartando unas cosas güenas y sobrándole otras malas, y antes de jacer una perrá se tira por un precepicio, ó se mete un escope-tazo, ó se arranca er mardecío corazón y se lo jecha á los perros.

Y al decir esto, la voz de Dolores vibraba sorda, colérica, desesperada.

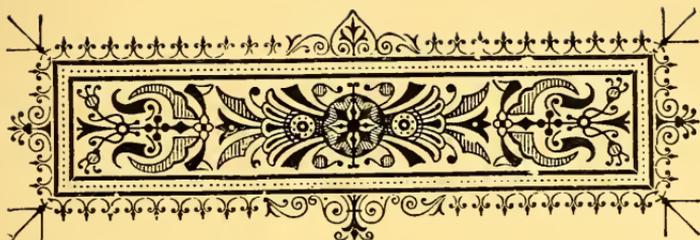
El mozo la contempló con profunda sorpresa, con delirante alegría, y fué á contestarle; pero en el momento aquel sintióse la voz de la señá Tomasa, que le decía á la huérfana:

—Sube, Dolores, que te llama tu Araceli.

Y Dolores, separándose bruscamente de Bernardo, se dirigió en busca de su

hija, arrepentida ya de haber dejado salir una chispa del incendio, del terrible incendio en que se abrasaba.





CAPÍTULO XXVI

CÓMO EL TÍO «JUANILLÓN» DIÓ REMATE
Á LA OBRA DEL TÍO «MUSARAÑAS»

Cuando Agustín, al declinar la tarde, se vió de nuevo jinete en el enjaezado mulo, en mitad de la carretera, iba echando chispas; las frases del tío *Musarañas* repercutíanle en el alma de un modo lúgubre; el viejo habíale arrancado la venda, y puesto ante sus ojos la realidad, la triste realidad; la actitud de Dolores y de Bernardo ya no era un misterio para él. ¡Cuán torpe anduvo en no adivinarlo desde el primer instante!

Al pensar en aquello, al leer de corrido en aquel momento las antes indescifrables páginas de su desventura, el amor hacia la huérfana, situado hasta entonces en los dinteles de su corazón, habíasele metido en él á sangre y fuego, robustecido por el despecho y el orgullo.

Desde el lugar en que la suerte lo había colocado, empezó á pensar Agustín en la solución del terrible problema; ¡cómo iba á cumplir su juramento! El amor de Bernardo y Dolores—si era cierto—sería para él un padrón infame; quién sabía si ya el honor estaba á los pies del deseo; no, él no podía dar á aquella mujer su nombre; la duda iba hundiendo en él cada vez más su implacable garra; el dilema era horrible; si torturándose las entrañas y ensoberbecido por los celos ponía á salvo su honra amenazada, su hija, aquella niña sin nombre, que era suya, quedábase á merced de los vientos y de las negras olas del infortunio; cómo él no podía contar

á todo el mundo su desdicha, todo el mundo le pondría la ceniza en la frente; además tendría para justificarse con sus padres que ponerles ante los ojos la liviandad de la huérfana y la villanía de Bernardo, que amargarles sus últimas horas, y sobrevendría el desquiciamiento de aquel hogar, antes honrado y tranquilo, y el alejamiento de los culpables, y el abandono y el desamparo moral para los viejos, para los pobres viejos, para los verdaderamente amantes y amados con todo el alma.

Si, por el contrario, parapetándose en la esperanza de que la infamia no se hubiera cometido, él llevaba al altar...., pero no, imposible; sólo de pensarlo, de pensarlo tan sólo se crispaban sus músculos, y un borbotón de sangre le inundaba el cerebro; ahogábase en aquel charco de perfidias en que se hundía cada vez más; ¿por qué abandonó la guerra? la guerra, donde cada compañero es un hermano, por el hogar donde en aquella ocasión el hermano—porque

como á tal considerara un tiempo al mozo—habíase convertido en serpiente envenenándole su paraíso.

—Ten cudiáo; miá que er mulo te va á mandar ar Górgota; miá que está mu resabiáo—díjole al verle aproximarse el ventero de las *Palomas*.

—¡Hola, tío *Juanillón*! Déme usted un vaso del seco, ó de aguardiente, ó de espíritu de vino.

—Pá ti tengo un barril que no lo he quería cambiar por una torre é plata.

Y'diciendo esto, penetró el ventero en el edificio, saliendo á poco con dos *cállices*, que eran dos pilas de bautismo.

—¿Y qué es lo que tu tiées, güen mozo? ¿Poiqué te jíé hoy el aliento?

—Por nada, tío *Juanillón*; aburrido que estoy.

—Pos lo que es tú no tiées motivo más que pá cantar jabras y serranas, y darte cuatro pataítas cuando se te arboroten los *pinreles*. ¡Camará, pos si cuando á ti te den ganas de esperezarte, llegarás ar cielo con el morro!

—Es que usted á mí me mira con cristales de aumento.

—Lo que tú quieras, hombre, lo que tú quieras; por eso mosotros no vamos á pelear. ¿Y qué tal se ha jecháo er día? Habrán puesto juncias en las calles y habrán tiráo cohetes, ¿verdá tú?

—Ya lo creo; vamos, tío *Juanillón*, écheme usted otro de la misma dinastía.

—¡Paéce que te ha gustáo er mozo! ¡Como que es mier y azúcar meramente; por más que me paéce á mí que si hoy te doy petróleo ó cardo é gazpacho no te enteras.

—¿Por qué dice usted eso?

—Poique tú te has trompezáo con arguna esazón en er camino, y traes una cara que no es cara, sino vinagre é yema.

—No tal; es el calor, el cansancio.

—Si tú lo ices, güeno, güeno está. Y ¿se ha arregláo ya lo der casorio?

—Sí, ya está todo listo.

—Y ¿cuándo vas á jacer la valentía?

—Pronto.

—Y los dichos, ¿cuándo sus los tomáis?

—Pasado mañana.

—Pos que sea pá bien, que tiée que serlo; poi que, cuando tú lo jaces, tú conocerás tu convenencia.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pos ná; que cuando tú lo jaces será con tu conque y tu razón.

—Lo hago porque yo quiero á Dolores, y..... Dolores me quiere á mí, porque es buena, y es hermosa, y es digna de llevar mi nombre.

Todo esto lo dijo Agustín acentuando lenta y enérgicamente las palabras con expresión sombría, y sin apartar los ojos de los del tío *Fuanillón*.

Éste, al oírle hablar de la buena calidad de Dolores, no pudo reprimir una vaga sonrisa, y le repuso encogiéndose de hombros:

—Ya se ve que sí, que es una real moza, ¡vaya!

—Buena moza, y buena.

—Cuando tú lo ices, lo es sin dúa;

poique tú ya tiées mucho mundo y mucho orfato, y la que á ti se te escape que venga otro y la recoja.

—Vaya, adiós, tío *Juanillón*—exclamó Agustín, estrechando la mano al viejo y taconeando después fuertemente en los ijares á su cabalgadura.

El ventero murmuró, penetrando de nuevo en la venta:

—Al güen entendeor, con media palabra basta. ¡Valiente tabardillo lleva er mozo! Y me paece á mí que eso de caxarse no está ya tan liso como la parma de la mano.

*
* *

Cuando Agustín llegó al lagar había ya obscurecido; era preciso fingir, convenirse, tener pruebas de la realidad para de una vez hundirse el cuchillo hasta el mango en la tremenda herida.

Todos le aguardaban en el llano; la huérfana, al verle llegar, arrojó sobre él

una mirada escrutadora; Bernardo no le miró siquiera: íbasele haciendo imposible el fingimiento.

La seña Tomasa dirigióse á poner la comida á Agustín, mientras el tío Salustiano preguntaba á éste :

—¿Poiqué tan tarde?

—Me han entretenido; me ha hecho el alcalde almorzar con él—repúsole Agustín, que en vano luchaba por ocultar su ira y su pena.

—Anda á comer—díjole su madre desde la puerta de la casa.

Agustín posó con expresión sombría los ojos en Dolores y en Bernardo, y de pronto, como dejándose arrastrar un punto por la indignación que sentía, dijo al último con acento imperativo y desdenoso:

—Á ver tú, Bernardo, lleva el mulo al corral.

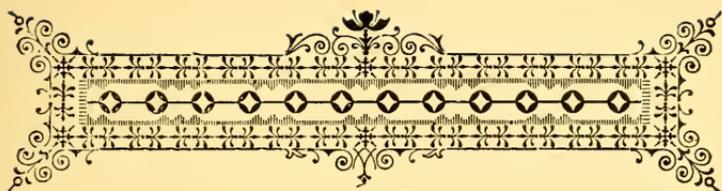
Bernardo sintió el latigazo, y un escalofrío recorrió su cuerpo; él no podía tolerar ser tratado de aquel modo, y menos por Agustín, y menos delante de la

Viñuela; fué á contestar con una gansada á la orden recibida; pero Dolores, que comprendió cuanto pasaba en él, que sentíase también dolorida por el golpe, le dijo sin reflexionar lo que hacía:

—Déjalo, no te alevantes; yo lo llevaré.

Y alzándose rápida y resuelta, cogió á la bestia por el ronzal y dirigióse con ella hacia el patio; mientras Agustín hacía saltar la sangre en los labios, Bernardo regodeábase con su triunfo, el tío Salustiano contemplaba á éste con amenazadora gravedad y los *Cantuesos* sentíanse más anchos que largos, pensando en los honores tributados á su hijo por el alcalde de Almogía.





CAPÍTULO XXVII

Á QUÉ FUÉ AGUSTÍN Á MÁLAGA

¡Cielo santo, y qué noche la que pasaron los principales protagonistas de esta verídica historia!

Ni Dolores, ya arrepentida de su imprudencia; ni Bernardo, lleno de incertidumbres y congojas; ni Agustín, flagelado por los celos y por la ira, pudieron cerrar los ojos.

El último no se desnudó siquiera; ¡para qué! Al quedarse solo en su estancia, sentóse en el balcón á bucear en el porvenir; ¡dichoso porvenir el suyo, tirase ya para arriba, ya para abajo!

Cualquiera podía precisar la ruta que se debía adoptar; por todas partes desembocaba siempre en las dos únicas soluciones: en la infamia, ó en el ridículo.

Por fin, allá por la madrugada, pudo más el cansancio que sus graves preocupaciones, y fué al lecho y quedóse dormido.

Cuando abrió los ojos, empezaban los claros del día á teñir de tonos blanquecinos el horizonte; allá, en una cumbre, cantó una perdiz; el gallo despertaba el harén con estridentes cacareos; empezaba á embalsamarse el ambiente; el *Chamullo*, al ver á Agustín desde los secos haces de retama que le servían de lecho, le dijo:

—Bien se madruga, mostramo.

—Arréglame la *Careta*, voy á Málaga.

La seña Tomasa, al verle montar en la enjaezada yegua, le preguntó:

—¿Á qué vas tú á Málaga? ¿Poi qué no dejas pá mañana lo que tengas que jacer hoy?

—Y ¿por qué he de dejarlo?

—¡Poi que como mañana sus tomáis los dichos!

—Mañana no podré entretenerme en lo que tengo que hacer.

La cortijera se resignó á regañadientes.

Cuando Dolores se levantó, ya caminaba hacia la capital su prometido; éste, al llegar á la planicie, había visto á Bernardo, y esto encendióle más y más la sangre, y tentaciones tuvo de hacerle sentir al ingrato el peso de la terrible borrasca desencadenada en su espíritu.

Cuando llegó á Málaga y hubo soltado en el parador la modesta cabalgadura, dirigióse al Centro militar, donde preguntó por el teniente Centenera.

—Dentro de poco estará aquí, viene todos los días á estas horas—le respondió el conserje.

Reclinóse Villarrubia en uno de las muelles otomanas, y desatándole las alas al pensamiento, dejóle vagar á sus antojos por las poco gratas perspectivas de su

existencia, mientras miraba sin ver los ricos cortinajes, los grandes lienzos en marcos de peluche que decoraban las estucadas paredes, los artísticos artonados, las lujosas arañas, y los transeuntes que desfilaban rápidos por delante del amplio ventanal.

Su exaltación había ido disminuyendo, al par que una triste y sentimental melancolía apoderábase de su sér.

Cuando más ensimismado estaba, sintióse estrechamente oprimido por los brazos de Centenera.

Agustín, falto de un corazón en quien depositar el secreto que le roía el suyo, al ver á su lado al noble compañero, con quien tantas veces retara á la muerte en los campos de batalla, creyóse menos solo, menos abandonado.

—Parece que no te han sentado muy bien las auras montecinas—díjole Centenera poniéndole ambas manos en los hombros y mirándole con expresión interrogadora.

Agustín sintió que el amarguísimo se-

creto se le subía á los labios en irresistibles borbotones.

—Ese es el único camino que te queda —decíale una hora después su compañero.—Un poco de tiempo te dolerá el corazón; pero ten en cuenta que no hay bien ni mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista.

Cuando aquella tarde regresó Agustín al lagar, parecía más tranquilo; Araceli fué cogida por él en brazos y besada con dulce ansiedad; con Dolores cambió algunas frases, sonriendo violentamente.

Su actitud llamó la atención de casi todos los que estaban en el secreto; cuando fué llegada la hora de retirarse, su rostro estaba febril y contraído.

—Vamos á escansar, que mañana hay que alevantarse temprano pa dir á la iglesia—exclamó la seña Tomasa.

Agustín se dirigió rápidamente hacia su cuarto, mientras el señor Juan decíale al de *Casariche*, al par que se rascaba la cabeza:

—Compañero y qué cosas; pos no

paece que tos estamos bebiendo vinagre en ayunas y comiendo arcasiles.

*
* *

Cuando Agustín se vió solo, empezó á medir la sala una y otra vez con pasos iguales y rápidos; necesitaba domar sus nervios en rebeldía; la determinación adoptada ya por él, la de huir valientemente del ya profanado templo de sus ilusiones, la que hubo de aconsejarle el teniente Centenera, rodábale por el corazón como un torbellino; tenía delante de los ojos del alma á Dolores, pálida, hermosa, indiferente; á Araceli con sus profusos y dorados cabellos y los grandes ojos llenos de azules claridades; á Bernardo atlético y viril, que lo miraba con expresión de triunfo al par que ceñía con su brazo la redonda cintura de la *Viñuela*, de aquella mujer que, pisoteando al deber, hundíase ebria de

gozo en el seno de aquel amor infame.

Anticipándose á los sucesos, parecíale ver á los ancianos, á aquellos ancianos de quienes era honra y orgullo, llorar desconsoladamente, mesarse los blancos cabellos y llamarlo á voces, con la súplica y con el gemido en la boca.

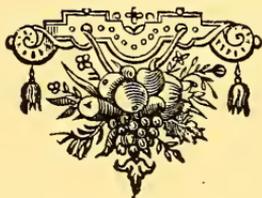
Sentía, además de tantas angustias, la sensación del vacío en que se iba á lanzar. Esperanza era el único puerto donde podía ir á restañar la sangre de la tremenda herida, lejos de aquel refugio apacible que consagraran el primer amor y las esperanzas primeras.

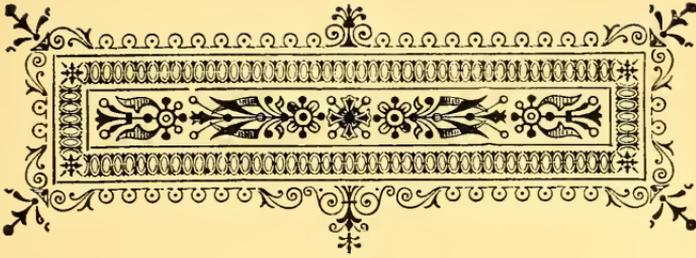
Pasaron lentamente las horas; imperaba doquier el mayor silencio; era necesario llevar á cabo el terrible sacrificio; la luna lo invadía todo con sus argentados raudales de luz. Agustín se dirigió á la mesa, cogió la pluma, vaciló unos instantes, y decidiéndose, por fin, escribió, con mano temblona, algunas líneas; vistióse el glorioso uniforme después, y con la respiración entrecortada y lívido el rostro entreabrió la puerta de su cuarto.

El silencio era completo; ya en el corredor se detuvo; surgía en aquel instante en su mente el recuerdo de la noche aquella en que abandonara por primera vez el paternal abrigo; todo estaba igual, aparentemente; el cerrado maderamen de la estancia de Dolores dejaba escapar una recta de luz, pero ya el desamor y la desconfianza hacían, sin duda, centinela en el dintel del recinto.

Los perros gruñeron cariñosamente al ver salir á Agustín, que, sin volver el rostro atrás, con el corazón hinchado, avanzó hacia la cañada: al llegar al recodo sus ojos se tornaron para dar el último adiós al soñado porvenir, á cuanto le sirviera de estímulo en la terrible lucha, á la hija á quien iba á arrebatarle cuanto le era en deber; y al pensar que ya no volvería á estampar su boca en la noble frente de sus viejos adorados, un sollozo, un terrible sollozo desgarró roncamente su garganta, una ola de lágrimas anegó sus ojos, y arrancándose, por decirlo así, de la tierra que pisaba, alejose

como si se fuera dejando tras sí, hecho trizas, el corazón en las desigualdades del camino.





CAPÍTULO XXVIII

DECEPCIÓN

Asomó el sol barriendo tinieblas, iluminando celajes y alegrándolo todo con sus ardientes y luminosas caricias.

Abandonaron el lecho los habitantes del ya conocido lagar de la *Viñuela*, y dieron todos comienzo á ponerse de tiros largos para concurrir á la gran solemnidad que debía poner en su sitio el buen nombre de la hermosa hija de Antonio *el Arrabaleño*.

Como el carruaje debía llegar en las primeras horas de la mañana, pronto aparecieron vestidos de pontifical, la cor-

tijera con un vestido de cachemira, en el cual debió emplearse más tela que lona en el velamen de un navío, y el señor Juan con el ya histórico traje de paño, color de castaña, camisón de bordada pechera, y blancos y enormes brodequines, con cuyas prendas creíase él en condiciones de darle tres y raya al mozo de más envidia y mejor empaque del partido.

Poco después que el matrimonio, aparecieron Dolores y Bernardo, pálidos, ojerosos, entregados á su dolor, ya sin fuerzas para seguir enmascarándolo.

El vestido negro de la primera hacía resaltar su palidez y quitábale rudeza á la figura; lucía el zagal la ropa dominiguera como si llevara un sudario; los dos se miraron fijamente al llegar, y en sus miradas se cruzaron dos besos, dos silenciosas protestas, tal vez dos infames propósitos.

Á poco apareció el tío Salustiano con el clásico pantalón de pana y el viejo marsellés, gala y ornato de su persona en sus floridas mocedades.

—Anda y llama á Agustín; yo hubiera dormío en cuclillas; ¡vaya un sueño! Ni er de los sietes durmientes—dijo el señor Juan á Bernardo.

—Aquí no está—dijo éste á poco, saliendo de la habitación de Agustín.

—¡Aónde habrá dío tan trepano!—exclamó sorprendida la señá Tomasa.

—Estará más allaílla; vé tú y búscalo—dijo á su hijo el de Casariche.

Inclinó el zagal la cabeza y salió de la casa.

—¿Has visto tú á Agustín?—preguntóle al porquero al hallar á éste en lo alto de la loma.

—Yo, no, ¿sá pirdío? Por eso tiées tú la cara tan digustá.

El porquero no sintió en aquella ocasión una vez más el peso de la mano del mozo, porque éste apenas lo había escuchado por seguir el camino hasta la venta de Matagatos.

—¿Aónde iba Agustín antes que clareara er día?—le preguntó al verle llegar Antonio *el Currinchela*, entretenido en

aquellos instantes en aligerar de chumbos los pencares inmediatos á la casa.

—¿Qué ices tú? ¿Que de madrugá pasó por aquí?—preguntóle á su vez el mozo sorprendido.

—Antes que clareara, vestío é militar y más tieso que un ajo.

—¿Pero lo vistes tú?

—¡Dale, y qué majaero! Yo lo vide; me había alevantáo por casoliá; sentí ruío en er gallinero, y como jace pocas noches dejó sin gallo la zorra á Pepica la *Afligia*, me alevanté, y pués..... lo vide.

Bernardo, oyendo al *Currinchela*, había sentido algo que le refrescaba el pecho—un borbotón de agua en un arenal,—y, sin prestar oído á la cháchara del ventero, arrancó á correr hacia el cortijo, adonde llegó jadeante.

—¿Poi qué corres?—le preguntó asustada la cortijera.

El muchacho tomó resuello, miró con extraña expresión de júbilo y de inquietud á Dolores, y exclamó con voz entrecortada:

—*Currinchela*, er de Matagatos, ice que lo vió, antes que á los claros er día, pasar por allí con el uniforme puesto.

El señor Juan y la señá Tomasa abrieron mucho los ojos, y se miraron como interrogándose; el tío Salustiano puso los suyos, preñados de sombríos reproches, en su hijo, y la *Viñuela* se estremeció violentamente, paseó una mirada escrutadora por la habitación, y al ver la carta colocada por Agustín sobre la mesa, preguntó con acento trémulo:

—¿Pa quién es esta carta?

Bernardo se la arrebató bruscamente, y dijo después de leer el sobre, y dirigiéndose al *Cantueso*:

—Es pá osté; está más claro que el agua.

—Á ver; léela, léela — murmuró el viejo con terrible ansiedad.

Bernardo no se hizo repetir la orden y rompió el sobre con manos temblorosas. ¡Virgen Santa, y qué letra más infame la de la carta! Por fin, pudo ir enterándose de lo que ésta decía, y al par que avan-

zaba en la lectura iban desarrugándosele el ceño, aflojándosele los estallantes músculos y atersándosele la frente.

Cuando hubo termidado, al par que contemplaba á la huérfana con insensata expresión de triunfo, exclamó con voz sorda:

—Se ha dío pá no golver en jamás de los jamaces; ice que no se puée casar, que está mu comprometío allá en Cuba con otra mujer; que ostedes lo perdonen, y que mosotros mismos, tóos mosotros, seamos los padres de Araceli.

Los *Cantuesos* se miraron como atontados por el terrible golpe; la señá Tomasa se apretó la cabeza entre las manos, como si temiese que se le escapara, y se acercó tambaleándose al señor Juan, que hacía visajes para reprimir las lágrimas, y el cual, abriendo los brazos, recibió en ellos á la pobre compañera, y, uniéndose en el dolor aquellos dos seres benditos, besáronse con mortales ansias, confundieron sus desesperados sollozos, y se estrecharon convulsos, como para pres-

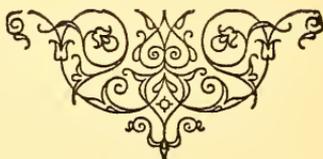
tarse recíprocamente calor y ayuda en aquel inesperado abandono.

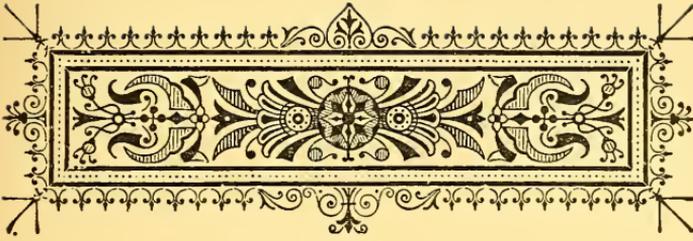
El semblante de Dolores demudóse ante la fatal noticia; horrible expresión de angustia veló su mirada; vió de repente, con los ojos del espíritu, á Agustín, alejándose con el corazón desgarrado por la solitaria carretera; comprendió, llena de lucidez, cuánta abnegación, cuánto heroísmo, cuánta generosidad encerraba el fondo de la aparente infamia; parecióle, al ver entrar á Araceli, que ésta iba á reclamarle á su padre con aterradores balbuceos, y su amor por Bernardo quedó escondido en aquellos instantes bajo la enorme balumba de remordimientos que sobre él hacinaba la conciencia, y un grito, un grito ronco y desgarrador brotó de su garganta, y tirándose contra la pared, rompió en desesperados sollozos.

Bernardo, al verla de aquel modo, sintió algo helado que le caía sobre el corazón; fué á dirigirse á ella; pero en aquel momento sintióse cogido por un

brazo, y oyó á su padre, que le decía con voz profética y acusadora:

—Velay lo que has jecho; píele á Dios que no te lo tome en cuenta, que te lo tomará; poi que si Dios es güeno, tamién es justo, y er que no es agracío no es bien nació.





* * *

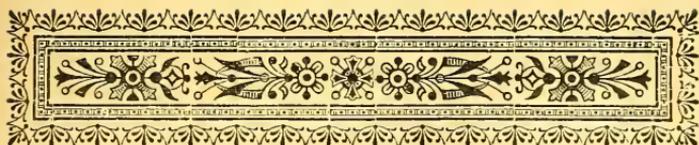
El mar parecía dormido; la brisa apenas hacía ondular las jarcias de los buques anclados en el puerto; el cielo aparecía bañado en luz purísima.

Inclinóse Agustín yerto y abatido, con los ojos húmedos por el llanto, con la queja en la garganta y el infierno en el corazón, sobre la borda del buque; divisábase frente á él la ciudad salpicada de luces temblorosas y de caprichosas siluetas; era aquella perspectiva á modo de la artística creación de un cerebro fantástico; allá, en los últimos límites, erguíanse los montes, tras los cuales de-

jábase para siempre nuestro héroe todo cuanto embelleciera su vida.

Oyóse el monótono y áspero rechinar de las cadenas, enroscándose al molinete; resonó el poderoso silbato de la máquina; giró lenta y majestuosamente el vapor, y poco á poco empezó á alejarse de la hermosa bahía, dejando tras sí brilladora estela de fosforescentes espumas.





INDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO.—Las gentes del lagar.....	5
CAPÍTULO II.—Una mala noticia y una buena adquisición.....	17
CAPÍTULO III.—La huérfana en Zapa- teros.....	33
CAPÍTULO IV.—Cosas que pasan todos los días.....	49
CAPÍTULO V.—En la venta de las Pa- lomas.....	61
CAPÍTULO VI.—Un vistazo atrás.....	73
CAPÍTULO VII.—Sigue la historia antigua.	83
CAPÍTULO VIII.—Ir por lana y volver trasquilado.....	93
CAPÍTULO IX.—La trilla.....	105
CAPÍTULO X.—Bronca en el sol.....	115
CAPÍTULO XII.—Una buena noticia.....	129
CAPÍTULO XII.—Lo que dijo el tío Salus- tiano.....	139

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO XIII.—En el tiro de gallos....	151
CAPÍTULO XIV.—El beso de Judas.....	165
CAPÍTULO XV.—En el almendral del arroyo	177
CAPÍTULO XVI.—La procesión por den- tro	189
CAPÍTULO XVII.—Tres monólogos.....	201
CAPÍTULO XVIII.—Lo que le pasaba á Agustín.....	211
CAPÍTULO XIX.—Regreso de Agustín á la Viñuela.....	219
CAPÍTULO XX.—La entrevista.....	233
CAPÍTULO XXI.—Cómo se encontró Agustín con que estaban verdes las uvas.....	241
CAPÍTULO XXII.—Lo que puede una frase.....	253
CAPÍTULO XXIII.—Luchas del alma....	269
CAPÍTULO XXIV.—Cómo Agustín em- pieza á ver claro.....	277
CAPÍTULO XXV.—Empieza el torrente á rebasar el dique.....	285
CAPÍTULO XXVI.—Cómo el tío <i>Juanillón</i> dió remate á la obra del tío <i>Musarañas</i> .	295
CAPÍTULO XXVII.—A qué fué Agustín á Málaga.....	305
CAPÍTULO XXVIII.—Decepción.....	315
° °	323

ORTEGA MUNILLA (F.).— La viva y la muerta. Un tomo en 8.º.....	3	4
PARDO BAZÁN (Emilia).— Una cristiana. Un tomo en 8.º..	3	3,50
— La prueba. (Segunda parte de <i>Una cristiana</i> .) Un tomo en 8.º.....	3	3,50
PICÓN (J. O.).— Dulce y sabrosa. Un tomo en 8.º.....	4	4,50
— Novelitas. Un tomo en 8.º mayor.....	3,50	4
RICHEBOURG (Emilio de).— El millón del tío Raclot. (Novela [premiada por la Academia francesa con el premio Monthyón, destinado á la obra que más tienda á moralizar las costumbres.] Un tomo en 8.º, ilustrado con 150 grabados de Riou.....	4	4,50
THEURIET (Andrés).— El galán de la gobernadora. Un tomo en 8.º.....	3	3,50

VARIOS

Amor (El) en la mística española. Un tomo en 16.º.....	1	1,50
CÓLOGAN (Bernardo F. de).— Estudios sobre nacionalidad, naturalización y ciudadanía, consideradas como asunto interior de las legislaciones, y sobre todo en sus relaciones con el derecho internacional. Un tomo en 4.º mayor.....	12	14
GERARD (Dr. J.).— Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento. Versión castellana del Dr. Luis Marco. Un tomo de 464 páginas en 8.º, ilustrado con el retrato del autor y 230 preciosos grabados por José Roy.....	5	5,50
JONATHÁN LEVY.— El arte de hacer fortuna. (Para uso del aspirante á millonario.) Un tomo en 8.º.....	2	2,50
REPARAZ (G.).— La guerra de Cuba. (Estudio militar.) Un tomo en 4.º.....	3	4
YÑIGUEZ (Eusebio).— Ofensas y desafíos. Recopilación de las leyes que rigen en el <i>duelo</i> y causas originales de éste. Un tomo en 4.º.....	5	6

VIAJES

MAUPASSANT (Guy de).— En el mar. Un tomo en 8.º, con dibujos de Riou y grabados de Guillaume frères.....	3,50	4
— La vida errante. Un tomo en 8.º.....	3,50	4
PARDO BAZÁN (Emilia).— Al pie de la torre Eiffel. Un tomo en 8.º.....	1,50	2
— Por Francia y por Alemania. Un tomo en 8.º.....	1,50	2
VITU (Augusto).— París. (Descripción histórica, artística y anecdótica de la gran ciudad.) Versión castellana de Emilia Pardo Bazán. Un lujoso volumen de 550 páginas en folio con 415 hermosos grabados intercalados en el texto y 19 magníficas láminas sueltas.....	25	35

LA ESPAÑA EDITORIAL

BIBLIOTECA POPULAR DE ARTE

COLECCIÓN DE VOLÚMENES EN 8.º

1 peseta en rústica, 1,50 en tela.

TOMOS PUBLICADOS:

- El arte en la Antigüedad** (32 grabados).
El arte en la Edad Media (27 grabados).
El arte en el Renacimiento (33 grabados).
Músicos alemanes (42 grabados).
El cuerpo humano: I. Proporciones y articulaciones (32 grabados).
II. Músculos y movimientos (31 grabados).
Pintores ingleses (27 grabados).
El arte monumental: I. En los pueblos antiguos (27 grabados).
II. En la Edad Media (27 grabados).
Escultores griegos (32 grabados).
Historia del mueble: I. Antigüedad, Edad Media, Renacimiento (33 grabados).
II. Tiempos modernos (40 grabados).
La música antigua—Músicos, técnica, instrumentos (34 grabados).
Pintores italianos (25 grabados).
Los tapices: I. Antigüedad, Edad Media, Renacimiento (33 grabados).
II Tiempos modernos (35 grabados).
Pintores españoles: I (24 grabados).
II (28 grabados).
El arte del bordado y los bordados célebres—Desde la antigüedad hasta nuestros días (34 grabados).
La música moderna: I. Siglos XVII y XVIII (40 grabados).
El encaje—Historia y técnica (33 grabados).
El arte en la Edad Moderna—Siglos XVII y XVIII (32 grabados).
Las artes orientales (32 grabados).
Nociones de perspectiva (32 grabados).
La mitología en el arte clásico (30 grabados).
Iconografía cristiana (25 grabados).
Pintores germánicos (20 grabados).

BOSTON PUBLIC LIBRARY



3 9999 06561 178 0

Boston Public Library
Central Library, Copley Square

Division of
Reference and Research Services

The Date Due Card in the pocket indicates the date on or before which this book should be returned to the Library.

Please do not remove cards from this pocket.

SEP 12 1919

